Corazón de Piedra

Por

Daniel Berrio Nieto

Dedicado a

Diana y Margley Berrio

Parte 1

En las Sombras

Capítulo 1

Era la una de la mañana. La luna se veía enorme, y solo se escuchaba el ladrar de los perros. Un hombre vestido de negro, caminaba por la calle que colindaba al cementerio. Era alto, trigueño, su suéter tenía una capucha que cubría su rostro y sus mangas recogidas dejaban ver un llamativo tatuaje.

Del otro lado de la calle, se asomaba un hombre robusto como de unos cincuenta años. Por su caminar se podía adivinar que esa noche había bebido en exceso. Hablaba de forma enredada y no se le podía comprender muy bien lo que decía.

―¡Eh! ¡Amigo! ―gritó el ebrio al ver la figura del hombre junto a la puerta del cementerio―. ¿Tienes un poco de cerveza? Solo te pido un poco.

―Claro buen hombre, acércate ―le respondió el sujeto con voz de muchacho―. Acércate y te daré toda la que quieras.

El hombre caminó con dificultad hacia aquel muchacho y mientras lo hacía expidió palabras de agradecimiento y loo. Sabía que había bebido mucho pero aún no le bastaba. Caminó tras él enceguecido por las ganas de beber más alcohol sin notar que a medida que se acercaba al joven, este se adentraba más entre los sepulcros.

La noche era helada y una niebla blanca envolvió el lugar. El borracho perdió de vista al sujeto y se angustió por hallarlo. Batió la cabeza entre las tumbas, buscándolo con desespero pero no lo vio. Al parecer se había ido. Maldijo a aquel joven por haberlo engañado y se apresuró en volver.

―¿Por qué te vas tan pronto, bebé? ―susurró una sensual mujer que yacía sobre una tumba; se veía joven, no aparentaba más de veinte años. Se acarició el pecho y lo miró con una mirada seductora.

―¡Mama mía! ―exclamó el hombre, caminando muy ligero hacia ella―. ¡Huy muchacha! Pero… ¿Qué hace usted por acá?

―Te estaba esperando bebé… ―le acarició la barba y lo envolvió en sus brazos.

El hombre se llenó de dicha, pero cuando recordó que no tenía dinero, la gloria se borró de su rostro. Lo había gastado todo en la cantina.

―Pero muchacha, dígame primero cuántos pesos me vas cobrar. No tengo mucha plata, pero si quieres yo te busco mañana y te pago el rato.

Al oírlo, la joven soltó una carcajada, lo tomo de las mejillas y lo metió entre sus pechos.

―No te preocupes cariño… no quiero tu dinero ―sonrió―. Yo solo te quiero a ti.

Aquellas palabras fueron música para los oídos del ebrio. Con mucha prisa se quitó la camisa y trató de bajarse los pantalones, pero se vio interrumpido por la mujer quien lo tomó por la cintura y con mucha facilidad lo tendió debajo de ella.

―¡Caramba! ¡Pero usted sí que es bien verraca! ―exclamó el sujeto―. ¡Qué fuerza tan impresionante tiene!

Ella volvió a reír y se echó sobre él, permitiéndole que le besara el cuello. Alargó su mano hasta el suelo y levantó una brillante falcata que resplandecía a la luz de la luna.

Se escucharon varios pasos aproximarse, provocando que el hombre girara su cabeza para ver quien se acercaba. Grande fue su sorpresa al descubrir una espantosa sombra que se plasmaba en el suelo. El terror se apoderó del borracho y un escalofrió le recorrió la medula. Trató de gritar pero no tuvo aliento para hacerlo. Alzó la mirada y divisó la figura de un hombre que estaba a escasos metros de él. Era el mismo sujeto que hace unos minutos lo había conducido hacia el interior del cementerio. Ya no tenía la capucha cubriéndole el rostro; su piel estaba reseca y quebradiza, tanto que se desboronaba en pequeñas esquirlas de piedra que caían sobre el suelo, y de su espalda salían un par de alas color grisáceo, pero no tenían plumas ni pelos.

Un temblor invadió el cuerpo de aquel ebrio. Hizo un esfuerzo por levantarse pero el metal frio de la falcata perforó su garganta. Levantó los ojos, desesperado, buscando a la mujer con su mirada; la halló aún sobre él, sonriendo y acariciándole el pecho con uno de sus dedos.

Ella volvió a alargar su mano hasta al suelo y tomó una enorme copa que era en parte dorada y en parte plateada. Luego procedió a acercarla hasta el cuello del hombre para evitar que la sangre se derramara.

―¿Quiénes son ustedes…? ―preguntó el hombre con dificultad. No hubo respuesta―. Auxilio… ―clamó sin fuerzas, pero pareció más un murmullo que se ahogaba en su garganta. Volvió sus ojos al muchacho y dijo―: tú… ¿eres el diablo?

El joven recogió sus alas, acercó su rostro hasta aquel hombre moribundo y con un tono cargado de cólera le habló:

―A ese que acabas de mencionar, no lo vuelvas a nombrar o iré al infierno para volverte a matar.

―No lo volverá a hacer ―dijo la mujer, aun vertiendo la sangre en el recipiente―. Nunca más lo hará…

En ese momento el hombre dio un sollozo y quedó tendido sin vida sobre la tumba. Cuando la sangre hubo quedado por completo vertida dentro de la copa, la mujer la levantó y procedió a beber de ella. Luego se acercó al joven y también le dio. Él bebió y mientras lo hacía la resequedad de su piel desapareció junto con las esquirlas de piedra que hace un momento se desmenuzaban de sus brazos y cara. Ahora su rostro y todo su ser estaban como nuevos.

―¿Te gusta este lugar? ―preguntó la muchacha, observando el cuerpo inerte de aquel ebrio―. Es algo pequeño. ¿Verdad?

El joven pensó por unos segundos, puso su vista sobre la capilla y dio un salto para caer sobre el techo. Miró hacia el pueblo y luego dijo:

―Sí. Es un poco pequeño ―hizo una pausa y agregó―: nosotros lo haremos aún más pequeño.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de la muchacha. Abrieron sus alas y volaron hasta la cima de la colina del cementerio.

Capítulo 2

Katiana Rodríguez salió a toda prisa de su habitación. Había pasado toda la noche chateando, viendo películas y hablando por celular. Mientras corría se lamentaba entre dientes por haberse levantado tarde, y culpaba a su madre y a Javier por vivir al otro lado de Villa Bolívar.

La muchacha tomó su bolso; revisó que nada le faltara y se dirigió a la cocina.

―Buenas tardes Katiana ―dijo Andrés, su hermano pequeño.

―Buenos días, Andrés ―le contestó en seco―. Buenos días mamá, buenos días Javier.

―Hola cariño―contestaron al tiempo.

―¿Otra vez tarde? ―cuestionó Javier sin quitar la vista de su periódico.

―Lo siento, no volverá a pasar.

―Eso fue lo mismo que dijo ayer ―replicó Andrés batiendo la cabeza.

―¡Andrés, mejor cállate! ¿Sí?

―Katy, no le hables así a tu hermano ―le reprendió Lina, su madre, volteó hacia la mesa y continuó―: Katy, si vuelves a salir tarde para la escuela… tendré que castigarte. ¿Okey?

―Okey, okey. No volverá a pasar, lo prometo ―sonrió.

―Eso también lo dijo ayer ―volvió a decir Andrés.

Katiana lo miró con disgusto y luego procedió a meter un par de panqueques en su boca, para después salir a toda prisa por entre el marco de la puerta. Su madre la llamó para que volviera y terminara su desayuno, pero ella se negó, ya iba muy tarde.

La muchacha corrió por todo el camino. Llevaba quince minutos de atraso. Solo quince minutos eran suficientes como para que el maestro Mario Sáenz, la dejara fuera de clase o le pusiera algún trabajo de geografía. Odiaba la geografía, la filosofía, las matemáticas y algunas materias más.

Pasados diez minutos de caminata, Katiana empezó a sofocarse. Se detuvo en el camino y descansó un poco.

«¡Vaya creo que necesito un poco más de ejercicio! ―se dijo―. Me estoy cansando demasiado rápido»

Miró hacia atrás y vio venir a una Toyota prado. Pensó un poco y no tuvo otra opción.

«Le pediré un aventón».

Ya se disponía a levantar su mano para indicarle a la camioneta que se detuviera, pero se arrepintió. Volvió la frente hacia al camino y continuó. Aun así la camioneta se detuvo frente a ella e hizo sonar la bocina.

―Vamos, sube ―dijo un joven desde adentro.

―¡Vaya! ¡Qué suerte la de hoy! ―exclamó llena de júbilo. Abrió la puerta y se introdujo en la cabina. Se acomodó sin mirar y dijo―: Hola, buenos días. Qué pena con usted señor, será que… ―Katiana enmudeció, se quedó perpleja al fijarse en el rostro de aquel joven. Tan perpleja que olvido lo que iba a decir.

El joven la miró con simpatía y le brindó una atractiva sonrisa. Él era de cabello rubio y piel blanca; sus ojos eran verdes, su dentadura perfecta y de su nariz se podía decir lo mismo.

―Que… que… que… ―tartamudeó la joven, aún perdida en su mirada y en el encanto que le transmitía. Era la primera vez que se sentía tan atraída por alguien. No lo conocía, pero ya lo deseaba. Lo quería para ella.

―¿Sí?―dijo el muchacho.

Katiana reaccionó y se llenó de vergüenza. Quitó sus ojos de sobre el joven y clavó su mirada en sus zapatos opacos. Sus mejillas se ruborizaron y apretó sus rodillas la una contra la otra.

―¡Ah! ¡Perdóname! ―se excusó el muchacho al notar el nerviosismo de ella―. Me llamo Brian. Soy un poco nuevo por acá ―le extendió la mano.

Ella volvió a mirarlo y trató de controlar sus nervios. Tragó su expresión y trató de actuar normal.

―¡Sí! ¡Claro! mucho gusto Brian ―estrechó su mano―. Yo me llamo Katiana, Katiana Rodríguez.

―Es un gusto conocerte Katiana Rodríguez.

―Si quieres… ―sus mejillas se volvieron a sonrojar―. Puedes llamarme Katy ―bajó sus pestañas.

―Gusto en conocerte Katy ―dijo Brian volviendo a sonreír. Ella le devolvió la sonrisa y unos huequitos se formaron en sus mejillas―. Que linda sonrisa tienes ―musitó sin dejar de mirarla.

Por un momento más Katiana lo volvió a contemplar. Su voz la extasiaba al igual que su sonrisa y los gestos de su rostro. Le parecía muy atractivo. Se preguntaba ¿Quién era ese tal Brian? ¿De dónde había salido? ¿Volvería a verlo? Su rostro le era un poco familiar ¿pero de dónde lo conocía?

La mente de la muchacha siguió volando por varios minutos. Estaba tan embelesada que había olvidado su afán por llegar a clases.

El auto se detuvo.

―Katy. Katy… ―dijo el muchacho, despertándola de su éxtasis.

―¡Eh! Sí, sí. ¿Qué pasa? ―preguntó confundida.

―Creo que debes entrar a tu escuela.

―¡Oh! Sí, claro. Es que… no tengo afán ―abrió la puerta y salió de la camioneta. Volvió a sonreír sin dejar de mirarlo. Su rostro le parecía una ensalada entre simpático, atractivo, excitante y atrevido―. Bueno… yo te dejo. No-no… no te quiero retrasar ―tartamudeó―. Gracias por el aventón.

―Adiós Katy. Espero volver a verte ―hizo una señal de adiós, arrancó y se fue.

Katiana caminó lentamente hacia el portón del instituto. Observó como la Toyota se hacía más y más pequeña por la distancia, pero cuando ya se hubo perdido de su vista salió disparada hacia el interior de la escuela. Corrió por los pasillos y se dirigió a su aula de clases. Sacó su celular mientras caminaba deprisa y leyó algunos mensajes de 10 minutos antes.

***Mensaje de Biky****: Katy date prisa, Mario Sáenz ya entró al salón. Volvió a salir pero no tarda en regresar.*

―¡Ay! ¡No puede ser! ―exclamó Katiana, aligerando el paso. Una vez más clavó la mirada en el celular y continuó con la lectura de los otros mensajes, sin notar que alguien se atravesó en su camino. Katiana chocó contra un regio y enorme cuerpo, y rebotó como una pelota para terminar cayendo sobre el piso.

―Debes tener más cuidado ―dijo una voz masculina.

Katiana alzó sus ojos y vio a un chico alto, de piel trigueña; se veía acuerpado, musculoso y tenía una mirada entre atractiva y burlona. Le extendió la mano y la ayudó a levantarse.

―¿Eres nuevo? ―preguntó la joven, dolorida.

―Sí. Llegué hace unos pocos días ―contestó―. Bien, debo irme… ―dio media vuelta y caminó por el pasillo―. Que tengas un buen día. Ah, y no estrelles a más personas.

Katiana lo observó mientras lo veía alejarse. Luego unos brazos la tomaron por los hombros y le dieron vuelta.

―¡Despierta cenicienta! ―dijo Biky, una hermosa rubia de ojos claros y de alta estatura.

―¿Qué? Esa era la bella durmiente ―refutó Katiana.

Biky la tomó del brazo y la dirigió hacia el salón.

―¿Pero qué te ha pasado? ―le preguntó―. Otra vez llegas tarde.

Katiana torció el labio y puso su mano sobre la cadera.

―Bueno… me trasnoche un poco, vi un par de películas por internet, le contesté un par de mensajes a Merson ¡y! estuve testeando contigo ―hizo una pausa y preguntó―: ¿No deberías estar en clases?

―¿No te has enterado? ―preguntó Biky asombrada.

―¿De qué? ¿Qué paso? ―preguntó intrigada.

―Pues de la muerte del padre de José ―susurró.

―¿Qué? ―Katiana ahogó un grito con sus manos―. ¡No puede ser! ¡Eso es terrible! ―murmuró mirando a lado y lado.

―Sí que lo es.

Ambas muchachas entraron al salón. Todos allí estaban esparcidos en el aula, esperando a que el maestro Sáenz regresara de la dirección. Katiana y Biky caminaron con ligereza hasta sus puestos y siguieron platicando.

―¿Y cómo murió? ―preguntó Katiana.

―¡Lo asesinaron! ―gritó Samuel a sus espaldas.

Amabas jóvenes emitieron un grito.

―¡Idiota! ¡Me asustaste! ―gritó Biky poniéndose la mano en el pecho.

Katiana no dijo nada pero se mostró molesta.

―A nuestro profesor de matemáticas lo degollaron en el cementerio ―explicó el joven adaptando un tono de terror―. ¡Alguien le cortó el cuello!

―Eso es espantoso… ―musitó Katiana colocándose una mano sobre el pecho―. ¿Y nadie vio nada?

―No. Nadie vio, nadie escuchó… todo es una misterio. La policía dice que el asesinato fue cometido entre la una y las tres de la mañana…

Biky torció el labio, el tono de terror de Samuel ya le comenzaba a fastidiar. En cambio Katiana le prestaba toda la atención posible y escuchaba atentamente cada detalle de la información.

―¿Y qué hay de José? ¿Dónde está?―preguntó mirando a cada uno de los presentes.

―Creo que no lo veremos por un tiempo. Esta mañana escuché al profesor Mario hablar por teléfono. José le decía que se iba del pueblo por un tiempo. Que quería desconectarse de la gente y del entorno de villa Bolí…

―¡Todos a sus puestos! ―exclamó el profesor Mario Sáenz, dándole un par de golpes a la puerta.

Al escucharlo todos saltaron asustados.

―¡Sáenz! ¿Cómo se le ocurre asustarnos de esa manera? ―reclamó Biky indignada.

―Silencio señorita López. Acomode su silla y preste atención.

Todos los que estaban en el aula se dirigieron a sus puestos e hicieron silencio. El profesor caminó hacia su mesa y se sentó sobre ella.

―Escuchen bien por favor ―dijo―. Debido a la trágica muerte de nuestro compañero, el profesor Luis Hernández, el rector ha suspendido las clases por el día de hoy; e insta y exige a la comunidad educativa, a asistir al sepelio del docente, hoy a las diez de la mañana. La asistencia será tomada después del entierro del educador. ¿Queda claro?

Todos asintieron.

Capítulo 3

Una hora después todo el instituto se dirigía camino al cementerio para participar del sepelio. Katiana y sus compañeros caminaban casi al final de la multitud.

―¿No les parece curioso? ―preguntó Samuel―. Digo, nuevamente llevamos el cuerpo del profesor Luís al cementerio.

―¿Qué es lo curioso en eso? ―preguntó Katiana sin dejar de mirar hacia adelante.

―Pues que lo van a enterrar en el mismo lugar en donde asesinaron.

―¡Vaya! ―exclamó la muchacha―. No lo había visto así ―lo miró y ambos asintieron.

―¡Ey! ¡Katy! Mira quien está por allá ―indicó Biky señalando a la multitud―. Tu loco admirador e incansable conquistador.

―¿Quién? ¿Merson? ―preguntó Katiana, sin mirar hacia la dirección.

―¡Ah! pero de inmediato sabes que es él ―le dio un golpe en el costado.

―Bueno, es el único que está tratando de conquistarme.

―No. No es cierto ―renegó―. Hay muchos chicos en este instituto que se mueren por ti. Eres la chica más linda y sexy de la escuela.

―Que se mueran por mí no significa que me estén conquistando. Eso es muy diferente.

―Pues justo hace una hora un chico te estaba coqueteando después de que tú lo atropellaras ―Biky entrecerró los ojos―. Espera, espera, no es así: tú le estabas coqueteando.

―Biky, siempre estas exagerando las cosas. Solo nos cruzamos y hablamos un poco. Ni siquiera sé su nombre.

La rubia guardó silencio, se detuvo al pie del camino y comenzó a jadear.

―¿Ya estás cansada? ―preguntó Samuel mientras bebía un poco de gaseosa―. Vamos, solo hemos caminado un poco.

―Hablando de caminar ―dijo Biky pensativa―. Dime Katiana ¿Quién te trajo hoy al instituto? Elena me dijo que esta mañana te vio salir de una Toyota Prado.

Una sonrisa curveó los labios de la joven al recordar a Brian, el chico que le había dado el aventón.

―¡Oh! Esa sonrisa me dice algo. Dime, ¿Qué cosa no me has contando?

―Yo mejor me voy por allá ―murmuró Samuel, incómodo. Se apartó de las chicas y se unió a otro grupo.

―¿Sabes Biky? creo que le gustas a Samuel.

―¿Qué yo le gusto? ¡Por favor Katy…! tú eres quien lo tiene loco ―hizo una pausa y exclamó―: ¡Ey! No me cambies la conversación ―le golpeó un hombro―. ¡Habla! ¿Quién te trajo?

―¡Okey! Okey. Pero sin violencia por favor ―la joven sonrió y levantó la mirada―. Me trajo un chico… se llama Brian.

―¿Brian? ¿Brian Jackson? ―preguntó Biky sorprendida.

―¿Lo conoces?

―Ha venido algunas veces a Villa Bolívar. Su padre fue Robert Jackson, su abuelo fue cofundador de este pueblo. Vivian, o creo que aún viven en la mansión Gautier, es de su propiedad.

Katiana se vio pensativa. Ahora sabía porque Brian le era tan familiar: Sandy, su padre, era amigo de Robert.

―Cierto… ―dijo aun buscando en su memoria―. Cuando era niña papá me llevaba a ese lugar. Eso fue hace diez años. No recuerdo bien a su padre, pero Brian me fascina.

Biky extendió su brazo sobre los hombros de la muchacha.

―Dicen que es un chico muy guapo y atractivo.

―La verdad sí, es guapísimo ―se mordió el labio―. Y… ―aspiró un poco de aire y luego lo volvió a soltar sin terminar la frase.

―Y… ¿Qué?

―¡Y…! tiene un encanto inexplicable. Me sentí súper atraída por él. ¡No sé cómo explicarlo!

―¡Amiga! ¡Sí que te gusta!

Ambas gritaron emocionadas. Gritaron tan fuerte que los otros estudiantes volvieron sus rostros hacia ellas.

―Siiff, Biky, deja el escándalo ―susurró Katiana―. Todos se van a ente…

―¿Quién tiene un encanto inexplicable? ―preguntó Merson Beltrán, acercándoseles. Merson era el hijo del inspector Lucas y el hermano mayor de Estefany, una archienemiga del dueto de amigas. El muchacho tenía un carácter explosivo y arrogante, además que era un patán.

Katiana y Biky se miraron a la cara sin saber qué hacer.

―Un chico con el que Katiana está saliendo ―contestó Biky como si disfrutara al referirse hacia Brian, pero solo lo hizo para inquietar al muchacho.

Katiana miró con sorpresa a su compañera. No pensó que se lo diría así como así. Pensó por un par de segundos y no le dio importancia al asunto. No tenía nada con Merson. Dos meses atrás lo había besado y habían hecho una que otra salida, pero no había nada entre ellos.

―¿Enserio? ―preguntó sorprendido sin dejar de mirar a Katiana―. Debe ser algún imbécil. No será ninguna competencia ―dejó a las muchachas y regresó con sus compinches no sin antes tirarle un beso la joven Rodríguez―. ¡Yo seré quien te conquiste! ―gritó.

Katiana sintió un alivio al ver que Merson se había marchado de inmediato. No quería ser cuestionada por él.

―Pero ¿Qué crees que haces? ―le inquirió Katiana a Biky tirándole del brazo.

―¡Aush! ¡Cuidado! En dos meses comienza el campeonato de tenis. Debo estar completa para eso.

―Biky, no puedes estar diciéndoles a todos lo que me pasa. Además aun no estamos saliendo.

―¡Ey! ¡No me trates de chismosa! Y claro que sí. Hoy saliste con él, venias en su auto, te trajo a la escuela. Bueno… no como pareja, pero si en el sentido literal de la palabra, y así es comienza todo. Dime si no disfrutaste su paseo.

Katiana calló y luego sonrió.

―Bueno sí.

―Okey. Recuerda cenicienta: tienes un futuro con Brian. No lo olvides ―hizo una pausa―: la verdad Katy, no sé cómo perdías el tiempo con ese idiota de Merson. Es un patán, un mujeriego, varias personas que lo han visto por el río consumiendo drogas y de seguro que son las que su padre el inspector, decomisa.

Pasado un rato todos llegaron al cementerio del pueblo. La sepultura se realizó y los estudiantes se esparcieron por el lugar. Katiana y Biky se pasearon por entre la tumbas y se acercaron al lugar del asesinato, el cual estaba marcado con una cinta amarilla que yacía tirada sobre el suelo.

―Qué miedo ―susurró Katiana abrazándose el pecho.

―¿Sabes que decían del padre de José? ―le preguntó Biky, mirando a su alrededor para cerciorarse de que nadie la escuchara ―Katiana guardó silencio y esperó a que ella se contestara―. Se acostaba con mujerzuelas ―le susurró al oído.

―¿Enserio? ―Katiana arrugó la cara.

―Si… era todo un bandido. A todo momento iba al prostíbulo ―volvió a verificar si había alguien cerca―, algunas chicas dicen que les ofrecía pasar sus calificaciones por sexo.

―¡Qué asco! ―musitó llena de repulsión.

El teléfono celular de Biky comenzó a timbrar. Tenía una llamada entrante. Contestó y se retiró a varios metros para hablar; luego, poco a poco se fue alejando mientras conversaba. Katiana se quedó de pie observando el lugar en donde el hombre fue asesinado. Se agachó y acercó su rostro al suelo para descubrir unas diminutas esquirlas de piedra; recogió un par de ellas y las examinó.

―¿Es extraño, verdad? ―dijo una voz no muy familiar a sus espaldas.

La muchacha se levantó de inmediato dejando caer las esquirlas sobre el suelo. Se había asustado. Giró su cabeza y vio al chico que había estrellado en los pasillos del instituto.

―Perdón por asustarte ―se disculpó el joven.

―Tranquilo, no eres el único que hoy me ha asustado ―le brindo una amigable sonrisa.

―Me llamo Óscar.

―Yo soy Katiana. Es un gusto, Óscar.

―Lo mismo ―sonrió apretando los labios.

Katiana dirigió su vista hacia el lugar del asesinato y luego volvió a mirar a Óscar.

―¿Qué es lo extraño? ―le preguntó.

―Que solo hay unas pocas gotas de sangre. Se supone que lo degollaron.

Katiana examinó el lugar y vio que Óscar tenía razón. Al maestro Luís le habían cortado la garganta pero la sangre sobre el suelo y sobre la tumba era mínima.

―¿Crees que lo mataron solo para extraerle la sangre? ―preguntó aterrada.

―Así parece. Lo degollaron y recogieron su sangre. Lo dejaron completamente seco.

―Pero… ¿Quién haría algo así? Algo tan horrible.

El muchacho metió las manos en sus bolsillos y rodeó la tumba; luego se detuvo y dijo:

―Katiana, este mundo está lleno de sorpresas y misterios; es más anormal de lo que crees… puede que algún día lo descubras.

La muchacha se quedó pensando en sus palabras y en lo sucedido. Dentro de sí misma se preguntó:

«¿Será que alguien necesitaba un donativo de sangre y quiso tomarlo de esa manera? Pobre José debe de estar destrozado por el asesinato de su padre».

―Adiós Katy. Te veo otro día ―se despidió Óscar y caminó hacia la salida.

―Adiós, gracias por la compañía.

―Recuerda lo que te dije ―se detuvo y la miró fijamente―. No dudes tanto en creer en lo sobre natural.

Y habiendo dicho esto dio la espalda y se marchó.

Capítulo 4

Katy se quedó pensativa; meditaba en cada una de las palabras que Óscar le había dicho:

«*Katiana, este mundo está lleno de sorpresas y misterios, es más anormal de lo que crees… puede que algún día lo descubras… No dudes tanto en creer en lo sobre natural*».

«¿A qué se estaría refiriendo? ―se preguntó―. Creo que Óscar es un poco extraño»

Katiana siguió meditando. Las palabras del muchacho quedaron resonando en su cabeza. De repente unos dedos se clavaron en su cintura, provocando que emitiera un berrido al tiempo que daba un salto.

―¡Te voy a degollar! ―dijo Biky adaptando una voz grave y sombría.

―¡Ay! ¡Carajo! ¡Biky! ―gritó enfadada, propinándole un golpe a su compañera―. ¡Eres una estúpida! ¡Me asustaste!

―Y tú eres una casanova ―le guiño el ojo y se mordió el labio.

―¿Qué dices?

―¿Crees que no te vi? ―la tomó del brazo y la remolcó hacia la salida.

―¡Cuidado! ¡Me lastimas, Biky! ―chilló.

―Estabas coqueteando con el chico que estrellaste en la escuela ―se detuvo de repente al recordar algo―. ¡Ah! Ya me dijeron su nombre. Adiví…

―Óscar. Se llama Óscar.

―¡Vaya! te estas volviendo buena para extraer información ―la rubia se envolvió una mecha de cabello en su dedo y le dio algunas vueltas ―. Rompes el hielo con mucha facilidad.

―Él es algo terrorífico… ―dijo Katiana alzando la mirada por sobre las tumbas; había visto algo brillar en la parte alta del cementerio.

―Mmmm… ―Biky se agarró el mentón―. Interesante. Como lo había sospechado, ese tal Óscar es de tu tipo.

―Biky ¿ves eso que brilla por allá? ―preguntó señalando sin prestar atención a lo que la joven decía.

Al igual que ella, la rubia no puso cuidado sino que siguió hablando.

―Te gustan mucho los chicos malos, rebeldes y misteriosos… la clase de hombres a los que les gustan los problemas.

―Biky ven, vamos allá arriba ―la tomó del brazo y tiró de ella.

―¿Al fondo del cementerio? ―preguntó, resistiéndose.

―¡Mira! mira allá arriba ―Katiana señaló, por entre las tumbas―. ¿Ves? Es muy brillante. ¿Qué podrá ser? Hace una semana estuve aquí visitando la tumba de mi abuela; miré en esa misma dirección y esa luz no se veía ahí.

―Okey, okey. Echamos un vistazo y volvemos de inmediato. Solo para que mates la curiosidad. Pero me tendrás que dar un chocolate.

Katiana asintió complacida y ambas aligeraron el paso.

Las chicas se adentraron en el fondo del aislado cementerio. Cruzaron al otro lado de la capilla y con sigilo siguieron su rumbo.

―¡Ay no! no, ¡no! ¡Mejor vámonos! ¡Vámonos! ―propuso Biky asustada. Katiana no prestó atención―. ¡Oye! ¡Te estoy ablando, chica irresistible!

―No seas tonta, solo es un cementerio ―respondió sin detener la marcha―. No tienes de que preocuparte, este lugar está lleno de gente muerta. Nada nos pasará.

―Sí, eso lo sé. Pero no me quiero convertir en otro muerto. Hace casi doce horas asesinaron a un tipo en este mismo lugar. ¡No quiero ser la próxima víctima!

Katiana no hizo caso.

―Biky, ya vamos a más de la mitad del camino. Si quieres regresar adelante. Yo subiré sola.

―¡Ay! ―rugió con mucho enfado―. No sé cómo te puedo querer tanto si llego a odiarte igual. ¡Ey! ¡Espera! ―gritó al ver que se quedaba sola y apresuró la marcha― ¡Katiana!

Katiana y Biky continuaron subiendo hacia el lugar de donde provenía aquella luz. Ahora se encontraban en la parte más forestada del cementerio. Los árboles y arbusto cubrían el trayecto que dejaban en el camino y aunque ya casi eran las doce del mediodía el clima estaba fresco y agradable. Un toldo de nubes cubrían el cielo y el cantar de las aves inundaban el bosque húmedo tropical.

Después de varios minutos las jóvenes llegaron a su destino. Se encontraban en la parte más alta del cementerio, pero la más apartada y la menos visible. El cementerio de Villa Bolívar se encontraba ubicado a las afueras del pueblo, sobre una colina. Desde él se podía ver casi todo Villa Bolívar y a lo lejos la ciudad de Santa Marta.

Katiana y Biky cruzaron uno arbustos y se encontraron con una cabaña que parecía abandonada. Frente a esta había tres albercas de agua, y sobre el borde de una de una de ellas reposaba una enorme y hermosa copa plateada con dorado.

―Solo era una copa ―dijo Katiana con suavidad y satisfacción.

Biky se dio vuelta y trató de mirar hacia el cementerio pero los arboles bloquearon la vista del paisaje.

―¡Es increíble! ―exclamó. Katiana volvió su rostro hacia ella―. La luz del sol se reflejó en la copa y se coló por entre los arbustos y las ramas de los árboles. Ojala que nos den un buen precio por esa baratija.

La joven aún estaba hablando cuando se escucharon las hojas crujir; algo se acercaba hacia ellas. Se llenaron de miedo y se abrazaron la una contra la otra.

―Biky… ―musitó Katiana con voz temblorosa―. ¿Qué-que? ¿Qué es eso que viene hacia acá?

―No-no, no lo sé… ―respondió despavorida―. Oye. Si-si, si muero será tu culpa ¿okey?

Los arbustos por los que antes habían cruzado se sacudieron con violencia y se abrieron a la mitad, al tiempo que ellas soltaban un chillido tartamudo y lleno de pánico.

―¡Hola! ―dijo Samuel al salir de entres los chamizos―. ¿Qué están haciendo por acá?

―¡Idiota! ―gritó Biky enfadada.

Katiana se puso una mano en la frente y la otra sobre el pecho.

―Cálmate estas demasiado frenética ―le sugirió Samuel a Biky, al verla encolerizada.

―¿Que me calme? ¡Eres un imbécil!

Se abalanzó sobre él y le dio un par de puñetazos; él trató de cubrirse. Katiana se apartó de ellos en dirección a la copa; se acercó lentamente a ella y la tomó entre sus blancas manos.

―Nunca vuelvas a asustarme de esa manera ―dijo Biky recuperando la compostura.

―Okey, okey, perdón ―atalajó su camisa―. Oye Katy, vayamos de regreso al pueblo ―propuso acercándosele un poco―. Ya todos se fueron. No hay nadie por aquí. Solo quedamos nosotros.

Katiana no respondió. Estaba de espalda con la vista hacia abajo. Sus brazos flexionados indicaban que sostenía algo en sus manos.

―Katy. Katy… ―la llamó Biky. Ella no contestó―. Oye Katy ¿te sucede algo?

Sam y Biky se miraron al tiempo. Algo no estaba bien.

―Katy, sé que tratas de vengarte por haberte asustado ―volvió a hablar Samuel―. Pero no conseguirás asustarnos así. Vamos, no seas tonta.

Sam extendió su mano y sujetó el hombro de la muchacha. Ella estaba rígida como un tronco, y su cuerpo emitía diminutos temblores de pánico.

―Bi-bi-Biky… ―tartamudeó despavorido el muchacho.

―¿Qué? ¿Qué pasa? ―preguntó la joven con la voz quebrada.

―Ka-Katiana, está… ella está te-te, te-temblando…

Sin decir más palabras, ambos se acercaron lentamente tras la espalda de la joven hasta poder ver una enorme copa en sus manos, pero parecía que la muchacha no era capaz de soltarla.

―¿Es… la copa? ―preguntó Biky aun con la voz quebrada.

Katiana levantó el rostro lentamente mientras seguía tiritando. Comenzó a temblar tanto que parecía que empezaba a convulsionar.

―La-la-la, la copa ―tartamudeó―. La co-co, copa… está… ―se atragantó por un par de segundos, pero luego su garganta se abrió y al fin pudo gritar―: ¡La copa esta untada de sangre! ―su grito retumbó.

Un ruido se escuchó en el interior de la cabaña; era un gruñido; la puerta se abrió con violencia y al abrirse estalló un grito de ira desde el interior:

―¡Mi copa!

―¡Corran! ―gritó Samuel atravesando los arbustos.

Los tres jóvenes corrieron con todas su fuerzas, pero no sin antes haber volteado sus rostros hacia la cabaña para ver de quien se trataba. Su vista se vio cubierta de ramas impidiéndoles ver con exactitud a un sujeto; solo alcanzaron a ver un par de extremidades junto a la puerta. Se trataba de un hombre o tal vez un muchacho.

El miedo se volvió a apoderar de ellos pero esta vez fue tan grande que les dio suficientes fuerzas para correr a toda prisa por la falda de la montaña. Saltaron tumbas, agujeros y arbustos. Corrieron por la calle y no se detuvieron hasta haber llegado a la sombra de un gran árbol ubicado en los linderos del pueblo.

―¡Ay! ¡Ay…! ¡Ay, me muero! me muero, me muero ―jadeó Katiana, exhausta.

―Ese grito… ―dijo Samuel, tratando de respirar―. Fue aterrador.

―¿Dónde? ¿Dónde está la copa? ―preguntó Biky.

―¿La copa? ―dijo Katiana examinándose―. No, no lo sé.

―¿Pero cómo que no lo sabes? Tú la tenías en tus manos ―refutó Samuel.

―Enserio, Samuel, yo… yo no lo sé. Solo corrí y corrí, y no sé qué la hice. Se me debió caer por el camino.

―¿Qué? ¿La perdiste Katiana? ¡Esa copa es la evidencia del asesinato!

―De verdad Samuel, no recuerdo que paso con ella. Lo siento. ―trató de respirar profundo.

―No importa ―dijo Biky más calmada―. Lo que importa es que estamos a salvo.

―Debemos ir y decírselo al inspector ―propuso Samuel, apoyando las manos sobre las rodillas.

―Sí. Samuel tiene razón. Vayamos y busquémoslo en la inspección.

Los jóvenes descansaron un poco más, y pasados unos minutos avanzaron hacia la inspección en busca del inspector Lucas Beltrán, el padre de Merson y Estefany.

Llegaron a la oficina pero Lucas no se encontraba en el lugar.

***Aviso:*** *Salí, vuelvo más tarde.*

―No está ―dijo Biky dándole un golpe a la puerta.

―Claro, debe de estar almorzando ―dijo Katiana, alejándose de la puerta―. O debe de estar haciendo cualquier otra cosa. Aun no son las 02:00 p.m. A esa hora estará aquí. Bueno, si no tiene algún asunto que atender fuera de este lugar.

―Eh… chicas, debo irme a casa ―dijo Samuel―. Las llamaré luego. Se cuidan. Adiós

Sam dio la vuelta y se marchó.

―¡Claro! ¡Huye cobarde! ―le gritó Biky.

Sam no le prestó atención.

―Ya… deja el escándalo ―ordenó Katiana―. Da igual si se queda o no. ¿No ves que no hay nada que podamos hacer?

―Mmmm… Sí... tienes razón. Mejor vámonos.

―Qué alivio para ti que vives aquí en el pueblo ―suspiró con desaliento―. Yo tendré que atravesarlo por completo, para alejarme más de él y poder llegar a casa.

―Tus padres deberían mudarse a una casa que esté dentro de Villa Bolívar. Qué horror tener que vivir fuera de la civilización ―dijo Biky arrugando el ceño.

―Sabes que nunca lo harían. Les gusta vivir ahí. Y la verdad, a mí también me gusta. Es lindo y tranquilo. Creo que ahorraré para comprar una moto.

―¿Y hasta ahora usas el cerebro?

Katiana le propinó un golpe a la rubia y ambas avanzaron sobre el pavimento, hasta llegar a la casa de los López. Los padres de Biky invitaron a Katiana a pasar a dentro, y después de conversar un rato almorzaron juntos. Luego, las jóvenes procedieron a contarles todo lo sucedido y el señor Marcos, el padre de Biky, se comprometió en contactarle al inspector lo sucedido.

Después de dos horas, Katiana salió para su casa. El aire olía a agua. Pronto comenzaría a llover. Minutos después cayeron las primeras gotas de lluvia, y la jovencita apresuró el paso. Por nada del mundo quería mojarse, pero después de un corto rato la lluvia se hizo más fuerte obligándola a meterse debajo de una terraza.

«Que día tan horrible» pensó.

Se acurrucó en un rincón y se dispuso a esperar a que la lluvia pasara.

Capítulo 5

La lluvia continuó sin darle chance a la señorita Rodríguez de avanzar hacia su hogar. Ella se encontraba acurrucada debajo de una terraza, pensando en todo lo que había sucedido ese día.

«¿Sera que el sujeto que nos asustó es el asesino del profesor Hernández? Que extraño, por diez años he vivido en Villa Bolívar, y nunca, pero nunca había visto esa cabaña… estoy segura de que la copa tiene que ver algo con el asesinato ―miró la pantalla de su celular y vio que la batería estaba casi agotada―. La copa estaba untada de sangre en su interior, de seguro en ella vertieron la sangre del señor Luís. Esa copa es lo suficientemente grande como para verter mucha sangre. Es extraño que alguien use esa clase de recipientes para esos fines. Tal vez ese hombre pertenece a alguna secta o algo así».

Katiana aún seguía acurrucada cuando sintió la presencia de alguien observándola. Miró hacia el final de la calle y a la distancia vio a un hombre de pie con la vista puesta sobre ella. Vestía una capa impermeable negra, desde la cabeza hasta los pies. No se movía, no hacía nada, solamente la miraba. Un escalofrió recorrió todo el cuerpo de la muchacha y si lleno de miedo. ¿Acaso se trataba del mismo sujeto que había visto en la colina? Los nervios se apoderaron de ella.

La joven se levantó lentamente sin dejar de mirar hacia el hombre. El celular le timbró y ella se apresuró en contestar.

―¡Hola! ―contestó la muchacha, aliviada.

―¡Katiana! ¿Dónde estás? ―preguntó su madre, afanada.

―¡Mama! ¡Estoy aquí, cerca al parque!

Se escucharon unos cuantos tonos y la llamada se cortó

―Hola ¡hola! ¡Mamá! ¿Me escuchas?

La joven miró la pantalla y descubrió que su teléfono se había descargado.

―¡Rayos! ¡Esto no me puede estar pasando! ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? ―se quejó.

Volvió a poner la mirada en el fondo de la calle y vio al sujeto en el mismo lugar, pero ahora tenía un largo y extraño cuchillo de hoja curva en su mano.

Asustada, miró a todos lados y notó que la calle estaba completamente sola. Estaba lloviendo, nadie saldría a caminar bajo la lluvia. Katiana siguió escaneando todo el entorno y notó que todas las casas yacían con las puertas y ventanas cerradas. No había refugio para ella.

Sin pensarlo, corrió calle arriba con la esperanza de que aquel sujeto no la siguiera. Sus ropas se emparamaron de inmediato, mas no le importó. Solo quería llegar pronto a su casa, pero su residencia estaba a más de veinte minutos de ahí.

La joven volvió su rostro a sus espaldas y vio al sujeto aún más cerca de ella.

―No, no, no, ¡no! ¡Auxilio! ¡Auxilio! ―gritó, pero nadie la escuchó. El sonido provocado por la lluvia era demasiado fuerte. Nadie podía escucharla, nadie la podría salvar.

Corrió con todas sus fuerzas y mientras lo hacia sus oídos alcanzaron a escuchar una voz que dijo:

―¿Dónde está mi copa?

Al oír esto, el corazón se le sobresaltó. Ahora si estaba segura de que era mismo sujeto de la cabaña. Él la había seguido, no había dudas de eso.

La muchacha llena de miedo y adrenalina corrió por las mojadas calles de Villa Bolívar con la esperanza de encontrar un lugar donde escapar, y mientras lo hacía ideaba una nueva teoría sobre el asesinato: si la copa estaba untada de la sangre del padre de José, era muy probable que el culpable fuera su dueño, y ese sujeto quien la perseguía, estaba reclamando la copa como suya. Él estaba dispuesto a matarla por recuperarla. Si esto era así, él sería el asesino.

―¿Dónde está mi copa? ―volvió a repetir el sujeto aún más cerca de ella.

Katiana no prestó atención y siguió corriendo. Ya estaba a pocos metros para salir del pueblo, pero entonces tendría que recorrer más de quinientos metros para llegar a su casa. Lo pensó un poco más y descartó tal plan: sería más peligroso tomar el solitario camino hacia su hogar. No era buena idea introducirse en el bosque y apartarse del pueblo.

La joven desvió su camino y corrió por un callejón. Volvió a mirar hacia atrás y notó que el sujeto aun la seguía. Él no corría, solo caminaba; lo extraño era que la distancia entre los dos, se mantenía entre 10 y 15 metros.

―¡Mi copa! ―volvió a rugir el hombre.

«No puede ser, no puede ser, no puede ser» se dijo desesperada.

La idea de que podría ser la próxima víctima asesinada, era algo que su mente empezaba a maquinar. ¿Era enserio? ¿En realidad seria la próxima persona asesinada en el pueblo? ¿Qué iba a ser de su madre? ¿Qué iba a ser de su hermano, de Biky, Javier, de todos?

«No, no, no, no. Eso no pasará. Tengo que escapar».

Katiana, sin dejar de correr se enfocó en la puerta entre abierta de una vivienda. Esa era su escapatoria. Tenía que entrar a ese lugar. Tal vez solo así el sujeto no la seguiría y renunciaría a la persecución.

La muchacha ya casi atravesaba el callejón. Lo atravesaría, saldría a la calle y luego entraría a esa casa sin importa nada.

Los pasos del hombre se escucharon a pocos metros y los chasquidos de sus botas en el agua le indicaron que la distancia entre los dos era mínima.

Katiana salió del callejón y justo en ese momento una camioneta pasó frente a sus narices. La joven trató de frenar para no chocar contra la Toyota, pero era demasiado tarde: chocó contra el borde de la defensa trasera y después cayó al suelo. Aunque el golpe fue fuerte, ella no sintió el dolor. Solo había algo en su mente y era escapar.

Sin perder tiempo y aun en el suelo anegado, fijó la vista en el callejón para enfocar a aquel sujeto. Ya se lo imagina saltando sobre ella para atravesar su cuerpo a cuchillazos. La muchacha reparó el callejón mas no vio a nadie que le siguiera.

―¡Katiana! ¿Estás bien? ―preguntó Brian, tratando de levantarla―. ¡Katiana! ¡Katiana! ¿Me escuchas?

―Brian… ―musitó la joven mirándolo a los ojos―. Tú me salvaste…

Él sonrió y le acarició la mejilla. Ella levantó su mano y la puso sobre el cuello del joven. Sus ojos azules se enfocaron en él, parecían un par de piedras agua marinas que emitían un leve destello de luz que alumbraba su alma.

La lluvia seguía cayendo y ambos estaban siendo bañados por ella. Brian estaba medio arrodillado, sosteniendo a la muchacha en sus brazos, mientras que el agua que caía se deslizaba sobre sus cuerpos.

―Gracias Brian. Qué bueno eres ―le agradeció.

Brian volvió a sonreír, pero luego su sonrisa se borró, llenándose de tristeza.

―No Katy, no lo soy. No soy bueno ―sé levantó y la llevó en sus brazos.

Katiana sintió que él se refería a algo tenebroso, o algo malo en él, pero ella no lo veía así. Él la había salvado y ella se sentía afortunada por eso.

El joven Jackson levantó a la muchacha y la entró en la camioneta. La acomodó sobre el asiento trasero, encendió el vehículo y arrancó. Por un momento la joven recordó las palabras que esa mañana Óscar le había dicho; el extraño asesinato de esa noche; la enorme copa y el hombre que hace poco la estaba persiguiendo. Un presentimiento le dijo que algo fuera de lo normal estaba ocurriendo en Villa Bolívar y no era nada bueno.

Pasados varios minutos Brian detuvo la camioneta frente a un lugar: la quinta Gautier. Por el camino Katiana se había dado cuenta de que él no la llevaba de regreso a su casa, sino que se había desviado hasta llegar a esa propiedad, pero ella no le dio importancia al asunto. Se sentía segura con el muchacho. Sabía que él no le haría daño y ella no quería volver a estar sola por el pueblo.

El portón de la entrada se abrió; Brian parqueó la camioneta en el estacionamiento de la propiedad y llevó a Katiana en sus brazos hasta el interior de la casa.

―Buenas tardes señor Jackson ―dijo una empleada.

―Buenas tardes Martha ―le respondió al tiempo que caminaba por el pasillo―. ¿Me puedes traer un poco de ropa seca para ambos? Por favor.

―Enseguida señor.

Los jóvenes se adentraron por los pasillos de la mansión. Katiana guardaba silencio, pero miraba detalladamente todo el lugar: estaba lleno de muebles, cuadros, alfombras, antigüedades y muchos lujos. El lugar se veía genial.

Mientras se desplazaban por el pasillo Katiana recordó que de niña su padre la traía a ese precioso lugar. En ese entonces ella tan solo tenía siete años. Hace mucho que no recordaba nada de eso pero ahora su memoria comenzaba abrirse.

Brian llevó a la joven hasta una habitación y la acomodó sobre una cama. Martha, la empleada, les entregó unos vestidos, un par de tazas de café caliente y dos toallas.

Katiana se encontró pensativa. Nunca en su vida se había dejado llevar de alguien como se estaba dejando llevar de Brian. Él era un hombre al que apenas empezaba a conocer y ella no era el tipo de mujer que se desliza al ver a un tipo guapo. Nunca había estado en una habitación a solas con un extraño y nunca se había sentido tan atraída por alguien, como se sentía por Brian. Tanto así que ella mismas se cuestionaba. ¿Cómo era posible que subiera a la camioneta de alguien que apenas conoció por la mañana? Estaba bien que la recogiera, pero no que se la llevara a un lugar desconocido o sin su consentimiento. ¿Cómo era posible que se sintiera tan bien y tan accesible a él? Era algo extraño, pero nada de eso le importó.

―Debes cambiarte de ropa ―dijo Brian entregándole los vestidos y las toallas―. Ponte esta ropa, está seca y caliente.

Katiana miró las ropas y sonrió. Tomó los elementos, los puso a un lado y no hizo ningún esfuerzo por levantarse.

―Creo que me fracturé la pierna ―musitó.

―Rayos ―se lamentó el muchacho―. ¿Crees que puedas ponerte la ropa tu sola? Puedo llamar a Martha para que te ayude, si así lo quieres ―su voz era suave y serena.

―Lo intentaré.

Brian asintió y salió de la habitación. Katiana se sentó muy despacio sobre el borde de la cama; se quitó su uniforme de colegiala, su ropa interior y se envolvió en una toalla. Sentía un dolor inmenso en su pierna, tan inmenso que tuvo que esforzarse por no dejar salir algún chillido. Colocó toda su ropa mojada entre una cesta y la remplazó por un lindo vestido blanco, con pliegos lateras que le llegaban un poco más abajo de la mitad de sus muslos. El vestido se veía perfecto en su silueta.

Katiana miró su muslo y descubrió un moretón. No se había fracturado nada, pero le dolía demasiado. Trató de levantarse para caminar pero al final decidió descansar sobre el borde de la cama. Luego, dejó un salir un gemido de dolor.

―¿Ocurre algo? ―preguntó Brian, preocupado.

―No, nada. Es que me duele un poco la pierna ―hizo una pausa y agregó―: Ya puedes pasar ―él abrió la puerta y entró a la recamara. Katiana le enseñó el moretón.

―Tenemos que hacer algo con esa pierna ―dijo con picardía.

―¿Si? ¿Cómo qué?

―Podemos cortarla ―le guiño un ojo.

―Esa es una buena solución.

Ambos soltaron una risita. Se miraron por unos segundos y Brian agachó la cabeza.

―¿Qué ocurre Brian? ―preguntó la muchacha.

El joven sacó un ungüento del cajón de una mesita. Untó la yema de su dedo con el contenido del recipiente y lo frotó en el moretón haciendo círculos sobre la piel, provocando una frescura agradable que le causaba un poco de alivio.

―Es mi culpa que estés herida ―contestó sin levantar la mirada―. Si yo no hubiera atravesado la camioneta en ese momento, no estarías así.

―Brian… ―le levantó la cara con su mano y lo miró a los ojos―. Si tú no te hubieras aparecido en ese momento… probablemente yo estaría muerta.

―Dime exactamente lo que sucedió.

Ella guardó silencio mientras organizaba los sucesos en su cabeza. Luego soltó una bocanada.

―Esta mañana fuimos al cementerio; vi una luz, algo resplandecía a lo lejos y nos acercamos al lugar de donde provenía; al llegar allí encontramos una copa plateada con dorado, pero estaba untada de sangre. Yo me asusté mucho, pensé que la sangre seca en la copa debió de pertenecer al padre de José, el maestro asesinado. De repente se escuchó un terrorífico grito desde el interior de la cabaña, y medio alcanzamos a ver la silueta de un hombre; todos huimos del lugar. Sin darme cuenta perdí la copa; debió de haber caído cuando corría por la falda de la colina; luego fui a la casa de Biky y después me dirigí a la mía ―Katiana hizo una pausa y después continuó―: Yo iba camino a casa. Aun no salía del pueblo cuando comenzó a llover; me refugié en la terraza de una vivienda, y un hombre con un vestido impermeable negro, apareció a una cuadra abajo; sacó una especie de daga o cuchillo, así que huí, pero él me siguió; Luego me dijo que le entregara su copa, entonces comprendí que se trataba del mismo sujeto que nos apareció en los linderos del cementerio. Yo continué huyendo; me escabullí en un callejón y cuando él estaba a punto de atraparme… apareciste tú ―expulsó aire por la nariz.

Brian se quedó mirándola a la cara. Parecía que analizaba cada una de las palabras que Katiana le había dicho. La joven se sintió incomoda.

―Sí, lo sé… ―dijo ella alzando la vista al techo―. Piensas que estoy loca o que soy una mentirosa, ¿verdad?

El perfilo su rostro y una sonrisa curveó su boca.

―Te mostraré algo. Pero debes prometerme que no le dirás a nadie ―dijo circunspecto―. Será un secreto.

Katiana lo pensó por un momento. Lo pensó mirando esos ojos verdes que le emanaban confianza, seguridad y excitación.

―Te lo prometo ―dijo con convicción.

La joven estaba resuelta a guardar cualquier secreto sin importar que tan bueno o malo fuera. Después de todo él la había salvado. Lo menos que podía hacer por Brian era entregarle su confianza.

Brian se levantó y salió de la habitación. Y mientras el volvía, Katiana puso su vista sobre una fotografía que yacía sobre la mesita. Con dificultad se acercó un poco, extendió su mano y la tomó para verla mejor.

En la fotografía se plasmaba la imagen de una joven y dos muchachos que la abrazaban. Uno de ellos era Brian. Se escucharon unos pasos acercarse por el pasillo y Katiana volvió a colocar el retrato sobre la mesa. Brian se introdujo en la habitación, se sentó a su lado y le mostró un cuadro no muy grande, como de unos cuarenta centímetros de largo, por treinta de ancho.

―¿La copa es igual o similar a esta? ―preguntó enseñándole la pintura.

Ella la miró y quedó perpleja. Sobre el lienzo estaba la imagen de un enorme hombre con dos alas a sus espaldas. Las alas eran como las de un murciélago, pero mucho más firmes y anchas, para ser más exacto eran como las de un dragón; su aspecto era terrorífico; su piel era gris y se veía musculoso. Tenía un cuchillo en la mano y en la otra sostenía una copa idéntica a la que habían encontrado sobre las albercas. En el suelo había una víctima con la garganta cortada y cuatro personas rodeaban la escena, dos hombres y dos mujeres.

Capítulo 6

Katiana observó la copa, en parte dorada y en parte plateada.

―Sí… es idéntica ―respondió con asombro―. ¿Qué significa la pintura? ¿Es un especie de sacrifico o algo por el estilo?

―Sí, algo así ―contestó.

―¿Y él es un ángel caído o un vampiro?

―No, no es un ángel caído. Los ángeles caídos no pueden dañar directamente a las personas y sus alas tienen plumas negras ―Brian levantó la mirada del cuadro y miró el rostro de Katiana: no se mostraba ignorante al tema. Parecía que creía todo lo que él decía. Brian continuó―: tampoco es un vampiro. Los vampiros no desangran a sus víctimas en esta clase de copas, y además no tienen alas. Solo los primeros vampiros poseían alas similares a las de los murciélagos.

Katiana contempló el cuadro por unos segundos y miró a Brian.

―Entonces… ¿qué es?

―Es una gárgola ―contestó de inmediato.

―¿Una gárgola? ―preguntó, luego añadió―. Pensé que los vampiros eran los únicos que bebían sangre. ¿Para qué bebería sangre una gárgola?

―Las gárgolas tienen algo en común con los vampiros.

―No pueden salir de día.

―Exacto. Los vampiros no pueden exponerse a la luz del sol porque mueren, y las gárgolas…

―Se convierten en piedra ―interrumpió la muchacha, Brian la miró con simpatía y ella continuó―. O sea que las gárgolas beben sangre para poder salir en el día y así evitar convertirse en piedra ―Brian asintió, intentó hablar, pero ella continuó―. Okey, si una gárgola se convierte en piedra a plena luz del día, cualquiera podría matarla. Por eso bebe la sangre, para evitar la transformación.

―Veo que conoces algunas historias ―dijo el muchacho―. Estás bien informada y eres muy analítica.

―Sí, un poco. Cuando era pequeña mi bisabuelo me contaba algunos cuentos y leyendas ―sonrió―. Me encantaban sus historias. Estaban llenas de fantasía y suspenso.

Brian guardó silencio mientras la observaba detenidamente.

―¿Y creías en esas historias? ―preguntó.

―De niña sí.

―¿Y ahora? ―preguntó acercándosele un poco.

―Mmmm… no lo sé ―guardó silencio por unos segundos―. No sé si será demasiada casualidad todo esto. Creo que el hombre que me siguió tiene algo que ver con el asesinato de nuestro profesor. La copa que encontramos es muy parecida a esta ―señaló la pintura. Una parte de si se había convencido―. En mis diez años de vivir en Villa Bolívar, nunca había visto esa cabaña y menos a un asesino. Esa clase de acontecimientos no ocurren por acá ―colocó su dedo en el labio y pensó por un segundo―. El sujeto que me perseguía iba a matarme. Él reclamaba la copa… y desapareció cuando llegaste. Eso no es nada normal.

―¿Recuerdas como era él? ―cruzó sus brazos.

―No pude verlo. Vestía una capa impermeable que lo cubría desde la cabeza hasta los pies ―volvió a quedarse pensativa―. Hoy casualmente un chico me dijo que en el mundo estaba lleno de sorpresas y misterios que me asombrarían. Creo que tiene razón. Todo esto es muy extraño.

―Yo también creo que la tiene ―acercó su mano y la puso junto a de ella.

Katiana lo miró a la cara y estuvo a punto de entrelazar sus dedos entre los de él. Acercó su mano un poco más y al tocarlo pudo sentir un calor y una energía extraordinaria que salía de su cuerpo y se metía en el de ella.

«Debo de estar demasiado nerviosa para sentir esto. Nunca me había pasado algo así»

―¿Crees que una gárgola mató al profesor? ―preguntó la muchacha para disimular los nervios que la invadían.

―Es una posibilidad. Las copas son idénticas y se usaron para verter sangre. ¿Vistes algunas láminas o pedacitos de piedra, en el cementerio? Algunas gárgolas se deterioran cuando no consumen sangre.

Katiana se quedó atónita. Recordó las esquirlas de piedra que había encontrado junto a la tumba. Ella se había acercado al lugar del asesinato y luego se agachó para recoger algunos pedacitos de piedra que yacían sobre el suelo. Entonces los dejó caer cuando Óscar apareció a sus espaldas.

Katiana hizo un “alto” en su cabeza. Se detuvo a pensar por unos segundos. Su mente estaba dividida entre creer y no creer. Debía ponerse de acuerdo. Pensó sobre el asesinato del maestro y la historia de las gárgolas; meditó por un momento en todo el asunto y decidió rechazarlo de su mente. Era demasiado fantástico para ser verdad.

―¿Y tú Brian Jackson? ¿Crees en todas esas cosas? ―le preguntó sonriente.

Él le devolvió la sonrisa, bajó la cabeza para luego volverla a subir y contestó:

―Desde que era un niño.

―¿O sea qué piensas que algo anormal puede estar pasando en Villa Bolívar?

―Puede que sí ―se le acercó un poco más―, pero hay una explicación para todo. Quizá estamos exagerando ―guiñó un ojo.

Por unos segundos ambos jóvenes guardaron silencio y sus miradas hablaron por ellos. Se dijeron a gritos que sentían unas ganas inmensas de besarse. Ambos acercaron sus rostros un par de centímetros sin dejar de mirarse a los ojos; sus corazones latieron rápidamente y una sensación de humedad se sintió en la palma de sus manos.

―Dime Brian… ―se enfocó en sus pupilas― ¿Cómo supiste que estaba en peligro?

―No sé si me creas… ―dijo dudoso. Ella asintió, indicándole que continuara―. Tuve un presentimiento. Pude sentir que estabas en peligro y que estabas en ese lugar. Sé que suena loco pero es así.

Katiana se llenó de asombro. Era extraño pero le creyó. Estaba perpleja y se sentía un poco de emoción a la vez. Hace un momento estaba tratando de que su mente rechazara esas historias y todas esas cosas que parecían ser sacadas de una novela de ficción o de un cuento de fantasía, pero una vez más se estaba convenciendo. De repente su sonrisa se borró y su mente se desenfocó: había recordado que debía llamar a su casa. De seguro que su madre estaba preocupada.

―¡Cielos debo llamar a mamá! ―exclamó desesperada. Sus rostros se separaron―. ¡Rayos mi celular se descargó!

―No te preocupes, marca del mío ―dijo el muchacho entregándole su móvil.

―¡Ay Brian! ¡Te lo agradezco con el alma! ―le arrebató el aparato de las manos―. De verdad, algún día te pagaré, pero es que tengo que comunicarme con mi madre como de lug… ―detuvo su justificación al escuchar una voz en la bocina―, ¡hola!... hola mamá, soy yo, Katiana… sí, sí, sí. Estoy bien no te preocupes, estoy bien… no pude avanzar por la lluvia… sí, sí. Iré apenas pueda. Te lo prometo… ¿yo?... yo estoy en casa Biky ―miró a Brian, él sonrió y ella le guiñó un ojo―. ¿Ah? ¿Qué dices? Okey, okey, iré lo más pronto posible… mamá… mamá, chao, adiós, okey, okey. Chao ―finalizó la llamada dejándose caer sobre la cama.

―¿Todo está bien? ―preguntó Brian.

―¡Que alivio…! ―Exclamó―. Sí, sí. Todo está bien ―volvió a sentarse―. Mi madre me cuida demasiado. Estaba muy preocupada.

―¿Eres su única hija?

―Sí, soy la única mujer. Yo soy la mayor. Tengo un hermano pequeño; su padre se llama Javier. Javier tiene un taller de soldadura junto a la casa con el que mantiene a la familia.

―¿Y tu padre?

―Vive en Londres. Trabaja en una compañía de seguros ―peinó su cabello con sus dedos―. Le va bien. Se volvió a casar.

―¿Lo extrañas?

Katiana respiró profundo. Hace diez años que ella no lo veía. Él se marchó cuando ella aún era pequeña. Después realizó la solicitud para el divorcio y terminó separándose de su madre.

―Sí. Lo extraño mucho ―trató de sonreír y bajó la mirada―. Pero a pesar de que está lejos, siempre ha estado al tanto de mí. Me llama cada semana y me realiza un giro cada mes.

―¿Por qué no te fuiste con él?

Katiana levantó la mirada y forzó una sonrisa.

―No quería ser un problema para su esposa. Aquí me gusta, y lo más importante: debo cuidar a mamá.

―¿Así como te cuidas tú? ―preguntó con una malvada pero atractiva sonrisa.

―¡Brian, que malo eres! ―dijo casi riendo―. Bueno… ojala tú… pudieras cuidarme.

Katiana no sabía porque había dicho. Simplemente se le había salido. Sus mejillas se ruborizaron y trató de actuar natural.

―Te prometo que siempre te cuidaré ―dijo él con una voz dulce.

―Entonces sabré que tan bueno eres cumpliendo tus promesas.

Los jóvenes se miraron fijamente y dejaron que la atracción inclinara sus cuerpos. Sus labios se pusieron uno sobre el otro, pero cuando apenas se habían alcanzado a tocar, alguien abrió puerta, haciendo que los jóvenes se separaran de forma repentina.

―¿Cómo está todo por acá? ―preguntó un muchacho alto, de cabello negro hasta los hombros; barba cerrada y bastante elegante; llevaba puesto un pantalón dril, una camisa encajada en la cintura y los puños de las mangas recogidos hasta los codos.

Al verlo, Katiana se llenó de vergüenza. Había sido descubierta tratando de besar a un sujeto que apenas había conocido unas horas atrás. Brian solo dejó salir una risita.

―Katy ―dijo Brian puesto en pie―. Te presento a mi primo Alex.

―Mucho gusto señor Alex ―dijo desde la cama.

―¿Cómo dices? ―Preguntó ofendido.

Katiana se abrazó los codos y miró a Brian sin entender por qué su primo se había enfadado.

¿Puedes creerlo Brian? ―siguió diciendo―. ¡Me trata como a un viejo! y solo porque tengo barba ―se acercó un poco. Brian bajó la cara casi riendo y posando su mano bajo su nariz ―. ¡Mira Katiana! ―. Sí. Tengo barba, mucha barba, pero esta afeitada ―Katiana rió y puso una mano en su boca para evitar que la risa escapara de su garganta―. ¿Y sabes qué…? Me hace ver sexy… muy sexy.

Todos dejaron salir una risa. Luego caminaron hacia la puerta.

―¿Sabes? Todas las chicas de este lugar, las que me han visto, se mueren por mí. Ya lo veras.

―Ya basta Alex ―dijo Brian empujándolo por el hombro mientras se dirigían a la puerta.

―Por cierto Katiana ―dijo Alex deteniéndose antes de salir del lugar―. Es un placer conocerte ―le tomó la mano y la besó.

―El placer es mío ―contestó sonriente.

Caminaron por el pasillo hacia la salida. Katiana cojeaba debido al golpe en la pierna. Ella subió a la camioneta y antes de que Brian también lo hiciera, Alex le frunció el entrecejo. Brian amagó una sonrisa, subió a la camioneta y aceleró.

―Bien ―suspiró Katiana―. No todo termino tan mal.

―Así es ―afirmó Brian―. Sobreviviste a Alex… ya sobreviras a lo que venga después.

Katiana lanzó una risita. Miró por la ventana y preguntó:

―¿Aún crees que alguna “bestia” está detrás del asesinato de nuestro profesor?

―Tal vez haya una explicación lógica ―respondió él bajando la velocidad.

―Sí. Tienes razón. El inspector se encargara de ello ―volvió la vista hacia él―. ¿Por qué vas más despacio? ―preguntó con picardía, sabiendo que lo hacía para pasar más tiempo con ella.

―Trato de ganar más tiempo contigo ―respondió deteniendo el auto a poca distancia de la casa de la muchacha.

Ella volvió a sonreír.

―Vi una foto en la habitación. Tú y Alex están en ella, ¿Quién es la mujer?

―Es Desly, una prima nuestra. Vive en Alemania ―Katiana asintió disimulando el alivió al descartar que no era su novia―. No tardará en venir. Tal vez la conozcas.

―Y… ¿hay alguna persona… en tu vida?―preguntó con incomodidad.

Brian sonrió, pero solo por un instante; no quería avergonzar a la muchacha, era evidente que estaba nerviosa y que él le gustaba.

―No. La verdad aún no hay nadie ―respondió.

Katiana volvió a asentir con la cabeza y se apresuró en cambiar de tema.

―Mi madre me dijo que cuando mi padre vivía en el pueblo, se hizo amigo de los Jackson y me llevaba a la quinta Gautier.

―Si lo sé. Mi padre era amigo de tu padre.

―¿Qué paso con él? Hace casi una década que no ha vuelto.

―Él falleció… ―bajó la mirada.

Katiana guardó silencio por un par de segundos.

―Brian… lo siento. Yo no quería…

―No te preocupes ―dijo muy sereno―. Fue ya hace tiempo. Accidente de tránsito: el auto patino en la nieve ―hizo una pausa―. Mi madre también falleció cuando yo era un niño de cuatro años.

La atmosfera se hizo pesada y hubo varios segundos de silencio. Luego Katiana dijo:

―¿Sabes…? creo que recuerdo a tu padre ―alzó un poco el mentón y lo sostuvo con sus dedos―. Robert Jackson se parecía mucho a ti. No, corrijo… era idéntico a ti. Solo que su cabello era negro.

―¡Wao, puedes recordarlo! ―sonrió impresionado.

―Claro. Yo jugaba en tus columpios. A él solo lo vi como por una semana; después se marchó. Lo extraño es que nunca te vi a ti.

―Yo siempre viví con la familia de mi padre en Inglaterra.

―¿Cuántos años tenía tu padre cuándo se hizo amigo del mío?

―Veintisiete años ―contestó de inmediato.

―Aún estaba joven.

―Sí. El accidente sucedió dos meses después de haber vuelto a Londres ―Katiana bajó la mirada, el continuó diciendo―: yo tenía doce años de edad.

―¿O sea que ahora tienes veintidós?

―Correcto. Terminé mis estudios en Londres. Luego viajé a Bogotá en donde hice mi universidad. Me gradué hace un par de meses y vine a este lugar para trabajar en mi propia empresa.

―¡Wao! Estoy asombrada. ¿En qué carrera te graduaste?

―Ingeniera ambiental.

―Me alegra que después de todo te esté yendo bien ―la joven dirigió la mirada hacia su residencia―. Brian, creo que ya es hora de que lleguemos a mi casa, o será mi madre quien me mate.

―Okey. Ya son las siete. Es hora de irnos.

El joven encendió el auto y arrancó.

Capítulo 7

Brian estacionó la Toyota frente a la casa; bajaron de la camioneta y Lina, la madre de Katiana, los recibió.

―¡Cielos! ¡Qué auto! ―exclamó Andrés, asombrado.

―Hola señora Lina ―saludó Brian. Katiana volvió su rostro hacia él sorprendida de que supiera el nombre de su madre.

―¡Papá! ¡Ven a ver la camioneta del novio de Katiana! ―gritó Andrés emocionado mientras corría al interior de la casa en busca de su padre.

Al oírlo el par de jóvenes sonrió y se encogieron de hombros.

―¡Buenas noches! ―dijo Lina, muy sonriente―. ¿Tú debes de ser…?

―Brian, Brian Jackson ―contestó estrechando su mano.

Lina puso cara de asombro. Para ella era una sorpresa descubrir que su hija era la “novia” de uno de los Jackson. Katiana miró el rostro de su madre y se llenó de vergüenza al ver que no había ni una pizca de disimulo en ella.

―¡Brian! ¡Eres idéntico a tu padre! Nunca lo vi en persona pero si en algunas fotografías que Sandy, el padre de Katiana, tenía ―dijo llena de emoción―. Yo me la pasaba trabajando todos los días mientras que él cuidaba de Katiana y la llevaba a la mansión Gautier. Sandy se había quedado sin empleo, así que compartimos las cargas; tu padre fue muy bueno dándole trabajo en su mansión ―hizo una pausa―: pero bueno… no más historias. ¡Ven pasa, entremos a la casa! ¡Tú perdona tanto desorden!

«¿Desorden? ―pensó Katiana―. ¿Pero cuál desorden? Mamá siempre mantiene la casa súper limpia. No sé qué más podría limpiarla».

―Es que no teníamos ni idea de que estabas en Colombia ―continuó diciendo la mujer―, y mucho menos de que fueras el novio de Katiana ―Brian y Katiana volvieron a verse a la cara, sonrieron y trataron de no dejar salir alguna carcajada―. Pero no es tu culpa, no, no, no. Yo sé que ella es rebelde ―los ojos Katiana se abrieron de par en par ante el comentario de su madre―. Entra Brian, entra. Te traeré algo de tomar de inmediato ―caminó con prontitud hacia la cocina.

Brian entró a la sala y se sentó sobre un sofá. Javier bajó las escaleras y lo saludó. Katiana tomó asiento frente a ellos para vigilar a su madre quien en cualquier momento podría decir alguna locura.

―Tú debes ser el joven Jackson ―dijo Javier con un tono que no se sabía si era una pregunta o una afirmación.

―Sí, soy yo. Brian Jackson, para servirle.

―Es un gusto conocerte, Brian. Lamento mucho lo de tu padre.

Brian asintió, después Lina volvió de la cocina y le entregó un vaso de limonada.

―Aquí tienes cariño ―dijo sonriente.

«¿Cariño? ―se preguntó Katiana―. ¡Asombroso! mi madre nunca había tratado tan bien a alguien que viniera a visitarme».

―Muchísimas gracias señora Lina. Es usted muy amable y agradable… al igual que su hija ―miró a la joven con su mirada astuta y atrevida.

«Vaya, vaya… sabes cómo manejarla»

La muchacha, exhibió una sonrisa entrecerrando los ojos.

―Y es usted muy afortunado ―se dirigió a Javier―, tiene una familia muy hermosa y acogedora.

Javier sonrió orgulloso.

―¿Y desde cuándo son novios? ―preguntó Lina llena de emoción.

Katiana y Brian estrellaron sus miradas. No sabían que respuesta dar. Si todo era un juego, no habían tenido tiempo para ponerse de acuerdo. Aun sin saber que decir, la muchacha abrió su boca por medio segundo. Pensó si debía aclarar las cosas y desmentir aquel engaño que su familia se había hecho, o si debía continuar con la farsa. ¿Pero Brian estaría de acuerdo?

―Solo tenemos un día ―respondió Brian, adelantándose a Katiana.

La joven quedó boquiabierta y asombrada. En verdad él lo había dicho. Pero ahora ella no sabía si sentirse bien por hacerle creer a su familia que Brian era su novio, o sentirse mal por mentirles. ¿O acaso Brian lo había dicho porque en realidad quería que fuera así? ¿Qué pasaría después de que él saliera de ese lugar y volvieran a verse? ¿El juego acabaría?

―¿Un día? ―Exclamó la mujer―. Bueno, todo tiene un comienzo ―ensanchó una sonrisa.

―Dime muchacho, en el futbol, ¿Cuál es tu equipo favorito? ―inquirió Javier―. ¿Barsa o Real?

―Eh… ―pensó―, aun no me decido, pero por ahora le voy al Real.

―¡Excelente! ―exclamó Javier―. Ya veo que nos la llevaremos bien.

Katiana miró a Brian con una combinación de expresiones: vergüenza, nervios, risa y demás. Su familia era un poco alocada, y él en unos pocos minutos se la había echado al bolsillo.

―Bueno, bueno ―dijo la joven de ojos azules―. Mi amor ―miró a Brian―, se te va a hacer tarde para realizar la video conferencia con tu abogado. No quiero que por nuestra culpa faltes a ese compromiso.

―¿Qué? ―Preguntó decepcionada la madre―. Pero si acabó de llegar.

―Otro día vendré a visitarlos ―dijo Brian poniéndose en pie, Javier y Lina se miraron y se encogieron de hombros―. Muchas gracias por toda su atención. La pasé muy bien ―salió por la puerta.

―Adiós Brian ―se despidió Javier y Andrés.

―Chao Brian, vuelve pronto ―dijo Lina.

Brian y Katiana salieron de la casa, se miraron sonrientes y se detuvieron frente a la camioneta.

―Creí que mi madre te colocaría sobre la mesa para que adornaras su mantel o que te colgaría en la sala para hacerla más bonita ―dijo la muchacha exhibiendo los huequitos que se formaban en sus mejillas al sonreír.

Brian rió.

―Tienes una bonita familia ―se acercó hacia a ella.

―Sí. ¡Es un poco alocada! ―soltó una risa―. Pero es especial.

―Así como tú.

―¿Soy alocada? ¡Vaya, que cumplido!

El joven volvió a reír.

―No, claro que no. Tú eres especial…

―Lo dices como si me conocieras mucho, Brian Jackson.

―No es que sea un experto en la “Katiologia”, pero sé un poco de ti.

―¿Sí? Sorpréndeme chico experto ―se apoyó sobre la camioneta y lo miró a los ojos.

―Okey. Katiana Rodríguez: naciste el 02 de septiembre de 2001; te gusta el helado de vainilla con fresa; vives en Villa Bolívar desde que tenías casi siete años; tu serie favorita era Sailor Moon; te gustan los libros de romance, fantasía y ficción; y cuando eras niña te fracturaste un brazo, pero tu recuperación fue rápida.

La sonrisa de Katiana se apagó.

―Oye, no puedo creer que sepas tantas cosas de mí ―dijo sorprendida, él enarco una ceja―. ¿Cómo sabes todo eso?

―Te lo dije. Sé un poco ti.

―Y yo muy poco de ti. Eso es trampa.

―Ya debo irme ―abrió la puerta de la camioneta―, tengo una video conferencia con mi abogado ―guiño un ojo.

―¡Oye! ¿No me vas a decir?

Brian cerró la puerta del vehículo y dijo a través de la ventana:

―Lo sé por mi padre.

Media sonrisa se dibujó en el rostro de la muchacha y exhaló un suspiro.

―Que descanses Brian… ―dijo dulcemente.

―Tú también ―alargó su mano y le entregó una tarjeta―. Si me necesitas llámame.

El joven encendió la camioneta y se marchó.

Habían pasado dos horas desde que Brian se había marchado. Katiana reposaba sobre su cama meditando en todo lo sucedido durante el día. Todo era increíble. Había sido un día lleno de sorpresas, de momentos horribles y otros agradables.

Miró hacia el techo y volvió a hacer un recordatorio de todo lo que había sucedido.

«Que día tan loco. Primero, un asesinato; el chico atractivo, el chico raro; la copa dorada; el hombre asesino, la lluvia y la persecución; las historias de terror; mi familia enloquece al conocer al novio que yo no sabía que era mi novio ―rió con mucha gracia, pero calló al escuchar un extraño ruido que provenía de afuera. Alzó la cabeza mirando hacia la ventana pero no volvió a escuchar nada, así que prosiguió―: Brian… ya quiero volverte ver ―suspiró―. ¡Se lo contaré a Biky!».

Katiana buscó su celular, escribió un largo mensaje y se lo envió a su amiga. Giró sobre la cama hasta quedar bocabajo y entonces volvió a escuchar otro ruido. Era como un murmullo que la llamaba.

―¿Qué fue eso? ―susurró―. ¿Será Brian? ¿Se habrá escabullido para venirme a ver?

Sin pensar más voló de su cama y corrió hacia la ventana sin dejar apagar su sonrisa.

―La copa… ―murmuró la voz de una mujer.

Al oírla, Katiana se quedó paralizada; sus vellos se erizaron y su corazón emitió una metralla de latidos. Buscó entre las sombras y vio la figura de una mujer paseándose por los potreros que estaban en la parte de atrás de la casa.

―¿Qué, que…? ―gagueó la muchacha, mientras le temblaban las manos.

La mujer se detuvo, alzó su mirada y enfocó a la joven. Katiana nuevamente estaba aterrorizada, tan aterrorizada que aunque trataba de gritar no podía. El grito estaba atascado en su garganta.

La mujer se acercó un poco más a la casa y levantó su brazo lentamente. Sobre su mano sostenía algo; era ovalado o tal vez redondo, no se podía visualizar con claridad. Siguió caminando, acercándose más hasta que la claridad de la luna la descubrió por completo: vestía como una gitana; su cabello era negro, largo y muy abundante; su mirada era escalofriante y sacaba su lengua, saboreando sus labios. Levantó su brazo por completo y en su mano sostenía la cabeza del profesor Luis Hernández.

El grito que se había atascado en la garganta de la muchacha estalló y se escuchó en toda la casa. Pero en ese mismo instante, algo más sucedió: un tipo con un extraño traje negro, apareció como a cien metros de allí; apuntó con un enorme arco y disparó una flecha que atravesó la distancia para clavarse en el hombro de la mujer, provocando que soltara la cabeza que sostenía de los cabellos; luego abrió dos enormes alas que salieron de su espalda y huyó del lugar.

Las luces del cuarto se encendieron y Katiana pudo ver a su madre y a Javier entrar. Katiana se abalanzó en los brazos de su madre, y la sujetó con fuerza.

―¡Katiana! ¿Qué pasó? ¿Qué sucede? ―preguntó su madre angustiada.

―¡Mamá, mamá, mamá! ―gritó histérica y asustada, la muchacha.

―¿Pero qué pasó? ―Preguntó una vez más mientras miraba a Javier―. Cálmate bebé, tienes que calmarte.

―¡Mamá, llama a Brian! ¡Llámalo!

―Cariño, estas no son horas para molestar a la gente.

―¡Por favor mamá! ¡Por favor!

Katiana estaba asustada y adherida al cuerpo de su madre. Nunca en su vida había sentido tanto terror. Era una experiencia horrible la que había vivido esa noche, pero ya se acostumbraría a enfrentar el miedo. Ahora la muchacha creía en todo lo que Brian le había contado. Desde ese momento no habría espacio para las dudas en cuanto a lo sobrenatural.

―¡Mamá, no me dejes sola, por favor! ―suplicó.

―Tranquila bebé, tranquila ―la miró a los ojos y le sonrió―, estoy contigo mi amor. No te va a pasar nada.

Katiana clavó su mirada por entre la ventana y recordó que la mujer había dejado caer en el suelo la cabeza del profesor.

―¡Javier! ¡Javier! ―gritó nuevamente.

―¿Qué? ¿Qué pasa Katy? ―preguntó preocupado.

―¡Llama al inspector! ¡Llámalo! ―él la miró sin entender la razón para ello―. ¡Javier tienes que llamarlo! El asesino estaba allí afuera ―señaló por la ventana.

―¿Qué? ―se alteró su madre.

―¡Sí! ¡Dejó…! ¡Dejó la cabeza de luís Hernández tirada sobre el suelo!

Su madre se sobresaltó y ahogó un grito de espanto con la palma de sus manos. Estaba aterrada.

Javier bajó deprisa y se comunicó con Lucas. Después encendieron las luces de la casa y trataron de calmarse.

Eran casi las doce de la noche cuando el inspector Lucas Beltrán llegó junto con un sargento y tres policías. Hicieron un registro por la propiedad y encontraron la cabeza del profesor, más no encontraron al asesino.

―Katy, sé que no estás en el mejor momento para esto ―dijo el inspector Lucas, sentado frente a ella en la sala de la casa―, pero necesito que me ayudes. Solo te formularé algunas preguntas.

Ella asintió.

―Dime, ¿Cómo era la persona que viste?

Katiana se puso tensa. Traer a su memoria ese momento, era tan espeluznante, casi como volverlo a vivir. Apretó sus puños y respondió:

―Era una mujer: tenía el cabello largo y negro ―miró a su madre. Ella le asintió para que continuara―. Su piel era blanca y vestía como una gitana.

―Gitanos ―dijo el sargento―. Sectas, sacrificios, ritos… tiene sentido.

―Katy, ¿Ella te vio? ―preguntó el inspector.

―Sí ―contestó―. Después levantó la cabeza del padre de José y me la enseñó. Y luego… ―la joven se quedó en silencio, había recordado al sujeto que atacó a la mujer con la flecha.

―¿Y luego qué? ¿Qué fue lo que pasó?

Katiana estaba pensando. No podía decirle que un sujeto apareció, le disparó una flecha a la mujer y esta huyó volando como un pájaro o como… lo que era: una gárgola. En ese mismo momento, recordó al sujeto que la había perseguido esa tarde, pero decidió no contar nada sobre eso. No sabía cómo podía reaccionar su familia y había una enorme posibilidad de que más nunca la dejaran volver a salir sola. Guardaría el asunto como un secreto entre ella y Brian.

El inspector inclinó la mitad de su cuerpo hacia Katiana. Sintió que la muchacha sabía algo clave o importante.

―Katy, ¿Qué fue lo que paso después? ―volvió a preguntar.

―Apareció un hombre con una pistola y le apuntó. Ella lo vio y huyó hacia al bosque, no sin antes dejar caer la cabeza del señor luís ―respondió de inmediato. Fue lo primero que se le ocurrió.

―¿Un hombre con un arma? ―Preguntó el inspector enfocando al policía―. ¿Sargento tiene hombres patrullando por esta zona?

―Los tuve, inspector ―le respondió―. Su turno terminó a las 21:00 horas. No fueron ellos.

―Dime Katy ―volvió el rostro hacia la muchacha―. ¿Hay algo más que no me hayas dicho?

―Les dije todo lo que vi ―contestó la joven mirando hacia el suelo. Levantó la cabeza y preguntó―. ¿Se quedara algún policía a hacer guardia esta noche?

―Sí. Un par de nuestros hombres pasará cada hora en una motocicleta por este lugar. Cualquier cosa, infórmenos.

―¡Muchísimas gracias, Lucas! ―dijo la madre de Katiana, mientras acompañaba a los policías a fuera de la casa.

―Solo hacemos nuestro trabajo ―contestó Lucas―. Lina, Javier, cualquier cosa llámenos.

―Gracias, muchas gracias ―dijo Javier.

Los policías salieron del lugar y se marcharon en sus motocicletas. El inspector fue el último en salir, pero antes de marcharse miró a Katiana por un segundo, Ella seguía con una expresión neutra. Él dio la espalda y se marchó.

Capítulo 8

Llegada la mañana, Katiana se alistó para ir a la escuela. Su madre trató de convencerla para que se quedara, pero ella se negó a hacerlo, debía asistir; se encontraban en la semana final del año, así que no podía faltar.

Se levantó temprano y tomó su rumbo. Javier se ofreció para acompañarla hasta el pueblo, pero ella no aceptó. Dijo que Brian la llevaría. Ella ya le había enviado un mensaje de texto para que la recogiera. De seguro lo encontraría durante el avance.

Caminó por el sendero, observando todo a su paso, mientras que en su mente se revivía la espantosa escena en la que aparecía aquella joven mujer.

―Ella y él sujeto que me siguió durante la lluvia, mencionaron la copa. Ellos están relacionados. Tal vez se traen algo juntos ―se dijo en voz alta sin dejar de analizar el camino. Temía que fuera a encontrárselos o apareciera otra sorpresa―. Pero que lio en el que me metí ―se quejó―. ¡Estúpida copa!

Katiana no veía el momento para encontrase con Brian. Esa noche, antes quedarse dormida, le había enviado un audio contándole todo lo sucedido. Él se ofreció a ir a su casa, pero ella se negó. Así que acordaron verse por la mañana.

Después de un rato, una camioneta negra se acercó y se detuvo junto a ella para que la abordara.

―¿Estás mejor? ―le preguntó Brian cuando ella hubo entrado.

―Sí ―afirmó muy sonriente como si nada hubiera pasado.

―Te ves muy serena como para haber sido asustada por una gitana asesina.

―Esa cosa no era una gitana asesina. Era un gárgola ―lo miró a la cara y preguntó con un tono de duda―. ¿Tú me crees?

Brian volvió su rostro hacía ella.

―Claro que te creo ―tomó la mano de la muchacha. Esta se sentía suave y cálida.

Katiana se sintió tan bien que olvido la mala noche que había pasado. Ella Entretejió sus dedos entre los de él y los apretó. Quería hacerle sentir que le gustaba mucho, que disfrutaba de su compañía, que era la única persona con la que se sentía segura; el único hombre que le interesaba y a quien estaba empezando a querer. Sabía que lo que estaba pasando entre ellos era una locura, pero no le importó. Le encantaba esa locura.

Después de un rato el auto se detuvo y ambos se miraron.

―Hay algo que quiero hacer ―dijo Brian mientras observaba los ojos azules y la boca de la hermosa muchacha.

―Entonces hazlo ―respondió ella dejando sus labios entre abiertos al tiempo que su respiración se aceleraba.

Brian se acercó a ella y colocó su boca sobre los rojos labios de la joven. El contacto se convirtió en un beso cargado de emociones y energía, al igual que la primera vez que lo tocó. Nunca antes Katiana había sentido algo similar a eso. Pasados varios segundos, se separaron lentamente sin dejar de mirarse a los ojos; sonrieron y siguieron mirándose atontados.

―¿Habrá más de estos? ―preguntó la joven, aun sintiendo el sabor de los labios de Brian en su boca―. ¿O… será el último?

―No olvides que soy tu novio ―contestó él mientras le acariciaba la mano con su pulgar.

Ella sonrió dichosa, pero tratando de disimular la emoción que sentía por dentro. Sentía que iba a estallar.

―¿Mañana podrás traerme a la última clase del año?

―Claro, por qué no ―respondió.

Ambos volvieron a acercarse y se dieron otro beso, esta vez más corto.

―Chao… me tengo que ir ―sonrió la blanca muchacha―. Te portas bien ―guiñó un ojo.

El rió y le hizo una señal de adiós.

―Hasta pronto Katy.

Katiana abrió la puerta de la Toyota y salió con una sonrisa dibujada en el rostro. La camioneta dio vuelta y se marchó. Volteó hacia el portón de la escuela y se estrelló con una decena de caras que la miraban fijamente. Algunos de los rostros estaban perplejos; entre esos había uno muy familiar: era el de Estefany Beltrán, su archienemiga.

―Estas avanzando muy rápido, Katy, Katy―dijo meneando cabeza sin dejar de masticar un chicle.

―¿Ahora cuál es tu problema? ―preguntó Katiana, dirigiéndose hacia ella.

―No… ninguno ―volvió a sonreír―. Solo que…

―¿Solo que qué?

―Que eres una perra ―contestó de inmediato. Katiana abrió los ojos enfurecida―. Juegas con mi hermano y ahora te metes con este hijo de papi y mami.

―Sus padres murieron ―dijo indignada―. Y con tu hermano nunca he tenido nada. Sí, nos besamos dos veces… pero él nunca ha dejado de besar a todo el instituto.

Las burlas estallaron por parte de los que se amontonaron a ver la disputa, y Estefany cambio el tema para no perder la batalla.

―Oí a mi padre contarle a mamá que una gitana te fue a visitar con la cabeza del profesor luís. Dicen que los gitanos tienen una clase de poderes oscuros ―sonrió tanto que mostró los dientes―, tal vez tú asesinaste al maestro y ella te fue a llevar su cabeza, para recordarte el mal que has hecho.

―¿Qué? ―Katiana se enfureció aún más.

―Sí, aunque por varios años fuiste la amiga inseparable de su hijo, el profesor nunca te agradó, y tú odias las matemáticas… apuesto a que tú lo hiciste.

―¿Por qué no te callas? ¡Perra! ―dijo Biky, acercándosele por la espalda.

―¡Oh! Llegó Biky López al rescate…

―Rescate vas necesitar tú si tu padre se entera de tus acusaciones ―la encaró.

Estefany enmudeció, frunció su frente y se marchó sacudiendo su cuerpo como una modelo.

―¡Oye! ¡Estefany! ―gritó Biky. La muchacha se detuvo y dio media vuelta ―. Más te vale no volverte a meterte con nosotras por esta temporada. Las clases terminan mañana. No querrás que como despedida te vuelva a dar la paliza que te di el año pasado. Colegio cerrado, nadie a quien rendirle cuentas.

Estefany apretó los labios con enojo, dio vuelta y se marchó aún más deprisa.

―Gracias por la ayuda ―agradeció Katiana, aliviada.

―De nada. Ahora vámonos a clases ―Biky miró a su alrededor―. ¿Y ustedes que miran? ¡Cuelguen! ―le gritó a los que se habían amontonado―. ¡Qué gente! ―dejó salir una exhalación de fatiga.

Ambas jóvenes caminaron por entre los pasillos en dirección del aula de clases. Mientras marchaban solo se escuchaba un tema de conversación: lo sucedido en la casa de Katiana.

―¿Enserio? ―se escuchó la voz de una joven en el patio de la escuela―. ¿Alguien sacó la cabeza de la tumba del profesor y la arrojó en el patio de la casa de Katiana Rodríguez?

―¡Sí! ―le respondió otra persona―. Dicen que unos gitanos la escavaron del cementerio y se la llevaron. El inspector Beltrán dice que es posible que hayan sido las mismas personas que lo asesinaron.

―¡Qué miedo!

―Wao… parece que mi casa se volvió famosa ―dijo Katiana torciendo el labio.

―No les prestes atención ―dijo Biky asomándose por la ventana del aula de clases―. ¡Oye! ―exclamó repentinamente casi gritando.

―¿Qué ocurre? ―preguntó Katiana, sobresaltada.

―¿De verdad estas saliendo con Brian Jackson? Esta mañana leí el mensaje que me enviaste anoche.

―¡Que estúpida eres! ¡Me asustaste! ―gritó Katiana enfurecida al tiempo que le propinaba un puñetazo en la cadera― ¡Ahusf! ―sacudió su mano con dolor.

―¡Te felicito amiga! Es la mejor y única buena noticia que me has dado sobre ti.

―Estúpida ―dijo riendo. Exhaló―. Sí, es lo único bueno que me ha pasado ―levantó los ojos pensativa y sonriente.

―¡Ay! ¡Vas a babear todo!

Ambas estallaron en risas y entraron a la clase. Durante toda la jornada Katiana se la pasó pensando en el joven Jackson. No hizo nada más. Él era su primer novio oficial. Antes de él solo había tenido tres relaciones temporales. Solo algunos besos y algunas salidas. Nada de relaciones serias, ni duraderas, no mayores a tres meses. Su madre nunca había aprobado a ninguno de los chicos que querían corresponderle o enamorarla, ninguno había sido un buen partido.

Las clases concluyeron y todos los estudiantes salieron del instituto. Biky se ofreció en acompañar a Katiana hasta la mitad del trayecto, pero ella se negó. Dijo que llamaría a Brian para que la llevara, así que Biky tomó su camino y se marchó.

Katiana caminó un poco, se detuvo bajo la sombra de un árbol y marcó el número de Brian, pero la llamada se fue a buzón de mensajes, no tenía cobertura.

―¡Ay no! ¡No puedes ser! ―dijo preocupada.

―¿Quieres que te acompañe? ―preguntó Óscar a unos metros atrás de ella.

Katiana se sobresaltó por la sorpresa, no se lo esperaba. Colocó una mano en su pecho y dijo:

―¡Cielos, Óscar! ¿Siempre apareces como caído del cielo?

Él sonrió y ambos marcharon por el sendero.

―Perdóname una vez más. Después de pasar por esa terrorífica experiencia, debes de estar asustada.

―Mmmm, pues sí, pero a la vez no. Es extraño…

―Una parte de ti se asusta en el momento, pero luego el miedo desaparece y sigues como si nada hubiese pasado.

―Exacto. Tú me entiendes Óscar ―le brindó una sonrisa. Él metió las manos en sus bolsillos y calló. Ella siguió diciendo―: Óscar… cuéntame de ti. Eres un poco misterioso.

―¿Yo misterioso? ―Soltó una carcajada―. No para nada. Solo que no me conoces bien.

―Entonces, te escucho…

―Okey ―hizo una pausa y la miró, ella arqueó una ceja esperando a que él continuara―. Tengo veinticuatro años, me gusta viajar, vivo solo… ―hizo una pausa―. ¿Sabes guardar secretos?

―Claro, soy una tumba ―guiñó un ojo.

―Bien, si revelas alguno de mis secretos… tendré que matarte ―lo dijo en un tono grotesco.

―¡Oh! Que peligroso ―dijo Katiana entrecerrando los ojos―. No serás el único que lo habrá intentado.

Sonrió.

―Sé artes marciales.

―¿Enserio? ―preguntó asombrada.

―Sí. Me mantengo en forma…

―Eso se nota ―golpeó sus duros brazos.

―Y soy un agente especial de una unidad de elite ―lo dijo con convicción.

―¡Ay, no inventes!

El guardó silencio y siguió caminando. Ella se detuvo y preguntó.

―¿Es enserio? ¿No me estás tomando el pelo?

―Me creas o no me creas, no se lo digas a nadie ―dijo volviéndose a ella.

La joven se quedó pensativa.

―Demuéstramelo. Demuestra que eres un agente elite. Haz algo que lo pruebe.

―¿Enserio? ―frunció el ceño.

―Sí, hazlo ―dijo colocando las manos en sus caderas, mostrándose a la espera.

Él giró observando a su alrededor.

―Muy bien ―miró hacia un árbol―. ¿Qué tal esto? ―señaló al árbol y lo trepó hasta la parte más alta sin hacer una sola pausa y con mucha facilidad.

―¡Cielos! ―exclamó asombrada.

Él saltó de rama en rama con mucha precisión y se dejó caer haciendo un par de giros antes de tocar el suelo. La miró y pudo verla con la boca abierta y sin palabras. El muchacho torció el labio en una sonrisa y prosiguió el camino.

―¡Óscar! ¡Eres increíble! ―le alabó.

―Lo sé. No es necesario que lo digas.

―Y también eres un engreído y presumido.

―También lo sé.

Ella soltó una risa. La marcha continuó y después de unos minutos Óscar guardó silencio por un rato.

―¿Qué pasa? ―preguntó ella un poco incomoda.

Óscar meditó por un momento. Se veía indeciso, pero se resolvió a decir:

―Katy, necesito que me ayudes.

―¿Cómo? ¿Ayudarte yo? Explícame eso.

―Estoy en una misión importante. Debo encontrar a los asesinos de luís Hernández ―Katiana guardó silencio por un momento―. Te pagaré muy bien si lo haces.

―Claro que no. Olvídalo… no me quiero implicar en algo tan peligroso.

―¿Y qué tal si la próxima víctima fuera alguno de tus seres querido? ―la miró a los ojos―. Después te lamentarás porque pudiste haber ayudado y no lo hiciste.

―¿Me estas metiendo psicología? Que astuto eres… en cierto modo tienes razón, pero no lo sé. Tendré que pensarlo.

―Katy, tú necesitas un transporte. Estoy seguro de que estas cansada por tener que caminar medio kilómetro para llegar al pueblo. ¿Qué te parece si me ayudas y yo como premio te doy una espectacular motocicleta Kawasaki?

―¡Acepto! ―contestó de inmediato.

―Eres muy inteligente ―curveó su boca, se vio satisfecho―. Escucha bien, nadie debe enterrarse de lo que hagamos.

―No lo digas solo por ti ―dijo ella―. Si mi madre se entera, me mata, y si mi novio lo llega a saber no sé que…

―¿Desde cuando tienes novio? ―preguntó sin dejar que terminar la oración.

―Eh… desde ayer. Llevamos un día.

―Déjame adivinar… es Brian Jackson, el heredero de la fortuna de los Jackson.

―No sabía que tenía una fortuna… pero sí, sí es él.

Nuevamente Óscar volvió a quedar en silencio.

―Okey ―dijo―, retomemos el tema. Presta mucha atención. Sera muy fácil. La colina del cementerio es grande y no la conozco tan bien como tú; así que solo me acompañaras en la parte de los linderos y me mostrarás el trayecto por donde subiste y bajaste. Debo encontrar la copa que perdiste.

―¡Ay no puede ser! ―exclamó arrepentida―. ¿Ir al cementerio?

―Oye, es muy fácil. Solo será eso. Conmigo no vas a correr ningún peligro, iré armado. Además obtendrás una linda motocicleta, y… ayudaras a tu pueblo. ¿No me digas que crees en historias de monstruos y fantasmas?

―Pues fuiste tú quien me dijo que creyera en lo sobrenatural.

―Eso es cierto… okey, vamos decídete.

―¿Cómo sabes de la copa? ―preguntó la muchacha, frunciendo el ceño―. Solo lo sabíamos tres personas, después se lo contamos a los padres de Biky y ellos al inspector.

―Veras Katy, es un pueblo pequeño. Las noticias vuelan. Ahora dime ¿aceptas?

Katiana no sabía que decidir. Lo pensó por varios segundos. La oferta era tan tentadora, pero peligrosa.

―Está bien. Lo haré―dijo resuelta.

―Excelente ―dijo el muchacho, introduciéndose entre unos matorrales.

―Oye, ¿Adónde vas?

Se escuchó un motor encenderse y de entre los arbustos salió una motocicleta Kawasaki de color negro. Dio un giro y se perdió a la distancia.

―¡Vaya! ―Exclamó Katiana―. ¡Esa va a ser mi motocicleta!

Dio vuelta y siguió su camino.

Capítulo 9

Katiana llegó a su casa. Ayudó con los oficios y subió a su habitación. Se sentó frente a su portátil y buscó en el Facebook: Brian Jackson. Chequeó los resultados y allí estaba Brian.

Su información de perfil coincidían con los datos que él le había dado: nacido en Inglaterra, heredero del millonario Robert Jackson, amante de los deportes extremos, películas de acción y algunos títulos académicos; todos cursados en horarios nocturnos. Todo normal, nada extraño.

Miró una que otra foto y lanzó un suspiro mientras miraba su rostro enternecidamente.

―Tan guapo como siempre ―una sonrisa curveó sus labios.

Le envió la solicitud y al instante fue aceptada.

―¿Qué? ―se dijo emocionada―. ¡Brian, estas en línea!

Dio uno cuantos clics y le envió una video llamada. Se escucharon algunos tonos y después de unos segundos Brian apareció en la pantalla.

―Hola Katy ―dijo sonriente, transmitiéndole deseo y excitación.

―Hola… ―respondió nerviosa.

―Katy disculpa por no haberte contestado, no tenía cobertura.

―Sí, lo noté. No te preocupes, un amigo me acompañó hasta la casa. Es nuevo en la escuela. Se llama Óscar.

―¿Nuevo? ―preguntó extrañado.

―Sí, es nuevo… ―guardó silencio al darse cuenta de que al parecer Óscar había entrado al instituto a pocas o tal vez a una semana para que las clases finalizaran. Ella no lo había notado.

―¿Entró al instituto en la última semana de clases? ―preguntó Brian lleno de duda―. Eso es extraño.

―Eh… sí, tienes razón.

Katiana buscó rápidamente dentro de si alguna explicación.

«¡Lo tengo! ―pensó―. Óscar dijo que era un agente especial. Debe ser por eso que entró a la escuela sin ningún problema y sin importar que fuera la última semana. Él se encuentra infiltrado en la comunidad, haciéndose pasar por un simple estudiante».

―¿Qué piensas? ―preguntó el joven Jackson.

―Que… es muy raro ―tartamudeo―. Debe de haber alguna explicación.

―Puede que sí ―su rostro se llenó de desconfianza―. No confíes en él. Me ha estado espiando.

―¿Enserio? ―preguntó sorprendida.

―Sí. Así es. Ten cuidado.

Katiana asintió. Ahora se había dado cuenta que estaba metida en un gran lio. No sabía qué hacer. Tendría que elegir entre ayudar a Óscar y ganar su Kawasaki, o hacer lo que Brian decía. Ya se había comprometido con ayudar al joven fortachón, pero no podía mentirle a Brian o hacer algo que no le fuera agradar.

Katiana miró a través de la pantalla y vio pasar a las espaldas del joven a un hombre con un extraño tatuaje en forma de tribal en el brazo izquierdo: era Alex, transitando sin camisa por el estudio.

―¿Ese que pasó era Alex? ―le preguntó.

―Sí, es él ―contestó mirando hacia atrás, buscándolo con la mirada―, esta noche saldrá de cacería al bosque.

―Salúdalo de mi parte, por favor.

―Está bien.

―¿No es peligroso salir de casería? No parece una buena idea hacerlo por la noche y después del asesinato del padre de José… no creo que sea apropiado.

―Tranquila. Él sabe cuidarse ―dijo despreocupado. Miró su reloj y dijo―: Katy tengo que retirarme hay unos asuntos que tengo que atender.

―De acuerdo, no hay problema tienes mi consentimiento ―le guiñó un ojo.

―¡Ah!―exclamó el muchacho al recordar algo―. Biky te manda a decir que no llegues tarde a la fiesta.

―¿La fiesta? ―preguntó desorientada.

―Sí. Biky me dijo que esta noche habría una fiesta en casa de Elena Uribe.

Elena Uribe era una de sus amigas, estaba en último grado y esa noche celebrarían su cumpleaños y la despedida de clases de fin de año. Hace una semana lo habían planeado, pero Katiana lo había olvidado.

―¡Ah! ¡Sí! Ya lo recuerdo. ¿Cómo es que Biky te lo ha dicho?

―Me escribió un mensaje por el Facebook. Dijo que te llamó al móvil, pero no le contestaste.

«¿Mi teléfono? ¿Dónde lo habré dejado? ―se preguntó buscándolo a su alrededor. Lo encontró debajo de ella, y en perfil silencioso. Había olvidado activar los tonos después de las clases.

―Otra cosa Katy; he estado pensando todo lo que ha pasado y creo que es peligroso de que te desplaces sola y a pie. Si quieres puedo contratar un chofer para que te recoja y te lleve a donde necesites.

Katiana quedó anonadada. No supo que decir. Eso sería genial pero no lo podía aceptar. Era demasiado.

―Brian… ―dijo no muy segura―. Creo que eso es… inapropiado. No sé, es demasiado. Además la gente puede comenzar a hablar de mí, de ti, de nosotros. No quiero que piensen que estoy contigo porque quiero tu fortuna o algo parecido

Brian se quedó observándola y luego sonrió.

―No te preocupes por esas cosas. Yo sé que eres una buena chica y no nos debe importar lo que piensen los demás. Yo quiero hacer esto por tu seguridad. No quiero que te suceda nada indeseado. ¿Qué dices? ―preguntó enseñándole una sonrisa.

La simpática sonrisa de Brian perforó su mente y su cuerpo. Sintió esa ensalada de emociones y sentimientos que solo él hacía que surgieran en ella. Él era demasiado convincente.

―De acuerdo… ―dijo como si no hubiera más remedio.

―Okey, entonces quedamos así. Adiós―dijo el joven batiendo su mano.

―Chao, cuídate.

La conexión se cortó y Katiana se tiró sobre su cama.

―¿Ahora qué voy a hacer? Óscar me dará su moto. Pero, ¿Qué va a pensar Brian al respecto? ―lanzó un suspiro de agonía―. Tendré que esperar para ver qué pasa. Pero lo correcto es decirle a Óscar que no podré ayudarlo.

La joven se desvistió y entró al baño. Se dio una ducha, peinó su cabello y se vistió; se puso un lindo vestido negro acompañado con zapatos del mismo color; hizo un elegante peinado en su cabello y colocó dos lindos pendientes en sus orejas; un poco de maquillaje y quedó perfecta.

La joven bajó las escaleras, se veía radiante. Miró el reloj, eran las ocho y treinta de la noche.

―No me parece buena idea ―dijo su madre parándose unos metros al frente de la puerta―. No creo que sea conveniente de que vayas a esa fiesta.

―¡Ay mamá! No me vengas con eso ahora ―dijo Katiana, asomándose por la ventana, mirando hacia el camino―. Tú misma me diste el permiso para ir. No te puedes retractar y menos cuando ya me diste tu palabra.

―Deberías considerar lo que dice tu madre ―dijo Javier desde el sofá―. Además ¿Quién te va a llevar?

Un pitido interrumpió la conversación y Katiana salió disparada hacia la puerta.

―¡Ahí está quien me va a llevar! ―abrió la puerta y gritó―: ¡No me esperen! ¡Recuerden que dormiré en casa de Biky!

―Ya creció… ―musitaron sus padres.

Afuera estaba Brian a la espera, recostado en la camioneta. Vestía pantalones azules, suéter blanco y chaqueta gris plateada con cuello alto.

―No sabía que vendrías a llevarme ―dijo Katiana mientras lo abrazaba por el cuello―, pero algo me mantuvo con la esperanza de volver a verte.

―Alex decidió suspender la caza. Ahora va a pescar con arpones en el río. Así que antes de ir a llevarlo y quedarme a acompañarlo, decidí llevarte yo mismo en vez de enviar alguien a hacerlo ―ambos sonrieron y se dieron un corto beso―. Esta noche te vez más hermosa ―le susurró al oído.

―Gracias, mi Romeó―contestó alagada.

―Pero… te falta algo ―el muchacho sacó algo de su bolsillo: era un lindo collar. Lo extrajo del estuche y lo puso en el cuello de la joven―. Esto es para ti ―dijo mientras lo terminaba de acomodar.

―¡Brian es precioso! ―admiró detalladamente la joya―. De verdad me encanta, pero no. Brian, es demasiado caro ―meneó su cabeza―. No puedo aceptarlo.

―Katy, acéptalo. Lo mandé a hacer para ti. ¿Y sabes? este collar no puede pagar la felicidad que me haces sentir. Pero quiero que lo conserves como símbolo de mi amor, para que siempre que lo veas puedas recordarme.

Katiana se conmovió con la franqueza de sus palabras y se apresuró a abrazarlo.

―Gracias Brian. Te quiero ―dijo sin soltarlo, transmitiéndole todo su agradecimiento.

―¡Ey! ¿Pero porque tanta demora? ¡Vámonos ya! ―gritó Alex, desde el interior de la Toyota―. ¿O acaso Katiana quiere llegar cuando la fiesta se haya terminado?

Los jóvenes soltaron una carcajada y se introdujeron en los puestos traseros de la camioneta. Alex encendió el auto y se marcharon a toda prisa.

―Brian, ¿has sabido algo de las los asesinos? ―susurró Katiana, un rato después de haber subido a la camioneta―. Aunque ya me había convencido de todo este asunto sobre las gárgolas, una parte de mí no lo quería admitir, pero sé muy bien lo que vi: esa mujer es una gárgola y tal vez el sujeto que ayer me persiguió también lo sea.

Alex miró a la pareja por el retrovisor; estaba un poco sorprendido y disgustado. Katiana bajó la mirada y luego miró a Brian preguntándole con sus ojos, ¿Qué había pasado? ¿Había dicho algo malo? No entendía por qué Alex se había molestado.

―¿Confías en mí? ―fue la respuesta que le dio a aquellos ojos azules que le indagaban.

―Claro que confió en ti ―respondió tomándolo de la mano.

―¿Crees en todo lo que te he dicho?

―Sí, en lo que me has dicho y en lo que yo he visto.

―¿Me tienes miedo?

Por unas milésimas de segundo Katiana se sintió sorprendida. No entendía a que venía esa pregunta. Si había algo que Brian le hacía sentir era seguridad y protección, además de cariño, emoción, excitación… y cientos de sentimientos que nunca había sentido por un chico. Nunca le había entregado su corazón a alguien como se lo había entregado a él, de una forma tan repentina y total.

―No. No tengo por qué sentir eso por ti ―contestó, recostándose sobre su pecho―. Contigo me siento segura.

Una sonrisa se dibujó en ambos rostros y él la envolvió en sus brazos.

Pasado un rato llegaron a la casa de Elena. El lugar estaba lleno de gente, había luces por todos lados, música electrónica, salsa urbana, rock y algunos reggaetones. La casa tenía un enorme patio decorado y adornado para la ocasión. Algunos juegos y mucha comida, y bebidas para los invitados.

Katiana se despidió de los Jackson y estos se marcharon hacia el río.

―¡Katiana, que guapa estás! ―exclamó Biky, caminando sonriente hacia ella.

―Tú también te ves genial. Te ves muy bien ―la alagó ladeando su cabeza para verla desde otro ángulo. La rubia tenía puesto un mocho jeans color azul con algunos flecos; zapatos tenis blancos y una blusa negra. Su sensual cuerpo se veía espectacular.

―Ya sabes, me gusta verme sencilla, pero atractiva ―la tomó del brazo y la sacó a unos metros de la multitud―. Tienes que presentarme a ese tipo ―exigió.

―¿Qué? ¿Cuál tipo, Biky?

―Pues el primo de tu novio.

―¡Ah! Alex.

―¡Sí! ―gritó emocionada―. Es un tipazo, un galán… me encanta como viste, como se ve, su barba… están atractivo.

Katiana soltó una risa y la empujó con el brazo. Había recordado las palabras que Alex había dicho sobre su barba.

―Bien, tal vez un día de estos quedemos en salir los cuatro.

―¡Yes! ―exclamó victoriosa―. Por cierto, he notado que él y Brian siempre visten camisas mangas largas y suéteres remangados hasta el antebrazo. Se ven súper guapos.

―¡Hola chicas! ―saludó Samuel.

―Sam, ¿Por qué hoy no fuiste a clases? ―preguntó Katiana al recordar no haber visto esa mañana al muchacho.

―La verdad si fui. Solo que tuve un malestar estomacal y tuve que retirarme para volver a casa ―Biky lo miró con repugnancia―. ¿No van entrar? La fiesta se ve genial.

―Sí, adelante. Entraremos en un momento ―dijo la rubia empujándolo por la espalda.

―Okey, okey. Ya me voy. Solo tienes que decirlo ―dijo molesto mientras se perdía entre la gente.

Biky se detuvo y miró detalladamente la multitud.

―Katy, ven, mira a ese chico ―le indicó con el dedo.

―No lo había visto antes ―dijo Katiana, reparando a un muchacho con chaqueta azul, de piel trigueña y peinado extravagante.

―Elena me dijo que es un amigo de Estefany. Lo conoció hace poco y lo invitó a la fiesta. Viene de Bogotá y se llama Milar.

Él las miró desde la distancia y les brindo una sonrisa atrevida.

―¿Viste eso? ―sujetó a Katiana por la cintura―. Creo que le gusto.

―Me alegra por ti. Yo no estoy interesada. Solo quiero a Brian.

―¡Katy!, nunca, ¡pero nunca…! te había visto actuar y hablar de la forma en que ahora lo haces. Antes no eras así.

―Porque no lo había conocido. Pero ahora todo es diferente.

El ronquido de un motor retumbó a las espaldas de las chicas, haciendo que estás se dieran vuelta de inmediato.

―¿Estás lista? ―preguntó Óscar, quitándose el casco.

―Óscar, lo lamento. No puedo ayudarte con eso ―contestó Katiana.

―Pensé que tenías agallas… ―se bajó de la Kawasaki.

Ella sonrió y le dio la espalda. Biky la miró sin entender de qué hablaban. Óscar la rodeó hasta volver a estar frente a ella.

―Enserio Óscar. Ya lo decidí. No voy a cambiar de opinión. Tú moto esta espectacular pero no puedo. Tal vez alguien más te pueda ayudar.

―¡Ey! ¡Ey! Pero ¿Qué están hablando? ―preguntó Biky sin soportar el no saber el tema de la conversación. No obtuvo respuestas; analizó la poca información que alcanzó a escuchar, miró a Katiana y preguntó―: ¿estás diciendo que si tú le ayudas en un asunto, él te dará su motocicleta?

―Así es ―contestó la joven de inmediato. Óscar le frunció el entrecejo―. Mira Óscar, Biky estaba conmigo, anduvo por donde yo anduve. Ella te mostrara por donde caminamos ese día en el cementerio ―Biky la miró aterrada―, si nadie ha encontrado la copa, de seguro que tú la encontraras con su ayuda.

―Si hago eso, ¿Óscar me dará su moto?

Óscar exhaló un suspiro y guardó silencio. Estaba algo molesto; no quería que nadie más se enterara del asunto.

―Sí, él lo hará ―contestó Katiana―. Él quiere la copa porque…

―Katiana… ―interrumpió disgustado.

―Tranquilo Óscar, confía en mí. Él quiere la copa ―prosiguió mirando los enormes ojos cafés de Biky que se sobresaltaban sobre ella―, porque es muy costosa. La copa está hecha de oro y plata. ¿Quién no querría algo así? Es una reliquia.

Óscar la miró con los ojos entrecerrados y le dedicó media sonrisa.

―Está bien ―accedió el muchacho―. ¿Qué dices tú… rubia ardiente?

―Hagámoslo. Y ahora, antes de que me arrepienta.

―Okey.

Biky trepó a la Kawasaki, se puso un casco que Óscar le entregó y el joven puso a andar la motocicleta a toda velocidad.

―¡Que tengan buena suerte! ―gritó Katiana, mientras los veía alejarse camino al cementerio.

La joven se encogió de hombros llena de satisfacción. Había resuelto el problema.

―Eres muy hermosa ―dijo una voz atrevida a sus espaldas.

Katiana giró sobre su eje y vio frente a ella al chico de la chaqueta azul. Era Milar.

―Dime ―se le acercó un poco más, detallándola de pies a cabeza―. ¿Tienes novio?

―Sí. Sí tengo ―le contestó en seco.

―Lastima, pero eso no importa. Yo no voy a hacer nada con él sino contigo.

La cólera inundó a Katiana. Tanta fue la ira, que sintió ganas de darle una bofetada pero se resistió.

―¿Por qué mejor no te largas? ―preguntó la joven, cargada de ira.

―¡Wao! Eres salvaje, tal y como me gustan.

La ira fue demasiada. Katiana no pudo resistirse. Levantó su mano y con todas sus fuerzas le propinó una bofetada. Las pupilas de Milar se dilataron y sus ojos centellaron como los de un animal en la oscuridad. Fue rápido, sin embargo ella lo alcanzó a notar, pero concluyó que tal vez fue su imaginación.

El rostro del joven se vio molestó, de verdad que estaba enojado. Se acercó a ella con una mirada cargada de furia al tiempo que sujetaba su mandíbula. La muchacha se llenó de miedo pero lo disimuló. ¿Y ahora qué iba pasar?

Capítulo 10

El joven tomó su mandíbula y la movió hacia un lado como si la reacomodara en su lugar, luego sonrió.

―De verdad que eres toda una fiera… ―dijo con un tono atrevido, desvistiéndola con la mirada.

Katiana volvió a lanzar su mano, pero esta vez él la atrapó.

―¿Dónde está tu novio?

―Está pescando con arpones en el río… ―se detuvo de inmediato. ¿Pero por qué le había contestado? Se había dejado llevar por la ira y por sus palabras. No debía haberle dicho eso. No tenía por qué hacerlo.

―¿Pescando en el río? ―inquirió pensativo―. Eso es muy extraño. Villa Bolívar está a más de 800 metros sobre el nivel del mar, rodeada de montañas tupidas de bosque húmedo tropical, estamos en invierno y las aguas del río son las más frías de la región. Nadie aguantaría más de 10 minutos sumergido a estas horas de la noche. ¿Acaso no les da frio?

―Su amigo es quien pesca, Brian solo lo está acompañando ―respondió enojada.

―¡Brian! ¡El joven Jackson y su primo Alex!

Nuevamente Katiana se había dejado llevar por él y había vuelto a hablar de más. La ira se volvió en confusión y se sintió vulnerada.

―¿Los conoces? ¿Cómo es que sabes de Brian? ―preguntó la joven con un tono más calmado.

―Digamos que los distingo un poco. Además, todos por aquí saben de su existencia. Dice que su abuelo fue uno de los primeros en vivir en este pueblo. Y ya sabes, todos se conocen en un pueblo pequeño.

Katiana no supo que decir, y la verdad ya había hablado demasiado. Le dio la espalda y se dirigió al jardín.

―Nos volveremos a ver una noche de estas ―le dijo mientras la veía marcharse―. O tal vez un día si es necesario.

La joven ignoró las palabras del muchacho y se adentró en la fiesta. Caminó entre la multitud que se sacudía al ritmo de la música, hasta que unos brazos varoniles la sujetaron.

―¿Para dónde vas chiquita? ―preguntó Merson, dejando correr sus manos por la cintura de la muchacha.

―¿Pero qué te pasa? ¡Suéltame! ―dijo arrojando las manos que la rodeaban. Estaba enojada y no quería volver a ser fastidiada.

―Vaya, vaya. Todo parece que es verdad ―le habló al oído―. ¡Te dejaste enamorar del imbécil de Brian!

―Merson ―dijo con toda seriedad, quería hacerle entender de la manera más clara lo que estaba por decirle―. Estoy con Brian, y soy solo para Brian. Quiero que tú y yo seamos amigos. Tal y como debió de haber sido siempre: solo amigos comunes, comunes y corrientes.

Una mirada de cólera surgió en los ojos de Merson y su cara se exprimió de rabia.

―No. ¡No me basta con eso! ―la tomó por el brazo y la remolcó entre la multitud―. ¡Tú serás mía! ¡Cueste lo que cueste!

―¡Ya suéltame Merson! ―le ordenó, pero el no hizo caso.

―¿Por qué no la sueltas idiota? ―dijo Milar parándose frente al joven Beltrán.

―Vamos Milar, quítate de en medio ―le dijo Merson, indicándole con la barbilla.

―Te dije que la sueltes ―refutó Milar, circunspecto.

Los ojos de Merson se llenaron de ira y aflojó su mano del brazo de Katiana.

―Te estas equivocando Milar. No creas que porque eres el invitado de mi hermana, podrás hacer lo que se te dé la gana.

Merson dio la espalda y se marchó. Katiana miró a Milar, pero no sabía si darle las gracias por ayudarla o pedirle que se largara por haberla molestado minutos antes. De repente se escuchó la voz de Biky llamándola desde el otro lado de la multitud. Katiana la buscó con la mirada y la vio venir junto a Óscar. Milar fijó su vista en Óscar y se marchó de inmediato.

―¡Katy! ―gritó Biky, abrazándola al llegar a ella.

Katiana soltó una risa y procedió a preguntar:

―No me digas… ¿tienes una motocicleta nueva?

―¡Sí! Tenemos un espectacular Kawasaki. ¡Te podré buscar y también llevar a tu casa cuando quieras!

―¡Genial! Así Brian no tendrá que contratar a un chofer para que me recoja.

―¿Qué? ―preguntó sorprendida―. ¿Es enserio?

―Sí, pero rechazaré su oferta.

―¿Estás loca? Tendrás tu propio chofer y un vehículo para ir a donde quieras y cuando quieras.

―Mi decisión es no. Así de simple.

Katiana se volvió a Óscar y le hizo conversación, solo por quitarse a Biky de encima. No quería discutir más sobre el asunto.

―¿Y cómo está tu copa?

―No la encontramos ―contestó. La chica le enseñó una cara de desilusión―. Alguien la tomó. Al parecer la hallaron en una grieta. Había huellas de zapatos en el barro y la silueta de la copa estaba marcada en el lodo.

―Que terrible, perdiste tu motocicleta en vano ―bajó los ojos, acongojada.

―¡No se preocupen! ¡Está en buenas manos! ―exclamó Biky, casi riendo―. ¡Es, hora, de, bailar!

Corrió hacia el montón de personas y se unió al baile, llena de dicha.

―Óscar, lamento mucho lo de tu moto ―puso su mano sobre los duros y forjados hombros del muchacho.

―No es nada. Ya era hora de cambiarla ―guiñó un ojo.

―¡Oh! Veo que el sueldo es bueno.

―No me puedo quejar ―hizo una pausa y añadió―. Oye, tu novio no es bueno. Deberías alejarte de él.

Katiana volvió su rostro hacia Óscar, mezclando la sorpresa con la decepción.

―¿Tú también? No puede ser… ―lo dejó solo y caminó hacia el interior de la casa.

Katiana caminó por los pasillos zigzagueando a las personas que encontraba en su trayecto. Felicitó a Elena Uribe por su decimoctavo cumpleaños, se tomó algunas fotografías con varias de sus amigas, charló un poco con algunos chicos de la escuela y soltó algunas carcajadas. Después de un rato se sentó un momento para descansar, miró hacia la gente y luego reparó el lindo collar que Brian le había regalado. Apretó la joya con la yema de sus dedos y se preguntó ¿Qué estaría haciendo él? Levantó la mirada y vio una familiar y sexy figura que la observa a una breve distancia: era Estefany la hija del inspector.

«¿Por qué será que siempre hay alguien empeñándose en hacerte la vida imposible?» se preguntó.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Estefany, luego dio vuelta y se marchó. Al instante el celular de Katiana empezó a timbrar y la joven de ojos azules se apresuró en contestar; era Brian quien la llamaba.

―¿Aún no te has dormido? ―preguntó el muchacho.

―No, aun no. Dormiré en casa de Biky, así que la esperaré. Nos iremos juntas, y ahora que tiene una motocicleta nueva todo será más fácil.

―¿Una motocicleta nueva? Qué bien.

―Sí, es genial ―hizo una pausa y se apresuró en continuar para evitar las preguntas―. Se la regalaron hoy. Lo bueno de esto es que Biky me llevara a donde necesite ir cada vez que yo lo requiera. Así que no será necesario contratar a un chofer.

―¿Estás segura? ―preguntó el joven un poco dudoso.

―Totalmente.

―Mmmm, okey. Está bien. Y dime ¿has disfrutado de la fiesta?

―Más o menos ―colocó su mano en la cabeza, recordando los malos ratos―. Hay gente que no le agrada que yo este contigo… dicen que… que eres malo para mí, que no eres bueno.

―¿Y tú que piensas? ―preguntó circunspecto.

―Que te quiero Brian ―contestó casi sin dejarlo terminar―. Siempre estaré contigo. Te quiero.

―Y yo ti. Te veré más tarde en la fiesta.

―¿Enserio? ―pregunto con sorpresa, mientras sonreía.

―Sí, Alex ya tiene suficientes pescados.

Katiana dejó salir una risita.

―Dile, que me guarde uno.

―¡Bien! ―se escuchó una voz al fondo que pertenecía al muchacho―. ¡Pero deberás ir a la quinta para comerlo!

―Okey, dile que iré mañana.

―Muy bien, se lo diré. Te veo luego ―se despidió.

La llamada terminó y Katiana se levantó de la silla reflejando un semblante alegre y cargado de energía. El sueño que se había empezado a acumular en sus parpados se espantó. Se había llenado de fuerzas, motivación y estaba lista para continuar en la fiesta, hasta que Brian llegara.

La muchacha caminó hacia la sala y allí encontró a Biky junto a Samuel, Elena y otros chicos de la clase, riendo a carcajadas sobre un sillón.

―¡Katy, ven!―dijo Biky con la lengua un poco enredada.

―¿Estas borracha? ―preguntó Katiana, al tiempo que se sentaba a su lado.

―¿Yo borracha? ¡Nooo! ¿Cómo crees? Solo he bebido un poco ―dejó caer un chorro de cerveza casi a sus pies―. Puedo parecer algo borracha, pero créeme que soy muy consciente de lo que hago.

―Sí… claro. Se te nota.

―¿Quieres un poco de cerveza? ―masculló.

―No gracias, Biky. Sabes que no tomo.

―Hola chicos ―saludó María, una delgada joven, amiga de Elena―. ¿Quieren algo de tomar?

―Sí. Dame un poco de cerveza, por favor ―dijo Samuel, revisando la bandeja que sostenía la muchacha.

―Lo siento Samuel ―se disculpó―. Solo tengo estos tres vasos de gaseosa.

―¿Gaseosa? ―inquirió Katiana, antojada―. María, ¿me podrías dar un vaso? Por favor. Me muero de sed.

―¡Claro Katy! Aquí tienes ―le entregó un vaso desechable lleno de la bebida.

―¿Me lo puedes cambiar por uno sabor a manzana? ―preguntó rechazando el vaso que le ofrecía―. Es que no tomo bebidas negras.

―¡Bien! Toma este.

―Gracias ―sonrió al sujetarlo.

María se marchó hacia la cocina en busca de más bebidas para los invitados y los jóvenes que se encontraban en la sala continuaron con su conversación.

Katiana bebió la mitad del contenido del vaso y pasados unos minutos procedió a mirar la hora. Era la 01:00 de la mañana con algunos minutos de más; nuevamente trató de mirar el reloj para identificar la hora exacta pero no pudo: un mareo golpeó su cabeza y sintió que el mundo le daba vueltas.

Katiana se levantó y caminó con dificultad por los pasillos. Veía todo borroso y una extraña sensación le recorría el cuerpo. Escuchó a Biky que la seguía a sus espaldas, pero se escuchaba muy distante. Minutos después Katiana estuvo saltando en el jardín, bailando y cantando. Arrebató varias cervezas de las manos de algunos chicos y procedió a beberlas. Estaba desenfrenada.

El tiempo pasó muy rápido y se hicieron las 02:30 de la mañana. La fiesta estaba en su mayor apogeo y la diversión había envuelto el lugar. Cuando se hicieron las 03:00 a.m. Merson se acercó a Katiana y le dio un beso. Ella de inmediato le propinó una bofetada, provocando que el joven se enfadara; tomó a la joven y la subió sobre sus hombros; luego la sacó del lugar de la fiesta mientras ella daba voces pidiendo ayuda, pero nadie salió a socorrerla. Katiana luchó por soltarse de los anchos brazos que la apresaban, pero fue inútil. Solo pudo dar gritos.

Otros chicos amigos del joven Beltrán se unieron a él y formaron una caravana. Recorrieron el trayecto que faltaba por salir del pueblo y decidieron subir a la colina Culma, para hacer una fogata.

Cuando llegaron a la cima del lugar, los jóvenes presentes, hombres y mujeres, recogieron ramas secas y arbustos e hicieron la fogata. Algunos se sentaron y bailaron alrededor de ella y otros siguieron tomando cerveza o fumando cigarros.

Katiana aún seguía sobre los hombros de Merson, tratando de liberarse, pues él no la soltaba. De repente, de la nada se escuchó una risa macabra que hizo que la piel de todos se pusiera de gallina. Era la voz de una mujer. Todos se alertaron, y se llenaron de terror y miedo.

La risa se siguió repitiendo al tiempo que los arbustos se sacudían con violencia, como si alguien o algo los tropezara al correr entre ellos.

―¿Quién está ahí? ―indagó uno de los presentes.

En respuesta se volvió a escuchar la risa de la mujer, pero esta vez fue más cerca.

―Je-je, Merson… que carajos es eso ―le preguntó tartamudeando uno de sus colegas, atemorizado.

―No, no… no tengo idea ―contestó―. Es muy rápida. Debe de ser una bruja.

Las risas se continuaron escuchando de lado a lado y muchos de los jóvenes echaron a correr colina abajo. Corrían a toda prisa, aterrorizados. Aunque hubieron algunos pocos que se quedaron para parecer valientes.

Una figura se alcanzó a visualizar bajo la sombra de un árbol. Estaba de pie y el viento sacudía su cabello. De inmediato Merson dejó caer a Katiana al suelo y sacó un arma de su pantalón. La muchacha apenas se sintió libre echó a correr, pero la droga que había bebido en el vaso de gaseosa aun tenia efecto sobre ella. Estaba desubicada y mareada. No sabía qué hacía, no sabía que pasaba. En vez de dirigirse al pueblo, se profundizo en el inmenso bosque.

Unos disparos se escucharon a sus espaldas y al instante se oyó una algarabía. El pánico se apodero de ella y continúo corriendo entre las montañas. Sentía que una presencia maligna la perseguía.

Mientras corría su vestido fue arañado por los arbustos y así mismo su delicada piel. Saltó troncos, cayó en el fango, rodó por las faldas de las montañas y se derrumbó a la orilla de un riachuelo. Allí permaneció tendida por más de una hora.

Katiana, ya un poco más consiente, abrió los ojos y vio una luna enorme sobre el cielo. Pestañó un poco y trató de levantarse pero su cuerpo no respondió del todo. El efecto de la droga estaba pasado, pero aún se sentía mareada.

Una vez más hizo un intento por ponerse en pie, pero en vez de eso rodó adentro del riachuelo, quedando boca abajo entre las aguas, trató de salir o darse vuelta pero no pudo. Volvió a intentarlo un par de veces más y no lo logró. Al final desistió. Permaneció en calma, cerró sus ojos y no se volvió a mover.

Capítulo 11

Katiana se encontraba en la sala de la mansión Gautier. Caminó por un largo pasillo y al final encontró un bonito sillón, en el cual procedió a sentarse. Apenas se hubo sentado se escucharon varios pasos acercarse a ella. Clavó su mirada en el oscuro pasillo y vio a todos sus amigos e incluso a algunos familiares aproximarse.

―Hola ―saludo sonriente.

Nadie contestó. La sonrisa de Katiana se borró al no entenderlo que sucedía. Todos la miraban con enojó, se veían furiosos.

―Aléjate de Brian ―dijo su madre.

―¿Qué? ―preguntó ella, confundida.

―Aléjate de Brian ―dijo Biky.

―Aléjate de Brian ―dijo Alex.

―¿Pero qué cosa dicen? ―preguntó, frunciendo el ceño.

―¡Aléjate de Brian! ―gritó Óscar.

―¡Aléjate de Brian! ―gritó Andrés.

―¡Aléjate de Brian! ―gritó Samuel.

―¡Aléjate de Brian! ―gritaron todos al tiempo.

―¡Aléjate de él!

―¡Aléjate de él!

―¡Aléjate de él!

―¡Aléjate de él!

Los ojos Katiana se abrieron y volvió a ver el fondo del riachuelo casi transparente por la luz de la luna que se mantenía sobre el cielo. Unos brazos envolvieron su delicado cuerpo y la extrajeron de las aguas. Sintió como el agua que había tragado volvía a pasar por su garganta y era expulsada de su cuerpo. Su visión se aclaró y pudo contemplar a Brian, mirándola con angustia.

―Brian… ―susurró la joven casi sin fuerzas.

―Sifff… ―siseó él, poniéndole el dedo sobre los labios de la muchacha, los cuales se habían tornado morado―. Estoy contigo… descansa.

Él la tomó entre sus brazos y caminó con ella hasta una colina. Allí se hicieron detrás de unos arbustos y la recostó sobre la hierba. Poco a poco la joven se fue recuperando. Brian quitó la chaqueta de su cuerpo y la colocó sobre Katiana. Después se sentó sobre una roca y desde allí la miró entristecido.

―¿Por qué estás tan triste? ―preguntó la muchacha, tratando de mostrar una sonrisa.

―Me vas a odiar ―fue su respuesta.

―No digas eso. Yo te quiero Brian… no podría odiarte.

Él meneó la cabeza.

―Katiana, tú vas a querer huir de mí.

―No ―corrigió ella―. Yo siempre voy a querer estas cerca de ti. Ahora mi vida te pertenece aún más que nunca. Me has salvado dos veces, Brian. Mi corazón es tuyo.

―No Katy. Todo lo que sientes por mí va a desaparecer ―Brian levantó los ojos y vio que ya casi amanecía.

―No, no digas eso ―guardó silencio al recordar el sueño que tuvo segundos antes de que él la extrajera del riachuelo―. Brian mírame ―hizo un esfuerzo para verlo más de cerca a los ojos―. Nunca me voy a alejar de ti.

Sus palabras resonaron en interior del muchacho y una lágrima brilló en la esquina de su ojo. El corazón de la joven se enterneció y ella se apresuró por tomarle la mano.

―¡Nunca Brian! ¡Nunca te voy a dejar! ―lo abrazó con fuerza―. Lo que siento por ti nunca va a desaparecer.

Se retiró de su regazo para mirarlo nuevamente a ojos, pero la mirada del joven Jackson aun reflejaba tristeza y dolor. Ella no entendía que pasaba. No entendía por qué él decía esas cosas. Solo sabía que se había enamorado de él y lo único que quería era que él la amará como ella lo amaba.

El muchacho desvió su mirada hacia el horizonte y vio los rayos del sol asomarse tras las montañas. Bajó la mirada por un momento y luego volvió enfocarse en la muchacha.

―Brian… ―musitó Katiana más calmada―. Brian, no pienses esas cosas.

―Te quiero Katiana ―dijo él―. No quiero perderte, pero si cambias de opinión sobre lo nuestro y sobre mí… lo aceptaré.

―Brian, siempre estaré contigo y te lo voy a demostrar. No importa que pase. No importa lo que suceda… te quiero, te quiero, y ya he empezado a amarte.

Brian se conmovió por completo y por un momento guardo silencio, luego dijo casi susurrando:

―Hoy al anochecer, sabré cuanto amor hay en ti; cuan dispuesta estás a seguir conmigo.

Katiana no pudo comprender las palabras del muchacho. Era muy extraño todo lo que decía. Guardó silencio mientras le acariciaba el rostro con sus manos. El cerró sus ojos y los volvió a abrir para mirarla fijamente.

La luz del sol penetró en el bosque y traspasó los arbustos; chocó contra su ser, y su piel se endureció junto con sus ropas y todo su cuerpo.

La muchacha pudo sentir como Brian se convertía en piedra bajo su piel, bajo sus manos. Sintió el sufrimiento del joven, el miedo, el terror. Pero no porque le doliera la transformación que efectuaba su cuerpo, sino porque estaba seguro de que ella lo rechazaría. De seguro no iba a querer estar más con él.

Lagrimas salieron de los ojos de Katiana y cayeron sobre el cuerpo de piedra del muchacho.

―Brian… ―dijo con un nudo en la garganta―, Brian… ¡Brian! ―su garganta se atragantó y su voz salió quebrada, recubierta de dolor.

La muchacha no había sentido miedo por el joven Jackson. Tampoco terror, ni nada que la incitara a querer escapar de su presencia para lanzarlo al olvido. No le importó lo que él era o en lo que se había convertido. Realmente lo quería y nada la iba a separar de su lado.

Katiana no hizo ningún intento por levantarse o volver a su casa. Había decidido quedarse hasta el anochecer. Quería que al despertar, ella fuera lo primero que él viera. Quería estar ahí para ese momento. No lo abandonaría y no lo dejaría solo en las montañas. Estaba dispuesta a esperar todo el día, hasta que él despertara, sin importar que sus familiares o amigos, estuvieran preocupados buscándola. Se acomodó en sus rígidos brazos y se dispuso a dormir.

Pasadas varias horas abrió los ojos y notó que era medio día; el sol estaba en el centro del cielo. Su cuerpo estaba acalambrando y sus piernas dormidas y engarrotadas. Descendió de los brazos de piedra que la sostenían y trató de estirarse; sus piernas dormidas no la pudieron sostener y cayó sobre la hierba.

Alzó rápidamente su cara y miró el rostro de piedra del joven.

―¿Puedes verme? ―le preguntó―. ¿Puedes oírme? ―se acostó de lado sobre el suelo para mirarlo cómodamente―. Apuesto a que sí. Algo me dice que si puedes; y apuesto a que por dentro te estas riendo por haberme visto caer ―dijo con simpatía. Si él podía verla o escucharla, quería mostrarle que no le importaba lo que él fuera.

Pasados unos minutos, cuando sintió que sus piernas ya respondían, se levantó. Tocó su cuerpo buscando su celular, pero no lo encontró. De seguro lo había dejado caer en la fiesta o cuando corría entre las montañas. Miró a Brian y lo rodeó. Vio el celular del chico sobre la hierba y lo recogió.

―¿Puedo mirar? ―le preguntó, como si él le fuera a contestar―. ¿Sí? Okey, gracias.

Katiana chequeó el teléfono, pero no encontró nada extraño en él. Tenía un contenido normal: contactos, mensajes de trabajos y conversaciones comunes, algunas aplicaciones y muchas fotos. La muchacha sonrió al ver varias de ambos.

Katiana siguió chequeando la galería del teléfono y encontró un video que le llamó la atención, se llamaba: “Para Katiana”. La joven no dudo en abrirlo y al instante el video se reprodujo.

―Hola Katiana ―dijo Brian en el video―. Si estás viendo este video es porque tomaste mi celular sin que yo te lo permitiera ―Katiana dejó salir una carcajada―, y lo más seguro es que yo este convertido en una estatua de piedra ―él bajó la mirada―. Ahora ya sabes lo que soy; sabes que soy peligroso; sabes que no soy bueno para ti. Ahora comprendes que todo lo que te he dicho es verdadero. Y cuando digo todo no solo me refiero a las gárgolas y todas esas historias; sino también a mis sentimientos por ti. Hoy he dejado al descubierto mi secreto más grande y estoy dispuesto a aceptar cualquier decisión que tomes, buena o mala. Te quiero.

Katiana se conmovió por completo y pausó el video, secó una lágrima que colgaban en su rostro y continuó con la reproducción.

―A continuación te contaré todo sobre las gárgolas: las gárgolas no son lo que se cuentan en las historias comunes. Tal vez las creencias que se tienen sobre ellas se deban a la primera gárgola que existió. Dicen que se llamó Sadrac, un antiguo capitán de un ejército babilónico. Ese capitán estaba deseoso de poder, era demasiado ambicioso, avaro y soberbio. Un día, en una batalla, su ejército fue casi destruido. El hombre en su desesperación por someter a sus adversarios, acudió a poderes oscuros y un espíritu maligno se le apareció. Era un ángel caído o algo parecido, tal vez el mismo diablo. Este espíritu le ofreció al capitán algo que no pudo rechazar: poder para derrotar a sus enemigos; pero él solo lo podría usar cuando fuera de noche. El hombre de inmediato aceptó la oferta del espíritu y llegada la noche, el capitán se convirtió en un monstruo lleno de poder y furia. Tenía dos enormes alas en su espalda; su piel se tornó gris y muy dura, impenetrable para cualquier arma mortal; grandes músculos surgieron en su cuerpo; su cabello se hizo largo y abundante; obtuvo mucha fuerza y velocidad; y además de todo eso, adquirió un tipo de inmortalidad.

El capitán convertido en gárgola destruyó toda una fortaleza enemiga y volvió a su casa lleno de dicha y júbilo, pero cuando amaneció algo inesperado pasó: la luz del sol lo convirtió en piedra. Ese era el precio de su poder. El capitán se enfadó y le reclamó a aquel espíritu por aquella desventaja, pero este le explicó que así funcionaba eso. Ya no había reversa. Era inmortal mientras no se convirtiera en piedra, pero apenas entrara en contacto con la luz del sol se transformaría y perdería su inmunidad. Si quería deshacerse de su poder, alguien lo tendría que tomar por él. Pero para evitar tomar la horrible forma de monstruo, sus cuatro hijos se ofrecieron para tomarlo y compartir el legado de su padre. Él les hizo entrega de cuatro collares de oro como símbolo del poder que les confería y ellos tomando su mano lo aceptaron. Una marca apareció sobre sus brazos, pero no hubo ningún cambio en los jóvenes, a excepción de un par de alas a sus espaldas. A partir de ahí, cada diez generaciones, cada decimo descendiente de ellos, heredaría la marca en su brazo y el legado, poder o maldición. Cada vez que un descendiente heredaba la marca, heredaba el legado y a partir de él, el próximo decimo descendiente nacido en su linaje lo heredaría, y así poco a poco se fueron multiplicando. Los partos de gemelos, mellizos, trillizos etc. ayudó a que estos decimo descendientes se esparcieran por toda la tierra. A esta raza nacida de las gárgolas se les llamó Golins ―Brian hizo una pausa. Tomó aire y dijo―: Katiana… yo soy un décimo descendiente. Yo soy un golin.

El video finalizó y Katiana recordó cada una de las cosas sucedida hasta ese día. Brian siempre vestía con camisas, suéteres o chaquetas que cubrían su brazo; siempre había estudiado en horarios nocturnos; el frio no le hacía daño; era fuerte y de seguro muy rápido.

―Entonces la mujer que vi, no solo es una gárgola ―se dijo a si misma―, es una hija del capitán Sadrac. Solo los cuatro hijos tienen las alas. A partir de ella y sus tres hermanos, descienden todos los golins. ¡Oh no! ―exclamó tratando de no hacer ruido―. Ella está aquí en nuestro pueblo. Esto es malo ―se lamentó.

Unas voces se escucharon a lo lejos. Provenían de un grupo de personas conformado por el inspector Lucas, Javier, tres policías y Marcos López, el padre de Biky. Los hombres subían la cuesta en la dirección en donde ella se encontraba con Brian.

―¡Katiana! ¡Katiana! ―gritaban repetidas veces.

Al oírlos, Katiana se escondió entre los arbustos. No quería que la encontraran. Si la encontraban llegarían directo a Brian y a la vez a su secreto. No podía permitir tal cosa. Estaba dispuesta a dejar su vida si fuera necesario para permanecer junto a él. Las voces se intensificaron y Katiana rogaba que no se acercaran en su dirección.

«¡No, no vengan hacia acá! Márchense, márchense por favor»

―¡Por acá! ―gritó el sargento, entre el bosque―. Encontré las huellas de una mujer por esta dirección.

Los hombres se detuvieron y se desviaron hacia otra dirección. Katiana sintió un enorme alivio.

―¿De quién podrán ser las huellas? ―se preguntó en voz alta―. Una mujer andando conscientemente por las montañas es demasiado extraño.

Un escalofrío recorrió su cuerpo al llegar a la conclusión de que la única mujer que podía estar deambulando libremente entre el bosque, sin miedo y sin correr peligro, era la mujer gárgola.

La preocupación invadió a Katiana al pensar que esos hombres podrían correr peligro si se la llegaban a topar. Si esa mujer se convertía en piedra durante el día, ellos estarían a salvo, pero Brian le había explicado que las gárgolas bebían sangre para poder resistir la luz del sol y evitar la transformación.

La muchacha siguió sobre el césped pensando, analizando todo lo sucedido. Recordó al sujeto que la persiguió la tarde que llovía. Ella pensaba que era muy probable de que él fuera una gárgola, pero ahora también había la posibilidad de que fuera un golin, un décimo descendiente al igual que Brian. No lo quería aceptar pero estaba casi segura de que él era otro de los hijos de Sadrac. Ese sujeto y la mujer, eran los únicos sospechosos del asesinato del padre José. No había más dudas. El problema estaba resuelto.

Ahora la verdad estaba en sus manos, pero aparte de que nadie le creería, podría poner en peligro el secreto de Brian y… ¡Alex! Recordó que Alex tenía la marca en su brazo, esa extraña marca que parecía un tatuaje negro en forma de tribal. Por esa razón, esa noche él se había sorprendido y había puesto esa cara de disgusto. No se había disgustado con Katiana, se había disgustado con Brian por poner en riesgo su secreto.

Ahora la joven Rodríguez comprendía gran parte del misterio de las gárgolas, los golins y del asesinato del maestro. Satisfecha por la información obtenida, se dejó caer sobre el suelo. Cerró los ojos y volvió a dormir.

Capítulo 12

La luz del sol desaparecía lentamente mientras sus últimos rayos se esfumaban entre la flora del lugar.

Aquella pálida figura de piedra comenzó a llenarse de color y vida. Los colores se avivaron y la vida floreció en cuerpo de Brian. Unas pequeñas grietas se formaron entres su ropas y al mover su cuerpo diminutos pedacitos de piedra saltaron, esparcidos a su alrededor.

―¡Brian! ―exclamó Katiana, llena de felicidad, abalanzándose sobre él y apretándolo contra su cuerpo.

―A pesar de todo… aun sigues aquí ―dijo el joven con voz tenue sin levantar la mirada.

La joven lo miró enternecidamente, le levantó la cara y dijo casi en un susurro.

―Te lo dije. Nunca me alejaré de ti.

Katiana acercó sus labios a los de Brian y lo besó suavemente. Él la levantó, poniéndose de pie sin dejar de besarla. Ella lo abrazó con sus piernas envolviéndolo por la cintura para luego empujarlo haciéndolo caer sobre sobre la hierba. Metió sus manos por debajo del suéter del muchacho y se lo quitó halándoselo hacia arriba. El cuerpo de Brian estaba marcado y tallado por el ejercicio constante. No era una musculatura abundante y extravagante, pero sí muy atractiva y excitante.

Las ropas volaron y se convirtieron en un tendido sobre la hierba. Lo que quedaba del vestido que cubría el pecho y el cuerpo de Katiana, había desaparecido. Ahora Brian llenaba su blanca y suave piel, con besos y caricias.

Las manos del joven Jackson se deslizaron con suavidad recorriendo las delicadas facciones del cuerpo de la muchacha. Los suspiros surgían y el ambiente se llenaba de fogosidad. Pasión emanaba entre los enamorados y todo lo que había pasado horas antes se había olvidado.

―¿Era tu primera vez? ―susurró Brian minutos después del intimó encuentro.

―Sí ―afirmó ella, asintiendo al tiempo. Sus mejillas se ruborizaron.

―También la mía ―dijo él sonriendo.

―¡Brian! Eres un mentiroso ―le propinó un puño en uno de sus brazos.

Él se echó a reír, y una sonrisa tiró de los labios Katiana. Levantó su mano y volvió a golpearle el brazo justo sobre su marca.

―Aussff ―se quejó.

―Perdón, tenías un mosquito ―se excusó aún muy risueña―. ¿Los golins pueden sentir? ―preguntó, pero no esperó respuesta―. Vi tu video, pero hay cosas que no me quedan claras.

―Claro que sentimos, somos como cualquier humano.

―¡Que sorpresa, un humano que se convierte en piedra con la luz del sol, que es más fuerte que cualquier otro y muchos más resistente! Todo muy normal. Sí, como cualquier humano.

Ambos rieron.

―¿Cómo es que antes, has podido salir en pleno día? ¿Has bebido sangre?

―No, claro que no. Verás, con el paso del tiempo, los golins se multiplicaron poco a poco. Pero de igual manera eran exterminados por los hombres y otros enemigos. Los destruían en el día, cuando dormían en su estado de piedra. Al transcurrir algunos milenios las gárgolas y los golins buscaron la manera de evitar la transformación y la encontraron en la sangre. Beberla les da el poder para evitar la transformación en piedra. Pero no todos los golins toman sangre humana. Algunos la beben de los animales.

―Tal y como me lo contaste la primera vez, es algo parecido a los vampiros ―la muchacha hizo una pausa y luego preguntó―: ¿cuánta sangre necesitan para posponer la transformación por un día?

―Un cuarto de litro es suficiente.

―O sea que un litro alcanzara para cuatro días.

―Solo para dos; tendrás que incluir las noches. Un cuarto de litro por doce horas, medio litro por veinticuatro y un litro por cuarentaiocho. Pero solo son solo aproximaciones.

Katiana bajó la mirada; sentía miedo. Aun sin demostrarlo, Brian podía sentirlo. Por una extraña razón el joven tenía un instinto que le indicaba cuando la muchacha no estaba bien, al igual que le intuía a saber el lugar en donde ella se encontrara.

―¿Qué pasa Katy? ―preguntó acariciándole la mejilla.

―En cuánto las gárgolas necesiten más sangre para andar en el día, ¿van a volver matar? ―Brian asintió―. ¿Por qué no toman la sangre de animales?

―Son asesinos. Cuando beben sangre humana con la copa de oro y plata, duplican los días, el efecto se hace más duradero y se vuelven más fuertes, al igual que un vampiro que se alimenta de humanos.

―Por eso es que necesitan la copa: para duplicar el efecto y volverse más poderosos ―se sentó―. Ojala nunca la encuentren.

―Eso tampoco es bueno ―Katiana lo miró sin comprender―. Si no la encuentran tendrán que matar más seguido. Cuando una gárgola o un golin, bebe sangre humana, debe seguir bebiéndola o su cuerpo se deteriorara, aún sin importar si es de día o de noche. Por esa razón tendrán que beberla por el resto de sus vidas.

Katiana se mostró desalentada.

―¿Existe alguna forma para dejar de ser una gárgola o un golin? ―preguntó.

―Sí. En caso de que tuvieras un legado, otro tendría que tomarlo. Ejemplo: yo solo tengo que ofrecértelo y tú debes aceptarlo. Así se traspasa.

―O sea que si tú me ofreces tu legado y yo lo acepto… ¿yo pasare a hacer una golin y tú volverás a ser un humano?

―Sí, pero nunca haré eso, nunca te lo permitiría. Ser una golin es más una maldición, que tener un poder.

―¿Alex es tu ancestro? ―preguntó casi sin dejarlo terminar.

Él se sentó y la miró ladeando la cabeza.

―Veo que te das cuenta de todo ―contestó.

Katiana dejó salir un sonido entre sus dientes que pareció ser una risa.

―Entonces, Brian Jackson ¿Cómo es que has salido en pleno día sino has bebido sangre?

Brian metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó una papeleta con un polvo gris.

―¿Es droga? ―preguntó la muchacha, sorprendida.

―¡Claro que no! ―sonrió casi riendo―. Se llama grisól: es una roca mineral que se encuentra en ciertos terrenos volcánicos, la bebemos disuelta en agua. Es mortal para los humanos pues destruye su organismo. A nosotros no nos afecta porque somos más resistentes, pero aun así debemos tomar pequeñas proporciones. Si bebemos demasiada, nos producirá alguna hemorragia o heridas internas, pero de igual manera nuestro organismo se reparará. Pero sin importar la cantidad que se ingiera el efecto durará 12 horas. La razón por la que muchos golins prefieren la sangre humana o animal en vez del grisól, es porque el grisól no los vuelves más fuertes, además que al principio quema un poco. Y como no bebo sangre, a veces debo permitir que mi cuerpo se convierta en piedra; eso renueva mis fuerzas, así no tendré mucha desventaja al momento de pelear.

―¡Wao! ―dijo la joven impresionada―. Que interesante son ustedes ¿Hay algo más que deba saber sobre los golins y las gárgolas?

El joven alzó la mirada buscando en su memoria.

―Sí ―contestó―. Las gárgolas y los golins pueden cambiar su apariencia

―¿Enserio? ―preguntó asombrada―. Eso nunca lo escuché.

―Claro. Si eres una gárgola o un golin, puedes cambiar tu rostro, al igual que diversos rasgos físicos como la textura, el color de piel o el cabello… además de otras cosas.

―Pero, ¿Cómo pueden hacer eso? ¿Cómo pueden cambiar su apariencia?

―Es algo muy agotador. Solo se puede hacer cuando nos encontramos en nuestra forma de piedra. Aunque a veces no es muy conveniente hacerlo, pues no volvemos presa fácil ―Katiana frunció el ceño sin entender el por qué. Brian siguió diciendo―. Si alguien ataca a un golin o a una gárgola, después de que esta ha hecho una transformación física, lo vencería con mucha facilidad. El golin que ha efectuado la transformación no tendría suficientes fuerzas para pelear.

―¿Por qué? ―preguntó la muchacha.

―Nuestras energías se agotan cuando concentramos todo nuestro poder para lograr el cambio físico. Despertamos exhausto y necesitamos mínimo doce horas para descansar y así poder recuperarnos.

―Que agotador… ―dijo con voz cansada.

―Demasiado agotador. Pero las cuatro gárgolas padres son muy diferentes a los decimo descendientes. Si alguna de ellas quisiera cambiar su apariencia seis veces en un solo día, lo podría hacer sin ningún problema. Son más poderosas que nosotros. Todo el poder gárgola descendió de ellos hacia los decimo descendientes, hacia los golins. Sus habilidades son mejores que las nuestras.

―¡Wao! Sí que son poderosos ―dijo la muchacha. Miró a Brian y él asintió―. ¿Es posible de que el sujeto que me persiguió no sea un golin, sino una gárgola?

―Es muy posible.

―En caso de que él me quisiera engañar, y se convirtiera en mi madre ¿cómo podría saberlo? ¿Cómo lo identifico? ―preguntó asustada.

―Primero que todo ―contestó levantándose y poniéndose la ropa―, una gárgola o un golin hombre, no puede tomar la forma de una mujer.

―Qué alivio… ―dejó salir un suspiro, y se puso en pie para también vestirse.

―Y segundo… no importa que forma tome. Siempre conservará su altura y contextura física: gordo, flaco, bajo, alto… son características que nunca cambian y solo podrá imitar la voz de la persona si ya la ha escuchado antes.

―Comprendo. Lo tendré muy en cuenta. ¿Alguna vez has cambiando tu apariencia?

―Sí. Sola una vez; pero no lo he vuelto hacer… no ha sido necesario. Okey ―se apresuró en hablar. Quería evitar más preguntas sobre el asunto―. Ya es hora de volver. Todo el mundo debe estar loco buscándote.

―Estefany me la va a pagar ―dijo furiosa, terminando de vestirse. Brian volvió su rostro a ella―. Estoy segura de que fue ella quien le echó algo a mi bebida. Ella me drogó.

―Katy, debes de tener más cuidado ―dijo mirándola a los ojos―. No quiero que nada te pase.

Ella asintió con la cabeza. Brian la tomó en sus brazos y la levantó hasta su pecho.

―Sujétate bien ―guiñó un ojo.

―Okey. Solo no me dejes caer ―se le abrazó al cuello.

―No lo haré.

Brian dio un salto de más de diez metro y cayó falda abajo de la montaña. Luego corrió a una velocidad extraordinaria.

Katiana sintió el viento que se rompía tras su paso y sacudía su cabello. Era como si montara sobre un veloz caballo salvaje, pero este no parecía cansarse. La joven notó que la piel de Brian era suave y cálida; el olor de su cabello era una mezcla de madera, y el perfume de sus ropas no habían desaparecido, aunque horas antes se había tornado en piedra.

Los jóvenes atravesaron colinas y montañas; cañadas y despeñaderos, hasta que al fin avistaron el resplandor de las luces del pueblo que titilaban constantemente.

―Brian, espera ―dijo ella cuando ya faltaba poco para llegar. El joven se detuvo―. Es Óscar. Él también busca la copa. Dijo que era un agente y que está buscando a los asesinos. Creo que fue él quien le disparó la flecha a la mujer gárgola.

―Creo que siempre lo he sabido ―dijo el joven circunspecto―. El sospecha de mí, y de Alex. Aunque la verdad… él ya debe saber quiénes somos. Estoy seguro de que es un cazador, pero no uno ordinario. Tiene dones especiales.

Katiana se volvió Brian.

―Me hice amiga de él. Parece ser bueno conmigo… solo es una amistad.

―Tranquila, eso no me enoja ―se le acercó y la tomó de la cintura―. Solo quiero que tengas cuidado.

―Lo tendré ―lo abrazó con fuerza y dejó salir un profundo suspiro.

Se miraron a los ojos, sus labios se acercaron, pero el celular del Brian comenzó a timbrar, interrumpiéndolos.

―Es Alex ―dijo mirándola el identificador―. Hola Alex ¿Qué ocurre? ―dijo al contestar.

―Hoy vinieron a preguntar por ti y por Katiana ―respondió el muchacho, a través de la bocina.

―Okey, estamos bien. Ya estamos por entrar al pueblo.

―Bien Brian, nos vemos.

La llamada terminó, y Brian destrozó el celular con una de sus manos.

―¡Brian! ―exclamó Katiana, sin entender―. ¿Qué haces?

―¿Qué crees que diga tu madre cuando sepa que todo el tiempo tuve mi celular y no la llamé?

―Eres astuto ―dijo la joven entrecerrando los ojos.

―Solo un poco ―reflejó un poco de picardía.

La pareja caminó hasta la casa de Elena Uribe, el lugar en donde se había realizado la fiesta. Allí estaba estacionada la Toyota, y junto a ella había un par de policías.

Los policías dieron aviso al inspector y al sargento. Ellos aún continuaban con la búsqueda. Brian y Katiana subieron a la camioneta y se desplazaron hacia la casa de la joven. Al llegar allí se encontraron con muchas personas que los esperaban.

Lina al ver a su hija se abalanzó sobre ella y la abrazó para después llorar. Después de un rato, Katiana y Brian se ducharon (por separados) y se vistieron. Javier le presto algo de ropa al joven Jackson y en cuanto el inspector hubo llegado se reunieron en la sala.

―Katiana ―dijo Lucas―, lamento mucho lo sucedido. Parte de la culpa es de mi hijo Merson, pero créeme que recibirá su castigo.

―Eso espero ―dijo Katiana enojada, al recordar el momento en que fue raptada.

―Eh, si, si… yo me encargaré de él ―se rasco la nariz.

―Y dígame inspector ―miró a su madre y luego volvió a enfocarse en Lucas―, ¿ya encontraron a la persona que me drogó?

―Eh… no aún no, pero estoy investigando ―bajó la mirada―. Lo más probable es que nunca lo sepamos. A menos que alguien lo delate.

―O la delaten ―dijo ella, refiriéndose a Estefany.

―Bueno… sí, en el caso de ser mujer…

―¿Pero qué es eso Lucas? ―dijo la madre de Katiana enfadada, al tiempo que sacudía los brazos―. ¿Cómo va hacer posible que en una fiesta de jóvenes se esté repartiendo drogas? ―el inspector trató de hablar pero ella continuó―. ¿Cómo es posible de que le den droga a alguien de manera inconsciente? ¡Hay que tomar medidas serias! Este es un pueblo limpio, de jóvenes y gente sana y educada.

―Sí, sí, sí Lina ―tartamudeó el inspector―. Estamos investigando a todos los que tuvieron contacto con las bebidas. Otro joven también resultó drogado.

―¿Otro joven? ―preguntó Javier.

―Sí, el joven indígena. Eh… ¿Cómo se llama? ―buscó en su memoria―. ¡Fernando! Fernando es su nombre en la civilización.

―Claro, debió de haber bebido cualquiera de los otros dos vasos ―dijo la muchacha. El inspector la miró analizando lo que decía―. Sí. Sobre la bandeja había tres vasos. Los tres tenían droga, porque fui yo misma quien eligió que vaso tomar.

―¡Estoy segura de que las muchachas que sirvieron las bebidas están implicadas! ―volvió a hablar Lina, disgustada―. Alguna debió haberse dado cuenta.

―Posiblemente ―dijo el inspector poniéndose de pie―. Estaremos investigando.

―Espere señor inspector ―dijo la muchacha. Hizo una pausa y luego continúo―. ¿Qué fue lo que paso en la colina? Escuché unos disparos.

―La gitana estaba merodeando. Merson le disparó pero no pudo darle.

―¿Él padre de Biky le contó sobre el hombre que vimos en la cabaña de la colina del cementerio y la copa que tenía un poco de sangre en el interior?

Lina frunció el entrecejo. No estaba enterada de eso.

―Sí. Fuimos al lugar pero no vimos ninguna copa. Tampoco encontramos a ningún hombre. Hace mucho tiempo que nadie pasaba los linderos del cementerio. Yo mismo estuve en ese lugar y no había ninguna cabaña. Alguien debió de haberla construido. La construyeron y no nos dimos cuenta. Creemos que algunos materiales que se usaron para construirla fueron tomados de la bodega de la casa del señor Martín, el antiguo cuidandero del cementerio. Su vivienda está ubicada en el lado derecho del campo. Hace cuatro meses encontramos la bodega vacía y a él lo encontramos muerto dentro de ella. Ya era un esqueleto. No sabíamos por qué había muerto; pensamos que lo más probable es que hubiera sido por causas naturales, y medicina legal lo confirmo así. No hicimos confidencial lo sucedido para no causar alboroto en el pueblo.

―¡Qué horror! ―exclamó Lina.

―Inspector ―volvió a decir Katiana. Miró a Brian quien yacía sobre un sillón y luego se volvió a enfocar en el hombre―. Creo que hay alguien más involucrado en el asesinato. La mujer no está sola, también hay un hombre ―hizo una pausa y pensó. No quería que su madre se enterara de que un asesino la había perseguido para matarla, aquella tarde de lluvia―. Inspector, alguien cuyo nombre no puedo revelar, me dijo que hace unos días, mientras llovía, vio a un sujeto con una capa impermeable caminando por las calles del pueblo, con un enorme cuchillo. Téngalo en cuenta por favor.

Lucas guardó silencio.

―Está bien. Gracias por la información ―dijo al final, dirigiéndose a la salida―. Ahora me tengo que ir. Hasta luego. Que descansen.

―Adiós Lucas, muchas gracias ―dijo Javier acompañándolo hasta la puerta.

Lina se acercó con prontitud hasta Brian y le tomó la mano.

―¡Ay, Brian! ―dijo―. No sabes cuan agradecida me siento contigo. Gracias por haberme traído a mi bebé a salvo.

Katiana bajó el rostro, mientras una sonrisa se dibujaba en su cara.

―Señora Lina, es mi deber cuidar de Katy ―respondió el muchacho.

Lina se puso sensible y lágrimas salieron de sus ojos.

―¡Gracias! ¡Muchas gracias, Brian! ¡Gracias por encontrarla y traerla a salvo! ―se abalanzó sobre él, abrazándolo sin contenerse―. Eres el mejor yerno que una mujer puede tener.

Brian sonrió.

―Muchas gracias Brian ―le agradeció Javier, después de que Lina lo soltara.

―Brian, gracias por traer a mi hermana a salvo ―dijo Andrés, el hermano menor de Katiana―. Ya que ella está bien, seguimos siendo cuñados y eso me agrada.

Todos se miraron perplejos y sonrieron.

―A mí también me agrada ser tu cuñado, Andrés ―puso su mano sobre la cabeza del niño―. Eres el mejor cuñado que tengo ―le guiñó un ojo.

Se escucharon un par de motocicletas detenerse a la entrada de la casa. En una de ellas llegó Biky y Samuel, y en la otra Óscar, su motocicleta era nueva. Biky y Samuel entraron a la casa, pero Óscar decidió esperar afuera.

―Buenas noches ―dijo Samuel al ingresar a la casa.

―Buenas noches ―contestaron todos.

―¡Katy estas a salvo! ―gritó Biky, abrazando a su amiga―. Y sí que te vez terrible ―frunció el ceño.

―Por supuesto. Llevo un día sin comer ―explicó Katiana.

―¡Cielos! ―exclamó Lina, apresurándose en ir a la cocina. Estaba tan feliz de que Katiana hubiera regresado a salvo, que olvidó preparar la cena―. Hay que darte algo de comer de inmediato. Yo me encargo de eso.

―¡Genial! ―exclamó Samuel―. ¿Me puede dar un poco a mí, señora Lina?

―Claro, todos vamos a cenar ―respondió desde la cocina.

Pasado un rato todos estaban sentados a la mesa, conversando y cenando unas deliciosas salchipapas.

―Mmmm, que rica está esta salchipapa, señora Lina ―dijo Samuel, mientras se embutía unas cuantas papas con salchichas, queso y ensalada.

―¿Por qué Óscar no entró? ―preguntó Katiana.

―No quiso ―respondió Biky―. Dijo que nos esperaría afuera.

Katiana miró a Brian y él le arqueó una ceja.

―¡Ah! Casi lo olvido ―continúo Biky―. ¡Felices vacaciones!

―Cierto, hoy terminaron las clases ―afirmó Samuel, con la boca llena de comida.

―Hasta que por fin ―dijo Katiana con un tono de alivio―. Hace más de quince días que todas las escuelas del departamento finalizaron las clases. Llegó diciembre y nosotros aun íbamos al instituto. Que aburrido.

―Sabes bien que el retraso se debió a la perdida de clases que tuvieron durante el año. Todo debido a los paros escolares que hubieron ―justificó su madre.

―Bueno muchachos, un año nuevo está por comenzar ―dijo Javier alargando el brazo para tomar la salsa―. Muchas cosas nuevas los esperan.

La conversación continuó durante toda la cena. Cuando se hicieron las 10:00 p.m. Biky, Samuel y Óscar, se marcharon. Luego, Brian se levantó de la sala y se dispuso a volver a su casa.

―Muchas gracias por la comida señora Lina ―agradeció Brian mientras salía del lugar.

―Brian… solo dime Lina, por favor ―dijo sonriente.

Katiana y Javier se miraron a la cara y asintieron sorprendidos, al tiempo que ensanchaban los labios.

―Está bien… Lina ―sonrió―. Adiós, que descansen.

El joven salió de la casa, subió a su camioneta y Katiana se apresuró en llegar hasta él. Le dio un beso por entre la ventanilla y preguntó:

―¿Te veo mañana?

―¿Tú que crees?

Ella sonrió.

Capítulo 13

Habían pasado seis días desde que Brian y Katiana se habían conocido e iniciado su relación. La confianza entre ambos había aumentado. Se veían casi todas las noches y algunos días. Salían a caminar por el campo y se divertían jugando, haciéndose bromas, hablando o tan solo haciéndose compañía. Ahora Katiana era como una miembro más en la mansión Gautier y para nadie del pueblo era un secreto lo que había entre los dos jóvenes. Todos lo sabían.

―¡Katiana!―gritó Biky, mientras saltaba entre las olas―. ¡Vengan acá! ¡El agua esta deliciosa!

Brian y Katiana no hicieron caso. Siguieron recostados sobre sus sillas de playa, bajo la sombra de una enorme sombrilla.

Habían ido a surfear a Playa Mendiguaca, pero las olas eran muy pequeñas. Así que decidieron descansar y pasarla bien. Katiana disfrutaba del ambiente: un sol templando, una brisa refrescante, agua fría y la mejor compañía que podía tener… a excepción de Samuel, quien a ratos se dedicaba a hacer gritar a Biky con un caparazón de cangrejo muerto.

La joven Rodríguez miró a Brian y lo notó pensativo y distante. Él estaba sumergido en la preocupación. Sabía que muy pronto las gárgolas atacarían.

Katiana extendió su mano y tomó la de él. Él giró su cabeza y la miró a través de los lentes.

―De cinco a seis litros ―dijo el muchacho.

―¿Qué? ―preguntó ella sin entender.

―El cuerpo humano de un adulto tiene un promedio de cinco a seis litros de sangre.

Katiana se quitó los lentes oscuros y procesó la información.

―Medio litro equivale a veinticuatro horas de inmunidad al sol ―dijo ella―. Un litro: cuarentaiocho, no importa si es de día o de noche. Cinco litros doscientos cuarenta horas, equivalentes a un promedio de diez días. Pero como usaron la copa antes de perderla, el efecto se duplicó, así que obtuvieron veinte días. Diez días para uno y diez días para el otro.

―¡Vaya! Ya pareces una gárgola o un golin, calculando su itinerario.

Katiana soltó una carcajada, se inclinó a él y le dio un beso.

―Y tú mi querido golin… ¿has tomado tu bebida? No me gustaría que te convirtieras en piedra frente a mis amigos. ¿Qué pensarían? ¿Qué hice una escultura tuya con la arena?

―Tranquila ―dijo sonriente―. Tomé grisól antes de salir. Y sin embargo, traje un poco más envasado en una botella de bebida energética. La tengo dentro del auto, en un termo.

―Debes tener cuidado ―comentó con un tono de preocupación―, alguien la puede sacar pensando que es una bebida cualquiera ―lanzó una mirada hacia la camioneta y vio a Samuel, que sacaba el termo de Brian―. ¡Oh no! ―exclamó.

Brian volteó y vio al joven meter su mano dentro del hielo para luego sacar una botella roja con una etiqueta de bebida energética: era el envase del grisól. El joven Jackson miró a Katiana y luego a su alrededor.

―¡Un tiburón! ―gritó la muchacha, señalando el mar azul.

―¿Dónde? ―preguntaron Samuel y Biky al tiempo, tratando de avistarle.

Brian se movió velozmente hacia Samuel y se paró junto a él.

―Estás loca, Katy. Yo no veo nada ―dijo Samuel volviendo su rostro hacia el termo―. ¡Brian! ―exclamó sorprendido al verlo a su lado―. No me di cuenta en que momento llegaste hasta aquí.

―Esto es mío ―le quitó la botella de las manos.

―Okey… okey. Tomaré otra cosa ―dijo escarbando entre el hielo. Sacó una cerveza y volvió a las aguas.

―Eso estuvo cerca ―dijo Katiana, aliviada, cuando Brian se hubo acercado nuevamente a ella.

―Sí ―él joven se dejó caer sobre la silla y soltó una bocanada de aire.

―Brian… ¿Cómo se llama la mujer gárgola?

―Su nombre se desconoce. Pero por milenios se ha hecho llamar Eva. Aparentemente es la única superviviente de sus hermanos gárgolas. Hace más de un milenio que no se ha sabido nada de los otros tres. Aunque tal y como tú lo dedujiste, es muy posible de que el hombre que te siguió sea uno de ellos.

Katiana suspiró. Por un momento había estado despreocupada pero una vez más la preocupación inundaba su alma. Levantó sus ojos hacia el cielo y vio una gran cantidad de nubarrones que se aproximaban.

―Se acerca una fuerte lluvia. Deberíamos irnos ―sugirió.

La pareja de novios subió a la camioneta, y Biky y Samuel a la motocicleta. Encendieron los automotores y partieron del lugar. Llegaron a Santa Marta y tomaron la ruta hacia Villa Bolívar.

Biky apretó el paso y se adelantó en el camino, no quería mojarse. Pasadas unas decenas de minutos la camioneta llegó al pueblo.

―Me quedaré aquí en el parque ―dijo la joven Rodríguez, mirando por la ventana.

―¿Qué? Pero está lloviendo ―dijo Brian.

―Estaré bien. Me haré debajo de uno de los kioscos. Quede en ir al supermercado con mi madre. Debe de esta por aquí cerca.

―No me parece una buena idea ―mostró una expresión de desacuerdo.

―Tranquilo. Estaré con mamá.

―Está bien. Pero cualquier cosa, llámame ―dijo aún dudoso.

Katiana asintió; bajó del vehículo y corrió a toda prisa buscando refugio debajo de un kiosco. Brian aceleró en la camioneta y se marchó. La joven sacudió un poco su largo y negro cabello y después sacó su teléfono para enviarle un mensaje de texto a su madre:

*Mamá, ya estoy en uno de los kiosco del parque. Te espero.*

Guardó el teléfono y escuchó una respiración detrás de ella.

―Volvemos a vernos Katy ―dijo Milar, el chico que tenía la chaqueta azul la noche de la fiesta. El mismo que la había molestado y luego defendido de Merson.

―¡Milar! ¿Qué haces aquí? ―preguntó Katiana con antipatía.

―El parque es de la comunidad ―contestó.

―Tú no eres de esta comunidad ―refutó la muchacha.

―Vaya, ¿así tratas a tus invitados?

Katiana frunció el ceño.

―Tú no eres un invitado. Al menos no el mío.

―Que genio el tuyo… Pero la verdad es que me encantas. Tú me fascinas Katy. Tu rostro, tus labios, tus ojos azules, tu largo cabello. ¿Sabes? Me recuerdas a alguien, pero no es tan especial como tú. Tú tienes algo distinto ―se le acercó un poco y la reparó con diligencia. Katiana retrocedió un poco―. Tú sí eres especial; maravillosa. Eres más fuerte de lo que crees… yo tengo un don: puedo sentir cosas que otros no pueden. ¿Sabes lo que siento en ti? una extraña energía que es tan… tan… atractiva ―volvió su rostro hacia el fondo de una oscura calle. Torció la boca y exhaló un suspiro―. Te veo en otro momento. Debo irme.

―No tienes que darme explicaciones, solo vete.

Milar sonrió y se retiró, luego volteó hacia ella y dijo.

―¡Ah! No salgas esta noche. No después de las 10:00 p.m. ―giró y se marchó.

Katiana no prestó atención a las palabras del sujeto, y se dispuso a seguir esperando. Miró la hora y se desesperó al ver que su madre no llegaba. Escuchó unos pasos tras ella y dio vuelta para entonces encontrarse a Óscar.

―¿Me querías asustar? ―le preguntó dedicándole una sonrisa.

―Para nada… eso no es lo mío ―contestó.

―Es la primera vez que te veo llegar, y no me has asustado.

―Eso es bueno ―cruzó los brazos.

―Óscar, hace días que no te dejas ver mucho. ¿Andas muy ocupado?

―Tu eres quien se la pasa muy, pero muy ocupada.

―¿Qué quieres decir, fortachón?

―Bueno… solo tienes tiempo para Brian ―bajó sus brazos y metió sus manos en los bolsillos.

―Tengo tiempo para todo. De no ser así no estuviera aquí.

Óscar amagó una sonrisa.

―Dime Katy, ¿a quién esperas?

―A mi madre. No tardará en llegar. Quedamos en ir al supermercado.

Él salió del kiosco y miró hacia el cielo.

―Ya dejó de llover ―dijo mirando el firmamento―. Seguro que no tarda en llegar.

Ambos guardaron silencio. La joven se veía incomoda como si hubiera algo que quisiera decir pero se resistía a hacerlo. Apretó sus dientes y dejo salir aire entre ellos.

―Dime Óscar… ―no se pudo contener las ganas de preguntar―. ¿Por qué Brian te cae tan mal?

Él la miró pero no respondió.

―Vamos dime ―insistió―. No te convertirás en mi enemigo por decirlo. Después de que no te entrometas entre Brian y yo, todo estará bien.

―Katy, hay cosas que no se deben decir ―respondió.

―¿Por qué? ¿Por qué van a sonar increíbles? Tú me dijiste que creyera en lo sobrenatural. ¿No es así? Dilo, tal vez no me sorprenda.

Óscar la miró a los ojos y comenzó a hacer deducciones dentro de sí.

―Katy, ¿Qué sabes tú de cosas increíbles? ―preguntó―. ¿Ya las has visto? ¿Las has vivido? ¿Por eso no te sorprendes? ¿En quién has visto esa clase de manifestaciones sobrenaturales?

Katiana guardó silencio y retrocedió un paso. Parecía que Óscar estaba sospechando algo de ella, pero, ¿Qué podría ser?

―Dime Katy, ¿Qué son esas cosas que has conocido? ―siguió inquiriendo―. ¿Acaso son sobre tu novio? O, ¿sobre su primo?

Katiana se sentía bombardeada. Ella había atacado y ahora Óscar contraatacaba. Pero al decir eso sobre Brian y Alex, se estaba delatando. Las sospechabas de la joven estaban casi confirmadas.

―No sé, Óscar. Tal vez sea algo tan increíble como: ¿de qué manera te ayudará una copa a encontrar a los asesinos? ―preguntó la joven con un tono dramático―. No me digas. ¡Ya sé! Con un instrumento de alta tecnología, extraerás las huellas de la copa y luego los identificarás para rastrearlos ―el fortachón no dijo nada. Sola la observó y guardó silencio―. Óscar, ¿Por qué mejor no me dices que está pasando en este pueblo? O dime, ¿Qué tienes contra Brian? ¿Acaso él es un vampiro, un alienígena o algo por el estilo? ¡Ey! ¡Dime! Ya déjate de misterios. Si no tuviste problema para decirme que eras un agente especial, entonces ¿por qué lo tienes ahora?

―Ya basta Katiana ―dijo Óscar, totalmente serio. Se estaba comenzando a cansar.

―¡Oh, vamos! ¡Dime!

―¡Dije que basta!

―¡Dime, Óscar! Dime ¿Qué hacías…?

―¡Que basta!

―¿… persiguiendo a la gitana…?

―¡He dicho basta!

―¿… con un arco y flechas…?

―¡Katy, basta!

―¿… la noche que fue a mi casa?

―¡La estaba cazando! ―gritó enfadado.

Ambos quedaron en silencio. Katiana había confirmado sus sospechas. Óscar se había delatado.

―Eras tú… ―musitó―. Lo sabía. Sabía que eras tú.

Óscar había caído en la trampa de la muchacha. Se llenó de ira y le dio la espalda caminando rápido hacia la calle.

―Óscar, tú eres cazador.

Él se dio vuelta, la observó por un segundo y susurró:

―Me viste atacarla con mi arco.

Volvió a voltear y se marchó. Justo en ese momento, Lina entró al kiosco por la parte de atrás, a espaldas de Katiana. Se veía muy sonriente.

―¡Hola linda! ―saludó.

―Hola mamá ―dijo la muchacha, ocultando su seriedad con una sonrisa.

―Ese que va allá, ¿no es tu amigo Óscar?

―Eh… sí. Es él.

Su madre puso un dedo sobre sus labios, y luego lo retiró lentamente sin dejar de señalar hacia el techo. Había recordado algo.

―Recuerdo la primera vez que lo vi. Él acaba de llegar al pueblo. Eso fue dos días antes de la muerte del profesor Luis. Lo escuché hablando con el jefe de mantenimiento. Lo contrataron para reparar el sistema eléctrico y las redes de la escuela. Todo para dejar el sistema listo para el año siguiente.

―¿De verdad? ―preguntó Katiana, asombrada.

―Sí.

―Pensé que había entrado a cursar sus estudios, no a reparar cables.

―Por favor Katiana, eso suena tonto ―dijo jalándola por el brazo, camino al supermercado―. ¿Quién entraría a una escuela en la última semana de clases?

―No lo sé… tal vez un agente secreto.

Su madre dejó salir una risita.

―Estas comenzando a creer en muchas historias y películas de acción.

―Tal vez ―la enganchó del brazo y ambas entraron al supermercado.

Capítulo 14

Eran casi las once de la noche. Una espesa niebla había caído sobre las montañas y sobre todo Villa Bolívar. Fuertes y rápidos pasos crujían por entre los estrechos senderos que se extendía por la orilla del río.

La velocidad y el viento sacudía su larga cabellera, y de vez en cuando, los claros del bosque montañoso se aliaban con la luna para descubrir su hermosa figura. Ya no vestía las mismas ropas con las que se había dejado ver anteriormente, ahora traía un pantalón ajustado de cuero negro, y una chaqueta del mismo color.

Corrió por la orilla pedregosa del cauce y dio un tremendo salto para terminar cayendo sobre la cascada. Miró a todas partes para asegurarse de que todo estuviera bien y procedió a recoger tres piedrecitas para luego lanzarlas una tras otra, contra una enorme roca que posaba en medio del río.

―Justo a tiempo ―susurró un hombre medio asomándose por un costado de la roca. Las sombras de los árboles y la niebla de la noche impedían que su rostro fuera divisado―. ¿Cómo esta él? ―preguntó.

―Bien ―contestó la mujer―. ¿Dónde está el muchacho?

―Esperándolos en el lugar de encuentro.

―¿Y dónde está…?

―No tardará en llegar ―la interrumpió. Hizo una pausa y luego preguntó―: ¿lo trajiste?

―Por supuesto. Todo está listo ―echó su largo cabello hacia un lado―. ¿Es necesario hacer esto?

―Debo cumplir mi palabra. Además, esto los mantendrá ocupados ―hizo una pausa ―. Silencio, ya viene.

Un muchacho salió de entre las penumbras del bosque, rasgando la niebla a su paso. Dio un salto y cayó frente a la muchacha.

―Eres tú… ―dijo asombrado. Después le hizo una reverencia―, tus ojos azules son muy hermosos, al igual que toda tu persona.

―Es hora de irnos ―dijo ella sin prestar atención a los halagos. Dio vuelta y corrió de regreso al bosque.

―¡Oye! ―dijo el hombre que yacía detrás de la roca, al momento que el joven tomaba impulso para correr detrás de la mujer.

―¿Sí? ―musitó el muchacho.

―Has sido muy eficiente. Te doy gracias por tus servicios.

El joven se quedó pensativo por un momento, sonrió y asintió. Luego echó a correr.

El celular comenzó a timbrar. Ya había amanecido. Eran las nueve de la mañana y Katiana aun reposaba envuelta entre sus sabanas. Estiró un poco sus extremidades y se levantó lentamente. Miró su celular y vio un par de mensaje de Biky.

***Mensaje de Biky:*** *Despierta dormilona…*

***Mensaje de Biky:*** *Te recojo a las 11:00 a.m. al pie del camino que da al río. Lleva ropa de baño.*

La muchacha miró la hora y se dio cuenta que faltaba veinte minutos para las 11:00.

―¡Rayos! ―exclamó.

Entró al baño y se aseó. Se vistió con un suéter manga larga de color rosa, pantalones cortos y zapatos blancos. Peinó su cabello y bajó a toda prisa por escaleras. Atravesó la sala y abrió la puerta de la casa.

―¡Adiós! ―dijo―. ¡Vuelvo por la tarde!

―¡Katiana! ¡No has desayunado! ―gritó su madre.

―¡No tengo hambre! ¡Iré con Biky al rio!

Caminó con toda calma por el sendero, se sentía feliz y llena de entusiasmo. Aunque hacía varios días que no salía a caminar a pie y sola, no sintió miedo. Estaba relajada.

Pasados unos minutos su celular comenzó a timbrar, pero no le prestó atención. Quería disfrutar del ambiente sin interrupciones.

«¿Quién será?» se preguntó.

El celular siguió insistiendo a tal punto que decidió echarle un vistazo a la pantalla. La llamada era extranjera: se trataba de Sandy, su padre.

―¡Papá! ―contestó emocionada.

Sus ojos brillaron de alegría. Hacía días que lo quería escuchar y contarle todo sobre Brian.

―Hola Katy ¿Cómo has estado? ―preguntó su padre.

―¡Súper, papá! ¡Todo de maravilla!

Él rió.

―Me enteré del asesinato del profesor Hernández, el padre de José.

―Bueno… no todo está de maravilla ―bajó el entusiasmo.

―Ten mucho cuidado hija ―dijo con preocupación.

―Estoy bien papá ―hizo una pausa―. Oye, tienes… ―volvió a hacer otra pausa―. Tienes un yerno.

―¿Qué? ―preguntó sorprendido―. ¿Tienes novio?

―¡Sí!―contestó emocionada, mientras daba un par de saltos de alegría.

―Veo que mi bebé ya creció… ―se escuchó desilusionado.

Katiana soltó una risita.

―¡Él es encantador…! es… es todo para mí ―suspiró―. ¡A mamá le encanto!

―Entonces es bueno ―ambos rieron―. ¿Cómo está tu madre?

―Ella está bien. Las cosas con Javier van por buen camino.

―Me alegra, lo importante es que ella sea feliz. ¿Y… cómo se llama tu novio?

―Brian. Brian Jackson.

Sandy quedó en silencio. No dijo ningún comentario al respecto. Solo calló.

―¿Hola…? ¿Papá, estás ahí? ―preguntó reparando su teléfono.

―¡Eh! Sí, sí. Disculpa cariño. Me distraje un poco. Tengo que colgar. Hay algunos asuntos que debo atender. Te llamo otro día.

Katiana sintió que su padre mentía. No estaba ocupado. Siempre llamaba cuando no tenía trabajo, así no tendría interrupciones.

―Okey papá… ―dijo con un tono entristecido.

Ya iba a colgar la llamada cuando se escucharon las palabras que tanto había esperado.

―Estoy feliz de que tu novio sea Brian Jackson. Adiós bebé. Te amo.

La alegría volvió a inundar a la jovencita, y una sonrisa se dibujó en su rostro.

―¡Te amo papá! ―alcanzó a decir antes de que la llamada fuera terminada.

Dio un par de saltos más, y lanzó algunos gritos de victoria. Después continuó con su avance y vio junto al camino a un hombre vestido de negro, parecía de película. Al verlo, su piel se erizó y sintió un poco de miedo; aun así no detuvo su andar, solo disminuyó la velocidad hasta que se dio cuenta de que se trataba de Óscar. Un gran alivio surcó su cuerpo.

―¡Cielos Óscar! Me asustaste otra vez ―dijo cuándo se le hubo acercado.

―¿Por qué te asustaría mi presencia? ―indagó, uniéndose a su caminata.

―Pensé que eras un asesino. Eso está muy de moda. Por cierto, me gusta tu traje. ¿Tienes alguna misión para hoy? ―el asintió y ella prosiguió diciendo―: ni para que te pregunto. Debe ser algo súper secreto

Una sonrisa amagó en el rostro del muchacho.

―Cuando me viste de lejos sentiste miedo, pero cuando te diste cuenta de que era yo, te sentiste segura, ¿no es así?

―Sí. Así es ―le brindo una sonrisa apretando los labios.

―Pero aun así no puedes confiar en alguien solo porque parezca ser tu amigo. Cualquiera podría matarte.

Katiana enarcó una ceja.

―Tú no me matarías ―frunció el ceño.

―¿Por qué tan segura, Katy? ―la miró con picardía.

Ella se detuvo y lo miró serenamente.

―Porque eres bueno ―contestó―. Seas lo que seas, sé que eres bueno.

Óscar contestó con una sonrisa y continuaron la marcha.

―Sí ―afirmó él―. Sí lo haría.

Katiana se detuvo y lo miró a la cara. Él puso su mirada sobre el brazo de la muchacha. Un escalofrió corrió por la espalda de la joven; miró los ojos del fortachón que se enfocaban en ella, y notó que había algo distinto en su mirada.

―¿Qué? ―preguntó ella, tratando de sonreír y con la voz quebrada.

―Sí Katiana. Yo sí te mataría ―volvió a afirmar.

Katiana dio varios pasos hacia atrás. No podía creerlo. Él lo decía enserio. No estaba bromeando.

―Te mataría si fueras mi presa ―continuó―, te mataría si fueras lo que busco, si fueras peligrosa o si fueras mi objetivo.

Un temblor sacudió el cuerpo de la muchacha. Se abrazó el pecho y meneó la cabeza de lado a lado aun sin poder creerlo.

―No Óscar, no ―se negó a creer lo que él le decía―. Tú-tú, tú no harías eso ―tartamudeó.

Él la siguió con la mirada mientras ella avanzaba de espaldas hacia los arbustos. En su rostro nacía una mirada sombría y desconocida. ¿En verdad la iba a matar? ¿Y solo por el hecho de ser la novia de un golin? ¿Ese era el motivo? Tenía que ser una broma. Katiana se reusaba a creer lo que estaba pasando.

Óscar extendió su brazo, y partícula a partícula, un arco negro se formó sobre la palma de su mano.

―¿Te gusta mi arco? ―preguntó, aun sin moverse―. ¿Es lindo verdad?

¿Pero a que venía esa pregunta? ¿Se había vuelto demente? Katiana dio vuelta y corrió entre los árboles y matorrales, mientras se preguntaba, ¿Qué era lo que le pasaba a Óscar? ¿Por qué de un día para otro quería matarla?

«¡Es porque sé su secreto! ―se dijo―. Él debe pensar que es mejor silenciarme. Él sabe que Brian es un golin y sabe que yo lo sé. Además, Óscar es un cazador de golins y quien sabe de qué cosas más».

La joven corrió con desespero, rompiendo entre los arbustos en dirección al pueblo. Pensó que si corría por el camino él la atraparía fácilmente. Trepó por sobre un tronco tumbado y levantó la mirada para seguir corriendo. Óscar ya estaba frente a ella, mirándola con dos enormes ojos marrones que amenazaban con hacerle daño.

―No me respondiste ―dijo él―. ¿Te gusta mi arco?

―Óscar… Óscar no ―dijo asustada―. Tú no eres así.

―¿Qué soy Katiana? ―preguntó, y después reformuló―. Y… ¿Tú qué eres? ―ella sacudió la cabeza sin entender. Estaba llena de confusión. Él siguió diciendo―: sabes Katy… ningún humano puede ver mi arco. Entonces, ¿Por qué tú si puedes?

―Óscar, Óscar no. ¿Qué estás diciendo? ―su voz se quebró―. No comprendo.

Ella le dio la espalda y volvió a trepar sobre el tronco, pretendiendo volver a su casa.

―Katy, no lo tomes a lo personal ―dijo el cazador. Katiana giró y lo miró a los ojos―. Como amiga eres genial… eres estupenda.

―Óscar…

―Pero debo matarte. Así que ya deja de fingir.

Óscar echó su mano hacia atrás y alcanzó una de las flechas que colgaban en su espalda. Era extraño, minutos antes no estaban allí. Katiana quedó paralizada. La angustia se apoderaba de ella. Y la verdad era una; la verdad era esa: Óscar la mataría.

Capítulo 15

El cazador armó su arco. La flecha estaba en su lugar, esperando a que Óscar la liberara. Los dedos se abrieron y el delgado nailon depositó toda su fuerza sobre la flecha para lanzarla al vacío. La saeta traspasó el viento en dirección de su blanco. Debía hacer diana en el pecho de la muchacha.

La adrenalina corrió por entre las venas de Katiana, y un reflejo en su cuerpo tiró de su hombro hacia un lado. Pudo sentir una brisa que golpeó su cabello. La flecha siguió de largo y penetró un árbol que estaba detrás de ella, dejando en el aire un sonido destemplado.

La joven corrió disparada entre la maraña. Su respiración era rápida y alborotada. Dentro de sí misma se instaba a seguir, a no detenerse. Debía luchar por sobrevivir, aunque la única manera fuera huyendo.

De pronto, uno de sus pies golpeó el talón de su otra extremidad, haciéndola caer sobre la hojarasca. Emitió un chillido y envolvió su pie entre sus manos.

―¡Auxilio! ―gritó llena de impotencia.

―Cállate ―ordenó Óscar, propinándole una bofetada.

Katiana quedó aturdida; nunca se imaginó que Óscar la trataría de esa manera. Dejó salir una lágrima que después rodó por su mejilla y cayó al suelo de hojarascas. Puso su mirada sobre el muchacho y pudo notar que estaba vacilante. No estaba seguro de matarla, de haberlo querido así ya lo hubiera hecho. Él era demasiado fuerte y rápido, tan rápido como… como Brian. El terror había sido tan grande, que le había hecho olvidarse del muchacho, pero recordarlo ahora no le iba a servir de nada si de igual manera iba a morir.

―¡Brian!―gritó su nombre, luego el llanto irrumpió en ella.

Alzó su mirada buscando el rostro de Óscar. Lo miró a los ojos y con sus lágrimas le suplicó piedad. El bajó la mirada, pero no porque se le remordiera la conciencia, sino porque trataba de ver algo en el brazo o en el hombro de la joven. A decir verdad; trataba de ver algo debajo de las mangas del suéter.

Katiana volvió a levantarse. Debía seguir adelante y escapar. Pero ya no podía correr, estaba cojeando. Hizo un intentó por andar pero un brazo la sujetó por el hombro. La sujetó tan fuerte que pudo sentir que las uñas del fortachón cortaron su piel. Óscar tiró de ella y quedaron frente a frente.

―¿Por qué no paras de fingir? ―inquirió ya perdiendo la paciencia.

―Óscar… por favor… ―volvió a suplicar con un nudo en la garganta.

Él frunció el ceño con ira y la apretó aún más fuerte provocando que la muchacha lanzara un alarido. Volvió a poner la mirada en el brazo de la joven y se resolvió en arrancarle el suéter; tiró de la prenda y la removió de su cuerpo.

Un puño rompió el aire y chocó contra la sien del cazador. Óscar salió disparado como una bala, cuando es golpeada por la aguja percutora de un fusil. Voló por el aire e impactó contra un árbol, este se partió en dos. Sus oídos chillaron y su visión se tornó borrosa. Trató de incorporarse pero no pudo, sus piernas no respondieron. Unas manos se empuñaron en su garganta y lo levantaron hacia el cielo, para después volverlo a estrellar contra el árbol que había caído.

La sangre emanó de su boca y sintió que sus huesos traquearon como espaguetis. Hizo un esfuerzo y trató de ver o encontrar a su agresor, pero lo que vio fue el suelo acercarse a su cabeza y chocar contra él. Nuevamente trató de ver algo coherente entre la velocidad que lo arrastraba, pero solo vio el suéter desgarrado de Katiana sobre el suelo. Palmó con sus manos el aire, mandando sus dedos abiertos como las garras de un águila, pero nuevamente no halló nada, estaba muy desorientado. Volvió a lanzar su mano y alcanzó a tocar un cuello. Se aferró a él y juntó todas sus fuerzas para apretarlo y lanzarlo a cualquier parte, a cualquier destino. Solo quería librarse de su contrincante.

Óscar sujetó a Brian, y lo catapultó a unos veinte metros abajo. Tomó aire y tosió arduamente. Pudo sentir como el aire otra vez transitaba por su garganta, provocando alivio a su cuerpo. Sabía que no podía morir, no de esa manera, era casi inmortal, pero las sensaciones que su cuerpo sentía eran desesperantes y horribles.

Brian se levantó mirando al muchacho con furia, ira y odio. Sus ojos brillaron y destellaron como los ojos de una pantera furiosa. Estaba dispuesto a hacerlo pedazos, a pasar toda la eternidad dándole golpes si fuera necesario.

El joven golin dio un salto y luego corrió hacia el cazador. Levantó su puño y disparó un puñetazo directo a la cara de su contrincante. Óscar lo interceptó con su mano, deteniéndolo antes de que chocara contra él, y luego golpeó el estómago de Brian con una veloz patada.

El joven Jackson cayó de boca contra el suelo, miró hacia unos arbustos y vio a Katiana entre ellos; ella estaba asustada, gimiendo, sufriendo por él y por ella. Los ojos de la joven se abrieron y advirtieron peligro.

―¡Brian cuidado! ―gritó la muchacha.

Brian se dio vuelta pero ya era demasiado tarde. Óscar lo atravesó por el estómago con una larga y recta vara que había encontrado. Katiana emitió otro grito y corrió hacia el muchacho.

―¡Katiana no! ―gritó él, pero ella no obedeció.

Brian se había vuelto a distraer por enfocarse en la muchacha, y su descuido le había dado tiempo a Óscar para que tomara la delantera. El cazador aprovechó el momento y recuperó su arco y sus flechas. El joven Jackson tomó la vara que se encontraba incrustada en su estómago, con la intensión de extráela, y unas delicadas manos se posaron sobre las suyas para ayudarlo: era Katiana. El volvió su cara hacia ella y contempló su rostro lleno de angustia. Una flecha traspasó la distancia y se clavó en la espalda del muchacho, haciéndolo caer de rodillas.

―¡Brian! ―volvió a gritar la muchacha.

Katiana miró entre el bosque y localizó a Óscar parado entre dos árboles, apuntando, listo para disparar. Sin dudarlo, la joven se movió unos pasos y se puso frente al golin. No permitiría que Óscar le pusiera una flecha más encima, aunque eso implicara que fuera ella quien las tuviera que recibir en su cuerpo.

Óscar se vio sorprendió. ¿En verdad estaba ella dispuesta a dar su vida por él? El cazador vaciló y bajó unos centímetros el arco. Caminó un poco hacia ella y miró con el ceño fruncido el hombro desnudo de la joven. Ella había perdido su suéter, Óscar lo había arrancado un segundo antes de que Brian lo golpeara. Ahora solo era un top lo que cubría el sostén de la muchacha.

―No veo tu marca… ―murmuró el fortachón.

―Mira esto ―dijo Brian a las espaldas de Katiana.

El fuerte brazo del muchacho sobre salió detrás de la joven y le lanzó la vara que momentos antes había estado incrustada en su cuerpo. Brian lo había sorprendido. Él había aprovechado la distracción que Katiana había creado cuando se puso delante de él y ahora era su turno de contraatacar.

Óscar se hizo a un lado y la vara solo alcanzó a rasgar su brazo. Su mano se apresuró a sujetar la herida, y bajó la guardia al hacerlo. Sin previo aviso, los puños de Brian cayeron sobre él propinándole una estampida de golpes en el rostro. Óscar cayó tumbado al suelo y Brian aún sobre él. Puños bajaban y subían, rompiendo la piel y la carne del cazador.

―¡Brian para! ―rogó Katiana, al ver que le muchacho no se detenía.

Él no hizo caso, solo quería destrozarlo; quería volverlo añicos y hacerle pagar por haberle hecho daño a la muchacha. La furia de sus puños continuó descendiendo sin piedad, a tal punto que Óscar ya no respondía, estaba demasiado aturdido y casi inconsciente.

―¡Te mataré! ―vociferó Brian, al momento que tomaba una de las flechas para clavársela en la frente.

Una mano envolvió su puño y fue su delicadeza la que hizo que se detuviera y no su fuerza.

―Brian… ya. Ya mi amor, para por favor ―musito Katiana, con su dulce voz―. Déjalo. Déjalo y vayámonos de aquí.

La furia que relampagueaba dentro de los ojos del muchacho se apagó. La serenidad de Katiana se metió bajo su piel y extinguió el fuego que había en él. Se puso de pie sobre su adversario y se hizo a un lado.

―Sí… vámonos ―dijo al tiempo que soltaba el cuerpo del cazador.

―No puedo ir por la calle así ―dijo ella, mirándose.

―Iremos a mi casa. Caminaremos entre el bosque y entraremos por la parte de atrás de la propiedad.

Katiana asintió. Ambos dieron un par de pasos para emprender el avance hacia la mansión Gautier, pero Brian se detuvo. Dio media vuelta y miró al cuerpo del fortachón tendido sobre el suelo. Caminó hacia él y le dio una patada tan fuerte que lo lanzó a varios metros hasta chocar contra unas rocas.

Katiana se quedó perpleja mirando a lo lejos al cuerpo del cazador. Miró a Brian y luego una sonrisa surgió en su rostro. Brian la miró complacido y la levantó entre sus brazos. Subió una colina y echó a correr, como si hubiera recargado sus energías, hasta llegar a la propiedad de los Jackson.

Las ropas de ambos estaban sucias y desgarradas. La piel de Brian había sido aruñada por las ramas y las espinas de las montañas. Y sobre su abdomen se veía una profunda herida causada por la vara que Óscar le había incrustado.

Al llegar a la casa caminaron por entre el pasillo y se toparon a Alex, recostado sobre la pared. Hablaba con alguien por teléfono, pero al verlos tan demacrados finalizó la llamada y guardó su celular.

―¿Pero qué…? ―dijo atónito sin completar la oración. La mirada de asombro se borró de su rostro y esta fue remplazada por una cara de malicia y picardía― ¡Katiana! ―exclamó. La joven miró a Brian sin entender su expresión y luego volvió su rostro hacia Alex― ¡Cielos! ¡Eres una salvaje! ―el ceño la joven se frunció sin entender nada―. ¡Pero mira como lo dejaste!

Katiana y Brian captaron el mensaje, y una sonrisa curveó sus labios, luego risotadas llenaron la casa.

―Tú no cambias, Alex ―dijo Brian, al dejarlo atrás en pasillo.

―¡Este soy yo! ―gritó el muchacho a sus espaldas.

Los jóvenes entraron a una habitación. Se desvistieron y se bañaron juntos. Katiana contempló las heridas de Brian, pero estas ya estaban desapareciendo. Un rato más tarde salieron de la ducha; pusieron nuevas ropas sobres sus cuerpos y descansaron sobre la cama.

―Pensé que te mataría ―dijo Katiana, recordando la batalla, luego añadió―: y pensé que también me mataría.

―No se lo hubiera perdonado ―dijo Brian, poniéndose rígido.

―¿Y si lo hubiera hecho? ¿Si no hubieras conseguido llegar a tiempo?

Brian sacudió la cabeza.

―No me permito pensar en eso. Eso nunca pasará.

Katiana vio como los músculos de Brian se contraía. Él daría su vida por ella de ser necesario, al igual que ella por él.

―¿Óscar pudo haberte matado? ―preguntó con voz tenue.

―Sí. Siempre existe una manera de morir.

El asombro se apodero del rostro de la joven.

―Creí que la única manera de matar a una gárgola o aun golin, era cuando está en su forma de piedra.

―No. También nos pueden liquidar si cortan nuestra cabeza. El cuello es nuestro punto débil.

―¡Cielos! ―exclamó horrorizada al pensar en eso. No quería imaginarse a Óscar, Eva o a cualquiera, cortando o arrancando la cabeza de Brian.

―Óscar en cierto punto es inmortal ―dijo él, mirando el fondo de la habitación, como si mirara al vacío―. Ningún humano lo puede matar.

―¿Qué cosa es él?

―Es un homingel.

―¿Un qué?

―Un homingel. Los homingeles son una raza casi divina. Físicamente semejantes a los humanos, pero inmortales. Fueron creados para ayudar al hombre después de la caída. Los hombres no estaban preparados para sufrir con su pecaminosidad y todo el mal y el trabajo que vendría sobre ellos. Así que ellos se ofrecieron para ayudarlos. Con el paso del tiempo los homingeles se contaminaron por la maldad y no se les permitió salir de la tierra. Así que se les condenó a vivir con los mismos sufrimientos que afrontaban los humanos. No morirían pero padecerían al igual que cualquier hombre o mujer.

―¿Y también tenían alas como los ángeles?

―Sí. Pero los humanos no las podían ver ni tocar. Con el pasar del tiempo los homingeles se corrompieron tanto que terminaron perdiendo sus alas. Las armas de los homingeles están hechas de un metal especial llamado Niquelio. El Niquelio es invisible e inexistente para los humanos. No lo pueden ver ni tocar.

Katiana se sentó sobre la cama y cruzó sus piernas.

―¡Claro! ¡Por eso fue que él quería matarme! ¡Óscar pensó que no soy humana! todo porque pude ver su arco y sus flechas. Yo mencioné que lo vi atacar a Eva. Debió de pensar que también soy una gárgola o un golin. Por eso buscaba una marca en mi brazo o en mi hombro.

―Correcto.

―Brian, dijiste que Óscar era inmortal desde cierto punto. ¿Qué quieres decir?

Brian se sentó sobre la cama y apoyó su espalda sobre la pared.

―Antes no existía un método para matarlos. Podías hacerles lo que quisiera pero nunca morían. Solo sufrían y luego se regeneraban. Pero como te dije, debido a la degeneración de esa raza, los arcángeles les quitaron las alas y junto con ella la inmortalidad que poseían. Desde entonces pueden morir, pero solo si los matas con un arma de Niquelio.

―Pero si los humanos no pueden ver ni tocar sus armas de Niquelio… nunca los podrán matar. Solo los seres que no sean humanos podrán ver y usar sus armas para hacerlo.

―Exacto. Si no me hubieras detenido cuando intenté clavar la flecha en la cabeza de Óscar…

―Estaría muerto ―le terminó la frase. Brian asintió. La muchacha se levantó y se sentó sobre los muslos del joven, abrazó su cintura con sus piernas y lo miró fijamente―. ¿Cuándo te diste cuenta de que eras un golin? ¿A qué edad te apareció la marca? ¿Tomaste el legado de alguien? ―una pequeña sonrisa se pintó en su boca, pero no dio respuesta―. ¡Ay! ¡No seas así! Dime ―insistió.

―La marca aparece cuando te conviertes en golin. Sientes un ardor en tu brazo o en tu hombro y ahí está ―sonrió―. Te da la bienvenida a tu nueva vida ―ella lo siguió mirando a la espera de más―. De acuerdo, de acuerdo, seguiré… ―la joven le dio beso y él le sonrió―. Gracias por las monedas, ya puedo continuar ―Katiana emitió una breve risa y siguió mirándolo sin dejar que la sonrisa se borrara de su rostro―. Si la marca te aparece a los quince, diecisiete, diecinueve años o cualquier otra edad que sea menor o igual a los veinte, dejarás de envejecer en cuanto cumplas los veintiuno. A partir de esa edad no envejecerás más ―hizo una pausa y continuó―. Pero si aparece a partir o después de los veintiuno en adelante; treinta, treintaicinco o cuarenta años… simplemente quedaras de por vida como te ves en el momento.

―Wao, todo sobre los golins me resulta muy interesante… ―se puso la mano en el mentón y dijo mirando hacia el techo―: o sea que si la marca le aparece a un viejo de ochenta años… ―una sonrisa encorvó sus labios―.¡Será viejo de por vida!

―Así es ―afirmó Brian riendo―. ¿Sabes? Ha habido casos en que la marca le ha aparecido a niños. Son muy pocos los casos pero ha pasado. Por lo menos unas dos veces en la historia.

―¿Quieres decir, qué un par de niños se convirtieron en golins y empezaron a sufrir las transformaciones en piedra?

―Correcto ―contestó y guardó silencio―. Ahora que soy un golin nunca más volveré a envejecer, a menos que entregue mi legado.

Katiana se dio cuenta de que Brian no había sido claro al decirle la edad en que había obtenido el legado. Era como si tratara de escapar del tema. La joven sentía que él no le había dicho todo. Abrió su boca para seguir indagando, pero él continuó hablando.

―Ahora quedamos pocos de nuestra especie. Con el pasar de los siglos muchos de nosotros han sido exterminados. Así que algunos se han mantenido ocultos o tratando de llevar vidas normales.

Katiana pensó en las últimas cosas que Brian le había dicho. Buscó en su mente lo que hace un momento le iba a preguntar, pero no lo recordó. Pensó un poco y se resolvió a preguntar otra cosa.

―¿Por qué puedo ver las armas de Óscar? No soy una gárgola, ni una homingel, o una vampira o una mujer lobo o cualquier otra cosa. Solo soy una humana.

Brian la rodeó con sus brazos y la apretó contra su pecho.

―Tal vez sea porque eres muy especial. No eres común, eres única y hay algo en ti que te hace diferente. Quizás más adelante lo descubramos.

Katiana sonrió y unos huequitos surgieron en sus ruborizadas mejillas. Brian se levantó y salió del lugar hacia su despacho para atender algunos asuntos.

Capítulo 16

Katiana caminaba por entre los pasillos de la mansión. Exploraba la gigantesca casa y miraba los cuadros que colgaban sobre las paredes.

Dos cuadros llamaron su atención. El primero contenía la imagen dos hombres: Sandy y Robert. Y en el otro estaba una imagen reciente de ella y Brian.

«Ay Brian. Nos me has mostrado algunas cosas ―pensó al momento que su rostro se iluminaba de simpatía al verlo a él junto a su padre―. De seguro esperabas a que yo misma me diera cuenta. Dices que tu padre tenía veintisiete años en esa época, pero la verdad se ve más joven. Pareciera que tuviera tu misma edad. Y al igual que tú, también se ve muy guapo».

Ella aún seguía reparando los cuadros, cuando Brian se acercó por el pasillo.

―Veo que los descubriste ―dijo amagando con una sonrisa.

―Sí, así es. Me veo muy linda, ¿cierto? ―volvió su rostro al cuadro en donde aparecía junto a él.

―Demasiado ―la abrazó por detrás y ella recostó su cabeza entre el pecho y el hombro del muchacho.

Varios pasos se escucharon por el pasillo, alguien se acercaba con mucha prisa. Ambos giraron sus cabezas y se toparon a Alex, quien portaba una cara de malas noticias. Una energía negativa penetró en los jóvenes y supieron que algo malo había pasado.

―¿Qué pasa Alex? ―preguntó Brian.

―Encontraron a un hombre muerto en el pueblo.

Brian y Katiana cruzaron sus miradas llenas de preocupación. Subieron a la camioneta y salieron rumbo al lugar de los hechos, mientras se preguntaban: ¿por qué las gárgolas habían vuelto a atacar si aún no era el tiempo para que se vieran obligados a hacerlo? La posibilidad de que el ataque fuera gárgola o golin era muy poco probable, pero no podían descartarlo del todo.

Pasaron por la iglesia del pueblo y a dos cuadras adelante de esta, encontraron a una multitud acumulada alrededor de un cinta amarilla que restringía el paso.

Brian parqueó la camioneta a un lado de la calle y luego salió del vehículo para ayudar a bajar Katiana, a quien aún le dolía un poco el pie.

―¡Katy! ―gritó Biky, corriendo hacia ella―. Disculpa que te allá dejado esperando en el río. Es que salí y me encontré con esto ―señaló la multitud.

Cierto. Se suponía que ella y Biky se verían en río. Habían quedado en pasear y darse un baño, pero Óscar había intervenido en sus planes. El recuerdo de tal mal momento dibujó un rostro sombrío en Katiana, pero se apresuró en borrarlo. Era algo que había decidido olvidar. Justificó a Óscar por ser un cazador de monstruos; él había pensado que ella no era humana, de lo contrario no la hubiera atacado.

A Katiana le pareció que el hecho de que Biky se hubiera entretenido con lo sucedido, le había favorecido. Si ella la hubiera dejado esperando en el río, de seguro la hubiera cuestionado por haber faltado al encuentro. Y decirle lo que había sucedido entre Brian, Óscar y ella, no estaba en sus planes.

―No, no te preocupes Biky ―dijo Katiana―, no pasa nada. Dime ¿Qué pasó aquí?

Biky volteó hacia la casa y luego regresó su rostro para decir:

―Encontraron a un cuerpo despedazado en el bosque, al pie de un barranco. Parece que resbaló y se hizo mucho daño. Luego fue devorado por las bestias. Era un muchacho. Se alojaba en la posada.

¿Un cadáver? ¿Accidente? ¿Ataque de bestias? ¡Vaya sorpresa! ¿Pero sería eso cierto? ¿Debían descartar el ataque de Eva y su colega? Tal vez sí, tal vez no. Los rostros de la pareja se llenaron de curiosidad.

―¿Qué? ¿Dice que resbaló? ―preguntó Brian, incrédulo.

―Sí, eso parece ―contestó la rubia de ojos claros―. Pero no se descarta que alguien lo haya empujado, o que sea otra cosa lo que haya pasado. Dicen que el cuerpo no estaba completo ―soltó una bocanada de aire―. El inspector y el cuerpo de investigación están tratando de averiguar qué fue lo que pasó. Por ahora no dirán nada. Tendremos que esperar.

―Sí ―musitó Katiana, pensativa y preocupada. Buscó los ojos de Brian.

―¿De quién se trata? ¿Era de aquí del pueblo? ―siguió el joven Jackson indagando.

―Según el registro de la posada, se llama Mateo. Mateo P. es lo único que hay ―hizo una pausa, volvió su rostro hacia la posada y luego regresó para continuar. Los rostros de la pareja la miraban con atención y analizaban cada palabra que salía de su boca―. Isabel, la dueña de la posada, dijo que al muchacho le faltaba el dedo anular, y que tenía como dieciocho o diecinueve años. El cuerpo de investigación de la policía confirmó que hubo ataque animal. Tal vez sean perros salvajes o alguna otra fiera que ha arribado a los alrededores del pueblo, por eso Lucas ha prohibido adentrase en las montañas si no es acompañado y con el equipo necesario; eso hasta que se confirme que ya no hay peligro. Puede que las bestias sean las culpables. En fin.

―¿No encontraron la identificación de ese tal Mateo?

―No. Solo saben que se llama así porque puso su firma en el registro. La señora Isabel no es muy exigente al momento de tener huéspedes.

―¿Cómo supiste todo eso? ―preguntó Brian, negándose a creer la historia.

―Una parte se la dijeron al público para que estuviéramos informados y otras las escuche cuando Lucas hablaba con un policía.

―¿Y dónde está Lucas?

―Ya se marchó.

Tal parecía que las gárgolas no habían atacado. Lo que atacó al sujeto, o la caída del barranco, despedazó su cuerpo, dejando que la sangre se derramase; eso descartaba cualquier ataque de la pareja de asesinos.

―Pobre muchacho… ―se lamentó Biky, entristecida―. Debió de ser un turista que solo vino a buscar un poco de aventura y descanso.

El joven Jackson no se veía muy convencido. Katiana tampoco. Estaban casi seguros de que algo no estaba bien. Tendría que investigar por cuenta propia. En ese momento una motocicleta se detuvo a varios metros de ellos: era Óscar. Bajó de la máquina y caminó hacia el grupo de jóvenes. Se veía un poco avergonzado. Ya no era el mismo demente que hace unas horas había intentado matar a la joven Rodríguez.

Brian al verlo apretó los puños y se encaminó hacia él, estaba dispuesto a darle otra paliza. Katiana lo sujetó del brazo y no se lo permitió. No quería otra pelea y muchos menos en ese lugar.

―Katy ―dijo Óscar. Se veía limpio y sin rasguños, como si nada le hubiera pasado.

―¿Cómo te atreves a venir hasta aquí y darnos la cara como si nada? ―inquirió Brian enojado.

―¡Eh…! ¡Chicos! ¿Qué pasa? ―preguntó Biky, alarmada.

―Eh… nada, nada―contestó Katiana, nerviosa―. Solo que… solo que Óscar me dejó caer de la motocicleta ―fue lo primero que se le ocurrió decir. Óscar frunció el ceño, luego disimuló y siguió la corriente―. Le dije que no fuera tan rápido, pero no me hizo caso y caí. Me torcí el tobillo.

―Katy ―volvió a decir el fortachón―. Vengo a pedirte disculpas ―bajó la cabeza―. Hubo un mal entendido… yo creí que tú…

―Óscar ―interrumpió―, Brian es mi novio y solo lo quiero a él. Tendrás que buscarte a otra chica. ¡Mira! ¡Conquista a Biky, ella se muere por ti!

―¡Que! ―exclamó Biky, como si hubieran revelado su secreto más grande.

El fortachón se quedó mirando a la rubia con los ojos entrecerrados. Luego dio vuelta y caminó.

―Okey, ya me tengo que ir ―dijo.

Subió a su moto y se marchó. Biky estaba sonrojada y la pareja de novios se veían muy pensativos.

―Katy, tenemos que hablar un minuto ―dijo Brian caminando hacia la Toyota.

―Sí ―afirmó la muchacha, mientras lo seguía―. Biky, te veo luego ―Se despidió.

―Okey ―dijo la rubia volviéndose a la posada, donde ya eran pocos los curiosos que se hallaban.

Katiana y Brian se recostaron contra la camioneta; se miraron pensativos, analizando toda la información. Por varios segundos ninguno de los dos dijo una palabra.

―¿Crees que haya caído del barranco y luego las bestias lo hayan devorado? O… ¿Qué alguna bestia haya sido la causante de su muerte? ―preguntó la joven rompiendo el silencio.

―La verdad… ―Brian hizo una pausa, estaba dudoso―. No lo sé. Si el cuerpo es despedazado, la sangre se derramará. Además, según nuestros cálculos, aun no es tiempo para que la gárgola y su amigo busquen sangre. Parece que no fuero ellos.

Katiana dio un par de giros de manera lenta. Alzó la vista al cielo y medito un poco.

―Okey. Pero digamos que si fueron ellos ―supuso Katiana―. No quiero descartar nada todavía.

―De ser así, solo lo mataron por diversión ―dedujo el muchacho―. Como dije, aun no tienen la necesidad de beber sangre. El ataque por muy pronto, debía ser mañana por la noche. Según nuestros cálculos el efecto desaparecerá de dos a tres a días. Pero nada tiene sentido, la víctima fue desangrada. El forense dice que hubo ataque animal, pero cualquier animal pudo encontrar el cuerpo inerte y comerlo y llevarse el resto para después.

La chica dejó que su espalda se apoyara sobre la camioneta y un resoplido salió de su boca.

―Pero aunque la víctima haya sido desangrada sin intensión de obtener su sangre, pudieron beber un poco de ella; por lo menos un litro o dos.

―Eso es muy posible ―dijo Brian, asintiendo. Luego se quedó en silencio, analizando como por ocho segundos; estaba a punto de descubrir algo, algo que no habían tomado en cuenta― ¡Cielos! ―exclamó el muchacho.

―¿Qué? ―preguntó Katiana inquieta, luego de dar un pequeño salto por la reacción del muchacho―. ¿Qué descubriste?

―Eva y su compañero aún no tienen la necesidad de beber sangre…

―¿Sí?

―Todo este tiempo hemos especulado que son dos gárgolas o que quizás es una gárgola y un golin ―la joven asintió deduciendo a donde iba. Él prosiguió―: Tal vez… tal vez no son dos sujetos…

―¡Son tres! ―completó ella.

―Y de verdad espero que el tercero y el segundo no sean gárgolas, al igual que Eva.

Una expresión de sorpresa cubrió el rostro de Katiana. Había recordado algo. Levantó su mano a la altura de su cuello y chisteó sus dedos, para luego decir:

―¡Tengo al sospechoso! ¡No hay duda! ¡Es él! ―Brian aguardó ansioso a que la joven revelara de quien se trataba―. Es Milar, el amigo de Estefany. Nunca lo había visto hasta que apareció en la fiesta de Elena. Tiene una mirada malvada; es trigueño y levanta su cabello en forma de púas ―hizo una pausa y luego exclamó―: ¡rayos! ¿Cómo no pude darme cuenta? Ayer por la noche apareció en uno de los kioscos del parque. Yo esperaba a mi madre y él comenzó a coquetearme y a decirme cosas desagradables. Me enojé con él y le dije que se largara. Él se marchó pero no sin antes decirme que esa noche no saliera, no después de las 10:00 pm. Él ya lo tenía planeado.

―¿Dijiste que se llama Milar? ―preguntó Brian, aun procesando la información.

―Sí. Siempre que me lo he topado es de noche, pero durante el día nunca lo he visto. ¿Tú lo conoces?

―No ―contestó. Guardó silencio por un momento y volvió a hablar―: Muy bien, quédate aquí ―subió a la camioneta―. Ve con Biky. Yo iré a buscar más información. Necesito saber cuál es su paradero. Buscaré al inspector.

―No Brian ―meneó la cabeza―. Yo voy contigo.

―No es necesario, Katy. Iré solo. Te llamaré o te buscaré en cuanto sepa algo.

Katiana intentó protestar, pero Brian arrancó. La muchacha hizo un gesto de disgusto y se encaminó hacia la posada.

Ya había caminado varios metros cuando vio a Biky acercarse junto a una figura muy familiar: era un amigo suyo.

―¡José! ―exclamó sorprendida.

―Hola Katy. ¿Cómo te ha ido? ―le dio un beso en la mejilla.

―Bien gracias, ¿dónde has estado? Hace días que no te veíamos… más o menos desde que pasó lo de… ―cortó la oración y bajó la mirada, entristecida por la pérdida del muchacho.

―No te preocupes Katy. Estoy bien―sonrió.

―José, yo… lamento lo de tu padre.

El joven asintió y ella le dio un abrazo.

―¿Dónde te habías metido, muchacho? ―le preguntó Biky.

―Solo estuve unos días en Santa Marta, pensando y reflexionando un poco. Necesitaba estar solo ―ensanchó los labios―, pero aquí estoy otra vez. ¿Ahora qué les parece si vamos a comer un helado y conversamos mejor?

―¡Sí! ―gritó Biky―. ¡Qué falta me hacías!

Los tres jóvenes rieron.

Había pasado una hora desde que Brian se había ido. Hasta el momento no había llamado ni se había hecho presente. Mientras tanto el trio de amigos se encontraba sentado en la heladería. Habían conversado un buen rato, y ahora tan solo se dedicaban a ver una película de terror.

―¿Son ciertos los rumores? ―preguntó José, mirando a Katiana.

―¿Qué rumores? ―preguntó ella, al desviar su mirada del televisor para ver al muchacho.

―¿Qué tienes… novio? ―preguntó, incomodo.

―¡Ah! ¡Sí! Así es. Brian Jackson ―contestó sonriente. Volvió a mirar la televisión.

―Que afortunado ―guardó silencio por un par de segundos―: entonces Merson quedó en la historia.

―¿Merson? él ni siquiera fue historia para mí ―dio una exhalación―. Yo era una tonta, no sé cómo me sentí atraída hacia él.

―¡Rayos! ―exclamó Biky, dándole un golpe a la mesa. José y Katiana saltaron de sus puestos, pero más grande fue el susto de Katiana quien era la única que estaba concentrada en la película de terror―. ¡Olvidé que tengo que ir a la ciudad con mamá!

―¡Estúpida! ¡Casi me matas de un susto! ―exclamó Katiana enfadada. Se levantó de la silla y se dirigió hacia el baño.

―¡Oye! ¿Adónde vas? ¿No vienes conmigo? ―le preguntó. Katiana batió su cabeza en señal de “No” y desapareció tras la puerta del baño de mujeres ―Muy bien… ―miró a José―, entonces me voy. Te cuidas, por favor.

José sacudió sus dedos en señal de adiós y recostó sus puños sobre la mesa. Un minuto después Katiana salió del baño y volvió a sentarse junto a él después de brindarle una sonrisa con amabilidad. Ella y José habían sido muy buenos amigos desde pequeños. Él se sentía muy atraído por ella, pero ella siempre lo consideró como su amigo de infancia. Después de los trece años la amistad cambió y se alejaron un poco.

―Me alegra de que lo tuyo con Merson nunca resultara ―dijo el joven tratando de ocultar la sonrisa causada por la noticia.

―Yo me alegro mucho más ―dejó salir una risita.

―Sí, Merson es un idiota. No te merece.

Unos brazos morenos envolvieron el cuello de José y lo arrastraron por el suelo. Merson lo había sorprendido y ahora le haría pagar por hablar mal de su persona

―¿Quién es un idiota? ―preguntó el muchacho, mientras lo sujetaba por el cuello.

―¡Merson no! ―gritó Katiana, angustiada.

Dos colegas del joven Beltrán sujetaron a José por los brazos, mientras el joven fortachón le daba golpes en el estómago.

―¡Merson para! ―volvió a gritar la muchacha, esta vez con ira― ¡Para por favor! ¡Que alguien haga algo! ―gritó.

Un tipo alto y musculoso salió del interior del local y sujetó el brazo del joven Beltrán.

―Hola Merson ―dijo el tipo, con voz gruesa. Merson intentó librarse del brazo del sujeto pero no pudo. Era demasiado fuerte―. Largo de aquí muchacho. No querrás que tu padre el inspector se entere de esto, ¿verdad? ―enarcó una ceja.

Merson tomó una bocanada de aire y procedió a expulsarlo; sacudió su brazo para liberarse del sujeto y luego tomó un poco de distancia.

―¡Larguémonos de aquí! ―vociferó enfurecido.

El joven Beltrán salió de la heladería, y sus secuaces lo siguieron. Volteó hacia la pared de vidrio y le lanzó un beso a la muchacha. Ella lo ignoró dándole la espalda.

―José, ¿Estas bien? ―preguntó Katiana, mientras lo ayudaba a levantar.

―Sí, sí. Estoy bien. Solo me duele todo el cuerpo―dijo tratando de ser gracioso.

Katiana rió.

―Por cierto José ―dijo ella―, tienes mucha razón sobre Merson… es un idiota.

El joven se mostró sonriente y luego sobó su brazo, acomodó la silla donde había estado sentado y volvió a reposar sobre ella. Él teléfono de Katiana comenzó a timbrar y ella se apresuró en sacarlo de su bolsillo.

―¡Hola mamá! ―contestó― ¿Qué? ¿Qué dices? Okey… okey. Bien… que les vaya de maravilla… ¿y qué hay de Andrés? ¿Estará en casa de su abuela? Ah, bien… listo. Adiós ―colgó la llamada y enfocó a José―. Parece que tendré que pasar la noche en casa de Biky. Mis padres irán a la ciudad.

―Déjame adivinar ―dijo él―: noche romántica, sin hijos, sin estrés, un hotel frente a la playa o en un sitio bonito.

―¡Wao! ¡Adivinaste! ―guiñó un ojo.

―Pero… Biky también se ha ido a la ciudad con su madre. No sabes a qué hora va a regresar o si se quedará.

―¡Ay no! ―exclamó, desilusionada―. Tendré que esperar a que regrese. Ojala que no se quede en Santa Marta. No quiero quedarme sola en casa, no después de lo que ha pasado.

―¡Katy!―exclamó sonriente―. ¿Qué te parece si hoy hacemos algo?

―¿Algo? Mmmm… no lo sé, ¿tú qué propones? ―preguntó.

―Bien. Podemos pasarla juntos esta noche: tú, Samuel, Biky, yo… y cualquier otra persona a la que inviten ―hizo una pausa y bajó las cejas―. Estos días han sido devastadores. Quisiera cambiar un poco el ambiente. Podríamos hacer algo de comer y ver una película.

Katiana no estaba segura de aceptar o rechazar la idea. Lo que si sabía era que el muchacho estaba pasando por una situación difícil y que sería bueno distraerlo un rato. Pensó por unos segundos más y aceptó con la condición de que harían la reunión si Biky volvía antes de las 10:00 p.m.

Capítulo 17

Eran las siete de la noche y Katiana acababa de llegar a la mansión Gautier. Brian la había llamado unas horas antes para que se dirigiera a ese lugar y había enviado a uno de sus empleados para recogerla.

Katiana entró a la casa. La servidumbre ya se había retirado y Alex no se encontraba. Brian entró a la sala y recibió a la muchacha. Él no se veía muy contento. Al parecer no fue muy bien en su búsqueda de información o tal vez los resultados eran noticias demasiado malas.

―¿Averiguaste algo sobre Milar? ―preguntó Katiana, con un tono de preocupación.

―Sí. Hablé con el inspector ―contestó―. Me dijo que Estefany lo conoció en la ciudad y lo invitó a la fiesta de Elena.

―¿Solo eso? ―preguntó impaciente.

―No. Lucas me dijo que después de ese evento no lo han vuelto a ver por el pueblo. De seguro que se esconde en las montañas. Lucas ya lo tiene como sospechoso en el caso del asesinato del padre de José y como una persona no grata para el pueblo. Cuando lo vuelvan a ver lo detendrán para hacerle algunas preguntas. También me confirmó todo lo que Biky nos contó.

―La primera vez que vi a Milar ―dijo la muchacha sentándose sobre una silla―, su mirada era terrorífica. Yo le di una cachetada por hacerme un comentario atrevido y pude ver como sus ojos destellaron como los ojos de un animal en la oscuridad. Eso pasó en un instante pero lo alcancé a notar. Pensé que había sido mi imaginación.

―Veo que te guardas muchas cosas ―Brian arqueó una ceja―. Lo de Óscar, lo de ayer en el kiosco, ahora esto…

―Discúlpame Brian, olvidé decírtelo ―dijo apenada.

Brian no se vio muy contento. Se dejó caer sobre el sofá y guardó silencio. El ambiente se hizo pesado y la mirada de Katiana estaba perdida en la vergüenza. Se sentía fatal. Brian se había disgustado porque desde el principio ella había olvidado contarle ciertas cosas, que si él las hubiera sabido antes de seguro que la situación sería otra.

―Hay algo extraño ―dijo el joven rompiendo el silencio. Katiana sintió un poco de alivio al escuchar su voz. Él ya no se escuchaba molesto―. La señora de la posada dijo que desde que Mateo llegó, dejó sus cosas y se fue a las montañas. ¿Qué estaría haciendo un simple turista, tan tarde de la noche en el bosque, solo y sin conocerlo?

―No tengo idea. Yo sigo pensando que Milar está detrás de todo esto.

―Sí, él debe de trabajar con Eva y con el otro sujeto. Estoy seguro de que Milar realiza la inteligencia: él se encarga de interactuar con las personas y conseguir la información; explora las calles libremente y ellos hacen el trabajo sucio.

―¡Rayos! ―exclamó Katiana enojada―. ¡Milar es demasiado listo!

Un fuerte alarido se escuchó resonar desde el exterior de la casa. Era un grito horrible. Al oírlo, la pareja se alarmó y salieron disparados a la calle. Por segunda vez el alarido se volvió a escuchar pero esta vez con más fuerza; provenía de las montañas, al parecer de un hombre con una garganta excepcional como para que su voz resonara con gran ímpetu. Era un rugido cargado de furia, un lamento desesperado y un grito de venganza.

Los jóvenes alzaron la vista y vieron en la cima de una montaña a la figura de un sujeto. Katiana miró a Brian y notó que él estaba tenso. Algo malo iba a pasar.

―Es Henry ―murmuró el muchacho―. Debes irte de aquí.

―¿Qué dice?

―¡Que te marches! ¡Rápido!

―¡Claro que no mi iré! ―se negó a obedecer―.¡No te dejare aquí, Brian!

Él sujeto que estaba sobre la montaña dio un enorme salto y cayó como a unos veinte metros de su posición. Volvió a dar otro salto y después de caer comenzó a correr cerro abajo, directo hacia ellos.

―¡Que te vayas ahora! ―insistió el muchacho con un tono más fuerte.

Katiana retrocedió un par de pasos, pero se detuvo. Se puso firme y ni siquiera espabiló.

―¡No Brian! ¡No te dejaré solo! ―replicó―. ¡No te voy abandonar!

El gritó de Henry se volvió a escuchar, pero esta vez se percibió más cerca. A su paso los pájaros salieron disparados hacia el cielo y las ramas, árboles, arbustos y todo lo que se encontró en su camino fue destruido por su veloz y feroz marcha.

Brian sujetó a Katiana por la cintura y corrió con ella hacia el parqueadero de la propiedad. Abrió la puerta de la camioneta y la empujó dentro de esta.

―Enciéndela―le ordenó―. ¡Vamos! ¡Ya!

―¡Que no me iré, Brian! ―volvió a negarse.

―¡Katy! ¡Él es el hermano mayor de Eva! ¡Es el primogénito de Sadrac! ¿Qué esperas? ¡Sal de aquí y busca a Alex! ¡Dejó su teléfono en la mesa y no tengo idea de donde pueda estar! ¡Tal vez está en el pueblo! ¡Ve y encuéntralo antes de que estemos muertos!

Las últimas palabras de Brian resonaron en la cabeza de la muchacha. ¿En verdad ese sujeto era tan fuerte como para matarlo? Tenía que serlo, era una gárgola no un golin; una criatura asesina que llevaba milenios alimentándose con sangre humana y haciéndose fuerte.

El miedo invadió el cuerpo de Katiana. Ahora si estaba dispuesta a obedecer. Miró tras las espaldas de Brian y vio como la lluvia comenzaba a caer. Encendió la camioneta y salió a toda marcha por entre la puerta de la mansión. Alzó la vista y vio Henry venir a toda velocidad hacia ella.

El sujeto dio un tremendo salto con la intensión de caer sobre la camioneta y aplastarla, pero Brian lo interceptó en el aire: chocó contra él y lo derribó a tierra. Katiana alcanzó a huir.

La gárgola se levantó y miró con ira al joven Jackson, quien se puso en guardia a pocos metros de él. La lluvia se hizo más fuerte y el agua que caía, se deslizaba por sus cuerpos llevándose el lodo que se había adherido a ellos.

―Tú… ―dijo Henry enfurecido―. ¡Fuiste tú! ―gritó, mientras corría hacia al muchacho.

Brian lanzó un puñetazo hacia la cara de su rival pero este se agachó y lo derrumbó contra el suelo. El joven trató de levantarse, pero la fuerza que Henry aplicó sobre él no se lo permitió. Levantó su puño y lo estrelló contra las costillas del sujeto. Henry rugió y envolvió al golin por la cintura, lo alzó a la altura de sus hombros y lo dejó caer contra el suelo. Brian se retorció lleno dolor, tenía que alejarse de la gárgola, replegarse, y contraatacar.

Él golin hizo un rollo a su izquierda y se volvió a poner en pie. No podía perder, debía luchar por seguir al lado de Katiana. Ese era su propósito en la vida: vivir para amarla y protegerla. No se daría por vencido.

Henry volvió a atacar a su contrincante; esta vez disparándole un puñetazo, Brian lo esquivó y de inmediato contraatacó golpeando a la gárgola con su puño, catapultándolo por el aire hasta chocar contra el portón de la entrada. Sin perder tiempo, el sujeto se incorporó, volvió a levantarse y en un instante estaba frente al joven Jackson; levantó su rodilla y lo golpeó en las costillas; extendió su brazo y lo retrajo para después investir a golpes al rostro del muchacho, mientras que con la otra mano lo sujetaba de la nuca. Ya por último, para terminar su ataque, Henry abrió sus alas y las uso para golpear al cuerpo de Brian, provocándole diversas aberturas y cortadas en diversas partes de su anatomía.

El joven Jackson, malherido y aturdido, dio un salto para escapar de su poderoso rival. Cayó sobre el techo de la mansión, puso sus manos sobres las heridas y contempló la situación. La batalla sería dura.

―Katy, más vale que no tardes ―susurró.

Henry guardó sus alas y caminó hacia él.

―Okey, que la batalla sea pareja ―una sonrisa se esbozó en su rostro.

Katiana conducía a toda velocidad, por el pueblo sin saber a dónde ir. No tenía idea de donde podría estar Alex, pero estaba dispuesta a recorrer todas las calles de ser necesario. Debía encontrarlo. Solo él podría ayudar a Brian.

Condujo sin dejar de pitar entre las calles. Hacía sonar la bocina y conducía, provocando que algunas personas se asomaran por las ventanas para ver qué pasaba o a que se debía tanto alboroto.

«¿Si yo fuera Alex en donde estaría? ―se preguntó― lo más probable sería enamorando a una chica. Tal vez está en el parque»

Le dio un giro a la camioneta y aceleró hasta llegar al lugar, pero allí no estaba. Su celular comenzó a timbrar, era José quien la llamaba.

«Lo siento José, no será hoy» rechazó la llamada y continuó en su misión.

Siguió conduciendo, tomó la calle alterna del pueblo y pudo divisar a un grupo de personas que venían del camino que pasa por el cementerio.

―Pero, ¿Qué hacen esas personas a estas horas en el cementerio? ―pensó en voz alta. Se le hizo muy extraño: era más de las 08:17 p.m. y llovía sin parar.

La curiosidad la condujo a tomar esa calle. Contempló la posibilidad de que tal vez Alex estaría allí. Detuvo el vehículo casi a la puerta del cementerio y se dio cuenta de que las personas no habían salido de ese lugar, sino de los corrales que estaban frente a él.

Salió de la camioneta a toda prisa, creyendo que caminaba pero en realidad corría. Saltó algunos charcos y vio al inspector junto a dos policías de pie, al lado de una pileta para el ganado. Se les acercó deprisa y el inspector Lucas Beltrán salió a su encuentro.

―¡Katiana tienes que irte de aquí! ―dijo casi gritando, debido a que la lluvia mitigaba su voz―. ¡Está lloviendo demasiado fuerte! ¡Vete, es peligroso! ¡Pronto los riachuelos van a crecer y tal vez caigan algunos árboles en los caminos, está haciendo demasiado viento!

Katiana no dijo nada, solo guardó silencio. Miró sobre el hombro del inspector y vio a una mujer muerta dentro de la pileta. Su cuerpo estaba sumergido dentro del agua, pero su cabeza y sus brazos estaban a fuera. Su piel era blanca y su cabello largo y negro. Se parecía un poco a ella.

―Inspector ―dijo tiritando de frio―. ¿Quién? ¿Quién es? ―preguntó.

El inspector giró su cabeza hacia el cuerpo inerte de la mujer y cruzó los brazos para sujetarse los codos.

―Es la gitana. Alguien la asesinó.

¿Qué? ¿Eva estaba muerta? ¿Era enserio? ¿Pero cómo? Ella era una de las cuatro gárgolas padres. De seguro que era fuerte. Se necesitaría un buen contrincante para eliminarla.

Katiana sacudió su cabeza y retrocedió; luego se detuvo y se acercó deprisa hacia ella, tenía que confirmarlo. La observó por varios segundos y lo ratificó. No había duda, era Eva. La mirada de Katiana la volvió a escanear por completo y sus ojos se posaron sobre los brazos desnudos de la mujer. ¡No estaba la marca del legado!

La muchacha meneó la cabeza sin entender lo que pasaba. Trató de pensar un momento, pero se decidió a no hacerlo. Debía irse y volver a la mansión Gautier. Dio vuelta y corrió hacia la camioneta, pero entonces alguien apareció en su camino: era Óscar.

―¿Tú la mataste? ―le preguntó de inmediato.

―No, yo no lo hice ―contestó meneando la cabeza.

Por un momento la joven, había pensado que Óscar lo había hecho. Ese era su trabajo, ¿Quién más lo había podido hacer? Pero él no estaba mintiendo. No mentiría sobre eso, de eso estaba segura.

―¿Qué está pasando? ―preguntó confundida. Todo su cuerpo temblaba por el frio.

Una idea pasó por la mente de la muchacha. Sus ojos se abrieron de par en par y comprendió la razón por la cual Henry los había atacado sin motivo alguno: habían asesinado a su hermana. Su furia se había despertado y la estaba vaciando contra ellos. Él creía que Brian y Alex lo habían hecho.

Katiana hizo a un lado a Óscar y siguió corriendo hacia la camioneta.

―¡Katiana! ―gritó Óscar. Ella se detuvo y volteó hacia él―. ¿Adónde vas?

Katiana guardó silencio. Quería pedirle ayuda. Ella no había dado con el paradero de Alex y ahora Óscar era el único que podría ayudar a Brian. Pero la joven no estaba segura de pedirle tal cosa. No podía confiar en él. No después de que él trató de matarla. Temía que Óscar aprovechara la ocasión para atacar a Brian y destruirlo. Lo más seguro era que Brian estaría herido y cansado. No tendría fuerzas para pelear. Sería una presa fácil.

―¿Adónde se fue la marca de Eva? ¿Adónde se fue su legado? ―preguntó la muchacha, ignorando la pregunta que le había formulado.

―Alguien lo tomó ―contestó el cazador.

Esa era la razón por la cual Eva no tenía la marca de su legado. Alguien lo había tomado. Tal vez Eva lo entregó a alguien que decidió aceptarlo. Pero ¿por qué la mataría? ¿Por qué asesinarla después de entregarle tal poder? La muchacha descartó esa posibilidad; era una estupidez pensar que ella entregaría su legado. Tal vez alguien la había obligado a hacerlo, y luego procedió a matarla. ¿Pero acaso no era suficiente con tener su poder?

Las ideas y deducciones siguieron volando en la mente de la muchacha. Entonces comprendió lo que había pasado: alguien tomó el legado de la gárgola y luego la asesinó para que la culpa callera sobre ellos. Alguien más estaba moviendo sus fichas sobre el tablero de ajedrez. No era un partido de dos bandos… era uno de tres.

―¡Milar! ―exclamó de repente.

―¿Qué? ―preguntó Óscar―. ¿Milar?

―Milar lo hizo. Milar lo hizo y aquel sujeto… ―buscó el nombre en su memoria―. ¡Henry! Henry piensa que fuimos nosotros.

Óscar analizó la información. Fue poca pero entendió todo. No tenía claro quién era ese tal Milar, pero sabía que era una gárgola o un golin.

―¿Existe una forma de robarle el legado a una gárgola? ―preguntó Katiana llena de ansiedad

Óscar se acercó a la muchacha. Parpadeó un poco y trató de pensar. Pareció como si buscara entre los millones de archivos almacenados por milenios en su cabeza, alguna información bloqueada. Volvió la mirada a Katiana y entonces dijo:

―Hay una ―la joven se acercó aún más a él. El desespero era eminente en ella―. El primer hombre gárgola, entregó cuatro collares a sus cuatro hijos para poder transmitirles su legado. Al parecer esos collares sean extraviados con el pasar de los siglos, pero si alguien posé uno de estos, puede tomar el legado de cualquiera, así como también puede entregarlo, lo consienta o no, el otro sujeto. Solo basta con desear la acción y tocar a la víctima.

No había más dudas para la muchacha. Todo estaba claro.

―Alguien usó uno de esos collares para robar el legado de Eva… Milar lo hizo ―dio media vuelta y se marchó en la camioneta, mientras que Óscar permaneció de pie bajo la lluvia.

Capítulo 18

Katiana Rodríguez se desplazaba dentro de la camioneta en dirección a la quinta Gautier. Ella no había podido localizar a Alex. Óscar la había alcanzado y se había ofrecido para ayudar a Brian, pero ella no había aceptado. Él era un homingel cazador. Estaba acostumbrado a matar sin compasión. Ella misma había sido testigo y víctima. A él no le había importado el hecho de que ella fuera su amiga, aun así había intentado matarla. Y ella no arriesgaría la vida de Brian.

El camino estaba desquebrajado, lleno de huecos, charcos, riachuelos y quebradas desbordadas. Mas nada de eso detuvo a la muchacha. Solo quería llegar a la mansión Gautier. Quería llegar y ver a Brian de pie sobre su oponente. Quería verlo vencedor, cansado pero sonriente.

Los destellos de los rayos irrumpían el negro paisaje. La lluvia ya no era tan fuerte y el viento se había ido. Katiana salió del camino y entró a la propiedad de los Jackson. El portón de la entrada yacía derribado. Habían arboles partidos y un par de postes en el suelo. No se veían luces, todo estaba en penumbras y tampoco se avistaba ninguna batalla.

La joven detuvo el auto frente a la casa y corrió hacia el interior de la mansión. La puerta estaba abierta y frente a esta había un rastro de sangre que se adentraba por el pasillo. Un escalofrió recorrió su espalda. Su piel se puso de gallina y sintió un hormigueó que bajaba por su nuca. Recorrió el lugar, pero no encontró ningún daño, ni siquiera un rasguño. Lo único que modificaba a la casa era la sangre sobre el piso.

Katiana siguió caminando por el oscuro pasillo a medida que el miedo en ella se hacía inmenso y los malos presentimientos surgían.

«Es mi culpa ―se dijo horrorizada―. No pude encontrar Alex. Es mi culpa, es mi culpa».

Todo estaba en completo silencio, tanto que parecía que no había nadie en el lugar. Caminó hacia la parte de atrás y vio pequeños destellos de los relámpagos que se colaban por una puerta que estaba entre abierta. Caminó deprisa sin vacilar hacia ella y entonces vio algo que se movió en el patio. Salió de la casa y los relámpagos descubrieron a un muchacho alto, de piel trigueña; su cabello era negro y estaba mojado; sus ropas estaban desgarradas y echas trisas.

El muchacho caminó hacia el árbol más grande que se alzaba sobre el patio. Levantó una varilla y la enterró sobre el pecho de Brian quien estaba sujetado al árbol por alambres, clavos y varillas. Su cuerpo estaba lacerado y tembloroso; su piel llena de sangre y moretones, y su respiración y pulso eran muy débil.

―¡Brian, no! ―gritó Katiana, corriendo hacia él.

Henry volteó su rostro hacia ella y al verla sus labios tiraron hacia atrás mostrando una larga sonrisa. La joven pasó por el lado de la malvada figura sin prestarle la más mínima atención. Él ya no le infundía miedo. No había lugar en su cuerpo para sentir miedo; no con Brian en ese estado.

Katiana se aferró a aquellos yerros que atravesaban al muchacho. Intentó quitarlos, pero sus manos sangraron en cada intento. El dolor que sintió fue inmenso pero no le importó. Solo quería liberar a Brian. Debía ayudarlo.

―¿Te gusta como se ve? ―preguntó Henry con una voz venenosa.

Katiana apretó sus puños sobre los alambres, provocando que sus manos se hirieran aún más. Su espalda se puso rígida y volteó a mirar al sujeto con una mirada cargada de odio. Al instante escamas de piedra se movieron y cubrieron el cuerpo de Henry desde su cabeza y hasta sus pies, luego cayeron al suelo dejando al muchacho convertido en Brian, pero se veía muy alto. Luego soltó una risotada.

―¡Eres un monstruo! ―gritó enfada, sin mostrar asombró ante el acontecimiento.

―¿Y qué es él? ―se le acercó―. ¿Acaso es un ángel? ¡No! ¡También es un monstruo igual a mí! ¡Un ser destinado a vivir en las sombras!

Katiana no hizo caso a las palabras del sujeto. Giró hacia Brian y continuó tratando de quitar los yerros incrustados en el cuerpo del muchacho.

―Debo salvarte… ―musitó.

Henry dejó salir una carcajada macabra y volvió a retomar su forma física.

―¡Que estúpida eres! ―gritó―. Ya déjalo. Terminaré con su sufrimiento.

―¡Aléjate! ¡No te acerques! ―dijo la muchacha con voz firme.

Henry volvió a reír a carcajadas. Dio dos pasos al frente y su sonrisa fue remplazada por un rostro sombrío.

―Ahora ya sabes lo que se siente. Ya sabes lo que es sufrir. Espero que lo disfrutes.

―¡Brian no lo hizo! ―gritó volviéndose hacia Henry―. ¡Tampoco Alex! ¡Fue Milar! ¡Milar mató a Eva!

―¿Milar? ―preguntó frunciendo el ceño―. ¿Cuál Milar? No conozco a ningún Milar.

La joven se quedó en silencio. Henry no podía estar hablando enserio: Milar había matado a su hermana; ella lo sabía, pero él no lo conocía, ni siquiera por el hecho de ser un golin. Era increíble, todo ese tiempo habían creído que Milar era su colega.

―¡Basta de decir estupideces! ―gritó Henry airado―. ¡No me vengas con mentiras! Lo mataré por lo que hizo y luego te mataré a ti si no me entregas la copa.

La copa. Cierto. Ya la había olvidado. Entonces no había duda. Él si era el sujeto que la había perseguido aquella tarde lluviosa.

―No sé nada de la copa ―murmuró, dio media vuelta y persistió en quitar los alambres del cuerpo del joven Jackson.

Siguió intentando pero no pudo. Un nudo se hizo en su garganta y lágrimas calientes bajaron por sus mejillas. Sus labios estaban temblando y sus dientes tiritaban del frio. Puso su mirada en sus manos y contempló las punzadas y cortadas que surcaban su delicada piel.

Se escucharon un par de pasos acercarse a sus espaldas y volvió a girar para gritar:

―¡Que no sé nada de esa copa! ―su voz se quebró―. ¡No me interesa tu maldita copa! ―se atragantó―. Vi… vi la copa y la tomé en mis manos, pero cuando huimos la dejé caer… no sé en dónde. Óscar fue con Biky a buscarla pero solo hallaron su silueta sobre el barro… y junto a ella, huellas de botas. Eso es todo lo que sé.

―Dime. ¿Sabes quién soy? ―preguntó sosteniendo la falcata por ambos extremos.

―No me interesa ―murmuró con frialdad.

―¿Te crees muy valiente? ¿Verdad? Yo soy Henry, el hijo del capitán Sadrac. El hermano mayor de las cuatro gárgolas padres. ¡Yo soy una leyenda!

Katiana no prestó atención a las palabras de Henry. Ella ya lo sabía. De un momento a otro lo miró detenidamente y el júbilo irradió en ella. Sus ojos se desviaron hacía la espalda de la gárgola, y una sonrisa curveó sus labios.

―¿Qué es lo gracioso? ―preguntó el sujeto, enfadado.

―Sonríe… ―murmuró.

Una flecha traspasó la espalda de Henry, haciéndolo doblegar; luego otra perforó su costado, dejándolo más abrumado. Miró a todos lados y vio a Óscar corriendo por el techo de la casa, al tiempo que disparaba sus flechas contra él.

La gárgola expidió un alarido y corrió hacia su atacante. Una flecha traspasó su pie y él cayó sobre el piso. Óscar desenfundo una daga, la empuñó en su mano, dio un salto y cayó sobre Henry; levantó su puño y lo dejó caer sobre la espalda del sujeto. La corta, pero mortal lámina de acero de Niquelio, traspasó la carne de la gárgola y este volvió a lanzar un alarido lleno de dolor.

Henry sacudió su cuerpo, abrió sus dos alas y escapó revoloteando hacia las montañas. Óscar los había salvado. Pero ahora Katiana no sabía si celebrar o angustiarse más. Había salido ilesa de un depredador para pasar a manos de un cazador. Miró al suelo y vio la falcata de Henry. Rápidamente se apresuró en tomarla y se puso en guardia sin dejar de observar cada movimiento realizado por el homingel.

―¿Es enserio? ―preguntó Óscar con un tono de burla, al acercase a ella.

―No te atrevas a hacerle daño ―advirtió Katiana. Sus hombros ascendían y descendían.

―¿Me matarás si lo hago? ―sonrió.

―Óscar, no estoy de humor.

―Yo tampoco ―se acercó más―. ¿Quieres que te ayude a bajarlo de ahí o no?

Katiana lo miró por varios segundos y dejó caer la falcata. Su cuerpo se tambaleó; estaba agotada y sus manos sangraban. Óscar tomó a la muchacha, la sentó sobre las raíces, rompió una de sus prendas y la usó para vendarle las manos mal heridas.

―Debemos darnos prisa. Nadie debe vernos ―le dijo. Katiana asintió―. Ve a la casa y busca alguna herramienta que nos sirva para cortar todo esto.

―¡Sí! ―salió disparada hacia la casa, como si nada le hubiera pasado. Entró en una bodega y pudo hallar una caja con herramientas. La tomó en sus brazos y la llevó con desespero hasta el gran árbol. Cuando hubo llegado ya Óscar había sacado algunas varillas que perforaban el cuerpo de Brian.

―Bien hecho ―dijo el cazador, tomando un par de herramientas para cortar y retirar los alambres.

La media noche llegó y Óscar y Katiana habían terminado de liberar al muchacho. Ya había dejado de llover y la luna resplandecía junto con algunas estrellas.

Óscar cargó a Brian sobre su hombro y lo llevo a la habitación. Lo puso sobre una cama y luego Katiana limpio y lavó las heridas del muchacho.

―Él estará bien ―dijo Óscar con franqueza―. Pronto se recupera.

―Gracias Óscar. Gracias por venir y gracias por ayudarlo.

En verdad se sentía gratamente agradecida con él. Óscar los había a salvado. Para esa hora no existirían si él no hubiera aparecido.

―Te debía una… ―dijo él―, te ataqué porque pensé que eras una gárgola o tal vez un golin. Tú pudiste ver mis armas. Los humanos no lo pueden hacer. También había la posibilidad de que Eva te hubiera suplantado. Ambas tienen la misma estatura y contextura, nadie hubiera notado la diferencia. Además me han dado la orden de eliminar a cualquier golin de esta zona, que no sea de los Jackson.

―Lo sé, fortachón. También sé que eres un homingel. Brian me lo dijo ―Óscar le sonrió torciendo su boca hacia un lado. Katiana también sonrió, limpió sus lágrimas y añadió―. Ahora ya pagaste tu deuda.

Él asintió y retrocedió varios pasos. Luego volteó, caminó hacia la puerta y se retiró sin decir nada.

Apenas Óscar hubo salido de la habitación, Katiana dejó caer su cabeza junto a Brian y comenzó a llorar amargamente. Lloró hasta que se quedó dormida. Faltando poco para amanecer despertó asustada. Su respiración estaba agitada y jadeaba. Había tenido una pesadilla: soñó que habían matado a Brian, mientras ella dormía. El sueño se espantó y no volvió a cerrar sus ojos.

Se puso de pie y quitó las ropas húmedas que la cubrían. Se dio un baño y procedió a limpiar toda la sangre de los pasillos. Llegada las seis de la mañana, Martha, la empleada, llegó a la mansión. Quedó atónita y llena de pánico al ver el frente de la entrada hecho un desastre. Caminó por los pasillos y encontró a Katiana en uno de ellos, quien aún tenía los ojos llenos de tristeza y quebrados en lágrimas. Al verla, casi de inmediato, la joven se lanzó sobre los brazos de la mujer y volvió a llorar.

―Tranquila mi niña ―la consoló―, todo estará bien. Conozco el secreto. Todos aquí en la mansión lo conocemos. Ya… tranquilízate ―Katiana no se calmaba―, tranquila… vamos a decir que unos borrachos en un camión irrumpieron en la mansión y destruyeron el frente. Todos lo creerán. Ahora tienes que descansar.

El sol se alzó sobre el cielo y Katiana se dirigió a la habitación en donde estaba Brian. Desde que ella se había levantado a limpiar no había regresado a la recamara. Entró al lugar y encontró el cuerpo de Brian transformado en piedra. Se echó sobre la cama y lo envolvió en sus brazos como si abrazara a un muñeco de algodón.

―Para cuando despiertes estarás como nuevo, mi amor ―le susurró al oído.

El celular de la joven empezó a sonar, pero ella no quiso contestar. Sonó otro par de veces y pasados unos minutos comenzaron a llegar algunos mensajes de voz.

―Hola Katy ―se escuchó en el primer mensaje, era de Biky―. ¿Dónde te has metido? ¿Estás en la casa de Brian, verdad? ¿Crees que no sé qué ayer conducías su camioneta? José me llamó esta mañana: dijo que habían planeado hacer algo por la noche, pero que hubo un inconveniente… preguntó que donde estabas, pero como yo no sabía si te parecería apropiado decirle tú ubicación, mentí diciéndole que por la tarde saliste hacia la ciudad y que regresarías hoy. También me preguntó por Brian, le dije que ayer como al medio día lo vi en su camioneta por el camino al bosque y desde entonces no lo he vuelto a ver. Bueno, eso es todo. Te dejo. Nos vemos más tarde.

―Hola Katy ―dijo José en el segundo mensaje―. Solo quería saber cómo te encuentras. Tal vez te llame más tarde. Adiós.

―¡Hola bebe! ―se escuchó en el tercer mensaje. Era de su madre―. ¿Cómo va todo? Nosotros la estamos pasando de ¡ma-ra-vi-lla! Nos quedaremos una noche más. Te veo mañana. ¡Ah! Biky me dijo que estabas en casa de Brian… como madre te pido que no vayas a hacer el ya sabes qué, pero en caso de que no me obedezcas recuerda usar anticonceptivos por favor… aún te quedan cosas por hacer. No vemos… besos ¡muak!

―Ay, mamá… ―expulsó una bocanada de aire y sonrió.

Alguien tocó la puerta de la habitación. Katiana se levantó y se dirigió lentamente hacia ella, puso la mano sobre el pomo y lo giró. Era Alex. Al verlo, un par de lágrimas volvieron a surcar sus mejillas y él la abrazó para consolarla.

Capítulo 19

Katiana y Alex se encontraban sentados en el jardín. Desde que él había llegado, el ambiente en la casa había cambiado por completo. La seguridad había vuelto y la pesada atmosfera de tristeza se había ido.

―¡Es increíble como se ve el frente de la casa! ―dijo impresionada―. Es como si nada hubiera pasado… lo único que falta es que los árboles que se tumbaron volvieran a crecer.

―Seguro ―dijo Alex, meciéndose en el columpio de al lado―. Pero si el crecimiento de los arboles también se pudiera comprar, ya esos troncos habrían retoñado.

Katiana soltó una risotada; Alex llevaba horas haciéndola reír. Ella volvió su rostro hacia él y vio que él se entristecía.

―¿Qué pasa Alex? ¿Sucede algo? ―le preguntó.

―Es mi culpa. Debí haber avisado que viajaría para atender unos asuntos. O mejor, no debí haberme ido.

―No es tu culpa Alex. Ninguno de nosotros nos esperábamos esto.

―Disculpen ―dijo Martha acercándose a ellos―. Un joven llamado Óscar se encuentra en la entrada. Dice que necesita hablar con Katiana.

Alex volvió su rostro hacia Katiana y ella se puso de pie.

―¿Me acompañas? ―le preguntó la muchacha.

El asintió y la siguió hasta la portería de la propiedad.

―Hola Katy ―saludó Óscar con completa tranquilidad.

―¿A qué has venido? ―preguntó Alex, con un tono seco.

―¡Vaya! ¡De nada! ¿Ese es tu saludo de agradecimiento, por salvar la vida de tu amigo?

―Óscar, yo te lo agradezco de todo corazón ―Katiana se le acercó y colocó sus manos sobre los duros hombros del muchacho―. De verdad, te lo agradezco mucho.

―Lo sé Katy ―miró con desagrado a Alex―. Vine a decirte que Henry se ha ido.

―¿Cómo puedes asegurar eso? ―preguntó Alex, dudoso.

Óscar se volvió a él.

―Él no contaba con que un homingel cazador estuviera de su lado ―contestó cruzando sus brazos―. Tampoco tiene armas de Niquelio para enfrentarme. Ahora lo sabe y se ha ido, pero volverá. La venganza y el ataque sorpresa son cosas muy comunes de Henry ―hizo una pausa y después añadió―. Bien, ustedes deciden que creer. Pero deberían prepararse. Él va a regresar.

―¡Cielos! Gracias por avisarnos ―agradeció la muchacha.

―Yo también me iré. Tengo que ir tras él.

―¿Qué? ¿Pero por qué?

―Henry es mi objetivo principal. No puedo perderle el rastro. Por ahora las cosas están bien. Estaré siguiendo a Henry. Ustedes deberán encargarse de Milar. Mi clan me ha asignado esta zona, así que no estaré lejos.

Katiana abrazó a Óscar, llena de agradecimiento. Él se sintió incómodo; aun no olvidaba que por poco la mata.

―Cuídate Óscar… ―musitó ella.

―Siempre lo hago ―guiño un ojo―. Adiós.

Óscar subió a su motocicleta y partió. Katiana sintió que la atmosfera se seguía aligerando. Todo estaba marchando bien.

―Me siento más aliviada. La mayor amenaza se ha ido. Y si Henry vuelve, Óscar también vendrá. Así tendremos un mejor equipo para pelear.

―Sí. Tiene buenos instintos. Además, es mucho más resistente que nosotros. No morirá a menos que alguien lo mate con un arma de Niquelio.

―Brian casi lo hace ―dijo la joven recordando aquella batalla.

―¡Claro! ¡Recuerdo esa historia! ¡Me encantó muchísimo!

Ambos rieron y dieron media vuelta. Alex fue a atender unos asuntos y Katiana entró a la sala. Apenas hubo entrado, su teléfono volvió a timbrar. Era José quien la llamaba. Oprimió la pantalla y abrió la llamada.

―Hola Katy ¿Qué cuentas? ―dijo la voz de José, a través de la bocina del móvil.

―Hola José ―contestó ella―. Disculpa por haberte quedado mal. Estuve algo ocupada y pues… no estaba de humor ―hubo un silencio―. Hagámoslo hoy. No hay nadie en mi casa. Todos la pasaremos genial allá.

―¿De verdad? ―preguntó incrédulo.

―Sí, seguro ―respondió casi riendo.

―¡Genial! se lo contaré a los chicos. Estaremos allá a las siete.

―Okey, hasta luego ―colgó.

Se recostó sobre el sillón y expulsó un poco de aire por su nariz. Chequeó el celular y miró la galería de fotos. Pasó algunas imágenes y se detuvo en una donde aparecía su padre.

―Yo tenía un poco más de siete años ―pensó en voz alta―. Te fuiste tan de repente y nunca dijiste el por qué. Ojala algún día me lo digas ―una sonrisa surgió en su boca y sus ojos brillaron de felicidad al recordar algunos momentos con él y con su madre―. Las cosas iban bien entre ustedes dos. Tú te quedaste sin trabajo, pero mamá trabajaba durante el día, y después Robert te dio empleo en este lugar. Así te encargabas de cuidarme ―se encogió de un hombros y escuchó el andar de alguien.

―¿Qué haces tan pensativa? ―preguntó Alex, al pasar por la sala.

―Yo… nada… solo, solo miro la galería.

Los ojos de Alex se entrecerraron.

―Yo creo que hay algo más ―su tono era incrédulo.

Él sabía que mentía.

―Bueno, sí. Hay algo. Es que… ―se detuvo indecisa sin saber si contarle o no acerca de su padre.

Antes de que procediera a decirle algo, Katiana recordó que cuando Brian le explicó lo de la marca del legado, ella le había preguntado a que edad la había obtenido, pero él solo había dado rodeos y explicaciones. Ahora Alex se lo podía decir. Solo debía hallar la forma de que él se lo dijera sin preguntárselo de una forma directa. Tampoco quería mostrarse ansiosa para no parecer sospechosa.

Katiana sabía que tener tanta curiosidad por saber algo como eso, parecía tonto, pero el hecho de que Brian le sacara el cuerpo a la pregunta, la llenaba de más curiosidad. Sentía que por alguna razón él no se lo había dicho y el querer saber esa razón la estaba matando de intriga. Ella no quería desconfiar del muchacho pero estaba segura de que él le ocultaba algo. De no ser así, le hubiera contestado con claridad

Buscó en su cabeza alguna manera de extraer la información sin problemas y rodeos. Debía hacer que Alex se lo dijera sin que ella se lo preguntara de una forma directa. Debía mostrarle y hacerle creer que entre Brian y ella no había secretos.

―¿Sí…? ―preguntó Alex para que la muchacha terminara su oración.

―Perdóname Alex… es que Brian me ha revelado todo sobre él, sobre las gárgolas y los Golins ―la sonrisa de Alex se mitigó un poco―, y la verdad es que todo me tiene bastante sorprendida.

―¿Quieres decir que Brian te contó todo?

Su rostro mostraba sorpresa. Eso significaba que había cosas que Alex consideraba clasificadas como para que ella las conociera. Katiana debía continuar. El plan estaba dando resultado.

―¡Claro! No hay secretos entre nosotros. Brian me lo ha revelado todo.

―¿O sea que también te contó cómo empezó todo?

―Por supuesto… tengo que reconocer que hay cosas que me han sorprendido mucho.

―Entiendo… ―se veía en confianza. Ya estaba convencido―. ¿Te dijo que te conoció cuando eras una niña?

¿Qué la conoció cuando aún era niña? Eso sí que era un secreto. Brian nunca le había dicho eso. ¿Pero en qué momento la conoció? Sin pensar tanto, Katiana se resolvió a creer que de seguro él había venido a Colombia en los días en que su padre aún vivía en la mansión. Quizás allí se conocieron, pero ella lo había olvidado.

―Sí, por supuesto ―dijo ocultando la sorpresa.

―Vaya… ―dejó salir un suspiro―. Me imagino la sorpresa que te llevaste cuando Brian te dijo que tú y él se conocieron hace diez años, cuando el tenia veinte. Fue ese mismo año que se hizo golin.

«¿Qué? ―Se preguntó atónita―. ¿Brian tenia veinte años cuando me conoció? Alex debe de estar jugando. No, no puede ser verdad».

La voz de Martha se escuchó llamando a Alex, y este se marchó de inmediato hacia ella.

Mientras tanto Katiana se preguntaba: ¿Cómo era posible de que Brian la hubiera conocido hace diez años y tuviera casi la misma edad de ahora? Si Brian tenía veinte años cuando ella tenía siete, significaba que ahora él tenía treinta. Eso quería decir que… ¡Brian era el mismo Robert Jackson!

El mundo de Katiana dio vueltas. Sabía que Alex decía la verdad. Eso sí que era un gran secreto. El querer saber la edad en la que Brian había obtenido su legado como decimo descendiente, la había llevado a descubrir no solo que Brian era el mismo Robert Jackson, sino que también había conocido a su padre.

Katiana corrió a la habitación del muchacho, empujó la puerta y lo contempló por unos segundos en silencio. Luego se acercó a la figura de piedra que reposaba sobre la cama.

―Por eso es que sabes tanto de mí; tú eres Robert Jackson. ¿Por qué nunca me lo dijiste? ¿Por qué me mentiste? ¿Creíste que porque eres mayor que yo, no te iba a amar? ¡Por favor Brian! ¡Nunca envejecerás! ¡Eres casi inmortal! Te amaría aunque tuvieras seis mil años ―caminó hacia la cama y la golpeó―. No me importa en absoluto tu edad, no importa en absoluto lo que eres ¡pero si me importa saber todo sobre ti! ¡Que no haya mentiras ni secretos entre los dos! Tú conociste a mi padre y aún no me lo has dicho. ¿Todavía no confías en mí? Te has guardado cosas que debo saber. ¡Cosas a las que tengo derecho a saberlas! ―los ojos de Katiana se llenaron de dolor―. Por eso es que te pareces tanto al Robert Jackson de los retratos. Tenías el cabello negro. Cambiaste su color y un poco de tu apariencia para que la gente no lo notara ―su voz se quebró―. Tu conociste a mi papá… tu sabias todo sobre él ―colocó juntas manos en su boca tratando de no dejar salir el llanto―. No creo que contarme esas cosas dañaría nuestra relación… ―se atragantó― Robert Jackson no tenía veintisiete años como dijiste, tenía veinte y su supuesto hijo nunca existió, ni vivió en Inglaterra en los años que Robert estuvo en Colombia, cuando conoció a mi padre, ¡Cuando tú lo conociste! ¡Cuando me conociste a mí! ―La muchacha soltó un chillido. Retrocedió varios pasos―. No… no puede ser ―musitó al llegar a una conclusión―. Brian… tú no me amas… ―un temblor sacudió su cuerpo―, estás conmigo porque mi padre te lo encomendó y no porque me ames de verdad… solo, solo le haces un favor.

Katiana salió de la habitación a toda prisa. Sacó su celular y llamó a Biky para pedirle que la recogiera. Secó sus lágrimas y se contuvo. Después de un minuto en la mansión, desistió de esperar y echó a andar por el camino, hasta que se encontró a Biky por el sendero.

―Hola preciosa ―saludó la rubia.

―Llévame a mi casa ―dijo Katiana secamente.

―Oh, que temperamento… okey, vámonos.

Después de un rato llegaron a la casa. Katiana sacó unas llaves que estaban debajo de una matera, abrió la puerta, subió las escaleras y entró a su habitación.

―¡Oye, Katy!―gritó Biky―. Ábreme de una vez.

―Quiero estar… sola ―dijo tragándose un chillido.

Biky se recostó a la puerta y tomó un poco de aire.

―Dime que te pasó.

―¡No!¡Vete! ―respiró hondo―. Nos vemos a las siete.

―¡Katy! ¡No me iré de aquí hasta que me hayas dicho que sucedió!

Katiana estaba tirada en su cama, con su cabeza enterrada entre un par de almohadas. Sabía que Biky no se iría, hasta que le contara lo que había sucedido. No había de otra.

―Está bien… ―sacó la cabeza de las almohadas e inhaló―. Tuve una discusión con Brian… Óscar le envió un mensaje diciéndole que yo lo había besado ―mintió.

―¿Qué? ¡Ese Óscar es un imbécil! ―estaba enojada―, y pensar que me estaba empezando a gustar.

―¿Enserio? ―preguntó Katiana al tiempo que abría la puerta de un tirón.

―Sí… así es ―dio un suspiro, hubo un silencio y luego añadió―. Brian es un idiota por creerle.

―¡Ey! ¡Cuidado con lo que dices! ―advirtió la joven.

―Está bien, está bien ―torció el labio―. Yo me largo. Te veo en la noche.

Ambas forzaron una sonrisa y se despidieron. Se escuchó el sonido de la puerta al cerrarse y Katiana volvió a tirarse sobre su cama. Clavó sus ojos en una fotografía donde ella estaba junto Brian y la abrazó contra su pecho.

―Entonces así son las cosas… ―dio un brinco y se sentó en la mitad de la cama, luego fijó la mirada en una foto de su padre―. Tú y Brian ya se conocían desde hace diez años. Guardaste silencio cuando te dije que Brian era mi novio, pero luego estuviste muy a gusto ―levantó el retrato que apretaba contra su pecho y lo observo hasta que una sonrisa dobló la línea de sus labios―. Que estúpida soy… ―le habló al Brian de la fotografía―. Tú me amas de verdad ―la joven volvió a apretar la fotografía contra su pecho y se acostó de lado para seguir mirando la imagen del joven Jackson que sostenía entre sus manos―. La marca te apareció, por eso te fuiste a Inglaterra, para empezar una nueva vida. Regresaste, te enamoraste de mí y ahora eres mío… no te dejaré. Ya lo dije. Nunca te dejare Brian Jackson. Nunca me retractaré de eso.

Capítulo 20

El timbre de la puerta sonó un par de veces. Katiana miró su reloj y se apresuró a bajar las escaleras. Aún era temprano.

«¿Ya llegaron? ―se preguntó―. Pero apenas son las cinco y treinta».

Atravesó la sala y vio del otro lado del vidrio a José saludándola mientras movía repetidamente los dedos.

―Hola José ―dijo al abrir la puerta.

―Hola Katy, ¿Qué tal tu día? ―se introdujo en la sala.

―No me puedo quejar ―mostró una expresión de serenidad.

―¿Hace rato llegaste?―miró toda la casa, detallando cada cosa en ella.

―La verdad no hace mucho ―su ceño se frunció―. ¿Y dónde están los demás?

―Vienen a las siete. Yo quise venir un poco temprano para ayudarte a organizar ―volvió a mirarla casa de lado a lado.

―¡Estupendo! ―Katiana dio vuelta―. Deja tu mochila sobre la mesa y vayamos a la cocina.

―Como tú ordenes ―una simpática sonrisa salió del muchacho, colocó su morral sobre la mesa y la siguió sin vacilar―. ¿Qué tal un poco de música para alegrar el ambiente? ―sugirió.

―Buena idea, encenderé el equipo de sonido ―regresó y encendió el aparato―. ¿Qué tal algo de Rock suave?

―¿Enserio? ¡Genial! ―José la miró fijamente a los ojos y le dedico una sonrisa―. Nos parecemos muchísimo. Seguimos teniendo los mismos gustos.

La música comenzó a llenar el lugar

―Por supuesto. Por eso desde niños fuimos grandes amigos. ¿No crees?

―Así es. Ahora veamos que tenemos en la cocina ―dijo caminando introduciéndose en dicho lugar―. Luego llamaremos a Samuel y le diremos qué cosas nos hace falta para que ellos se encarguen de comprarlas.

Katiana asintió.

Los dos jóvenes hicieron un inventario de todo lo que podían usar esa noche. No hacía falta comida, solo necesitarían algo de beber. José llamó a Samuel y le pidió que comprara algunas bebidas y unas cuantas cervezas. Katiana procedió a fritar salchichas para hacer perros calientes para la cena, y José se encargó de hacer un jugo de mora.

―Voy a barrer la casa antes de comer ―dijo la chica, apoderándose de la escoba.

Barrió toda la sala y luego procedió a quitar el morral de José, de sobre la mesa. Lo levantó un poco; se sentía pesado.

―¡Espera, espera! ―dijo José, afanado al tiempo que se lo arrebataba―. Yo lo hago. Es que llevo unas vasijas de porcelana para mi tía. No quiero que se rompan.

―¿Estás viviendo en casa de tu tía? ―preguntó Katiana.

―Sí. No tengo más familiares en el pueblo ―agarró el bolso y lo puso en un rincón―. Solo tenía a mi padre y ya sabes lo que le paso. Así que vivo en mi casa, pero todos los días voy a comer a la de ella.

―Ah... comprendo. Bien, ahora sí ¡a comer!

La mesa estaba servida con cuatro perros calientes: dos para cada uno; dos vasos de jugos y una bandeja con papas a la francesa.

Katiana sujetó su vaso y procedió a levantarlo para beber.

―Katiana, espera… ―José mordió sus labios y la miró a los ojos.

―¿Sí? ¿Qué sucede? ―preguntó, volviendo a bajar el recipiente.

―Hay algo importante que debo decirte ―exhaló profundamente.

Katiana pestañeó y lo miró sin entender. ¿Qué era lo que José tenía para decirle? Él se veía incomodo tratando de encontrar las palabras para articular su mensaje. Agachó la mirada y después de unos segundos la puso sobre los ojos azules de la muchacha.

―Katiana… tú… tú siempre me has gustado ―tragó saliva, y los ojos azules que lo observaban se abrieron de par en par―. Yo sé que siempre los has sabido, pero nunca había tenido el valor de decírtelo.

―Ah, José, yo…

―Te quiero Katiana. Te quiero con mi corazón. Dame una oportunidad, tan solo una oportunidad y nunca lamentaras habérmela dado.

Katiana estaba perpleja. Intentó hablar pero se detuvo y sus labios rojos quedaron entre abiertos. Luego dijo con lentitud:

―José… yo también te quiero… pero como mi amigo. Tú siempre has sido muy especial conmigo y te lo agradezco de todo cora…

―Por favor Katiana. Yo te merezco más que cualquier otro ―forzó una sonrisa e inhaló un poco de aire―. ¿Es por Brian? Deja a Brian y ven conmigo.

Sus palabras fueron como un puñal que se enterró en el pecho de la muchacha. ¿Dejar a Brian? ¡Nunca!

―José, escúchame bien ―dijo tratando de ser amable―. Yo estoy con Brian y solo lo quiero a él. Tú eres un espectacular joven… de seguro hay muchas chicas que se interesarían en ti. Sé que los jóvenes del pueblo me consideran la más bonita, pero… la apariencia solo es una máscara. Lo que en realidad tiene valor es tu alma. Tú tienes un buen corazón. Date una oportunidad con alguien más, porque mi corazón solo le pertenece a Brian.

Katiana puso sus ojos sobre el reloj y luego en la ventana. Había anochecido. Brian ya debía de estar en su forma humana y de seguro llegaría en cualquier momento. Se sintió incomoda y deseó desesperadamente que José le hiciera caso y no fuera hacer nada que la fuera a molestar.

―¡No, no, no! Katiana escúchame. Hazme caso, te lo ruego ―abandonó su silla y se agachó a su lado. Katiana, incomoda, inclinó su cuerpo hacia atrás―. Olvídate de él. Ven conmigo.

Sus ojos la miraron fijamente y sus palabras fueron frías.

―José, por favor. Ya para ―suplicó―, nada me hará cambiar de opinión.

―¡Debes elegir de nuevo! ―la sujetó por el brazo.

―¡José me lastimas! ―tomó la mano del muchacho y la retiró de su cuerpo.

Los ojos de José se apagaron y bajó la mirada.

―Perdóname… ―murmuró―, perdóname por favor ―volvió a mirarla, pero esta vez se veía arrepentido y avergonzado.

―Tranquilo ―dijo con amabilidad.

José se levantó y volvió a su asiento. Le sonrió y empezó a comer. Al parecer comprendió que para Katiana solo era un amigo más. Ella se sintió aliviada.

―Discúlpame mi comportamiento. Soy un idiota.

―No te preocupes José ―volvió a tomar el vaso en su mano―. No pasa nada, todo está bien ―inclinó el vaso en su boca y bebió un pequeño sorbo del delicioso líquido.

―Ojala que lo de ustedes siempre perdure ―mostró una sonrisa grotesca.

Sin prestar atención a su gesto, se dispuso a comer del apetitoso platillo. Un mareo golpeó su cabeza y sintió un hormigueó por todo el cuerpo.

―¡Ay! ―chilló intentando poner su mano sobre su frente, pero esta no respondió sino que se quedó pegada sobre la mesa. El cuerpo de Katiana se tambaleó y su cabeza colgó sobre su pecho. Alzó sus ojos y vio a José comiendo mientras sonreía. Él se puso de pié y la rodeó―. Qué-qué… ¿qué, me, hiciste? ―preguntó con dificultad. Sintió como si su lengua hubiera hecho una bola en su boca.

―¿Por qué tenías que hacer las cosas así, muñeca? ―susurró José―. ¿Ya vez lo que me hiciste hacer? ―se acercó a ella, tomó la cara de la muchacha en sus manos y la fijó en él―. Si no eres mía… no serás de nadie ―tomó el teléfono de la joven, que reposaba sobre la mesa y lo chequeó―. ¡Vaya! parece que desde ayer no te has comunicado con tu novio.

Soltó la cabeza de la muchacha, y se encaminó hacia su bolso; lo abrió y sacó una enorme copa de oro y plata. Katiana parpadeó asombrada, sus parpados se sintieron tan pesados que pensó que no podría volverlos a subir.

―¿Te gusta? Es muy hermosa ―dijo el muchacho, detallando y mirando la copa sobre sus brazos―. Es tan hermosa como tú. Pudo haber sido nuestra, pero prefieres quedarte con la sabandija de tu novio ―colocó la copa sobre la mesa, se acercó a ella y habló haciendo pausas―. Tal vez, tú no lo sepas, pero, Brian, ya es… ¡historia! ―gritó. Katiana se sobresaltó―. ¡Entre ayer y hoy, Henry debió haberlo matado! ―esbozó una sonrisa y dejó salir una carcajada.

Los ojos de Katiana se sacudieron asustados. José sabía todo sobre Brian, los golin y las gárgolas. Y además de eso él estaba creído de que Henry había matado a Brian. ¿Pero cómo sabía estas cosas? Solo había una respuesta: José estaba implicado en la muerte de Eva. De eso podía estar segura.

―¿Sabes preciosa? ―siguió diciendo―. Esta hermosa copa la encontré en el cementerio; ya había anochecido y yo visitaba la tumba recién hecha de mi padre. Decidí caminar un poco y entonces la vi. Ella estaba en el fondo de un agujero, así que la tomé ―tomó su perro caliente y le dio un mordisco.

―Y Luego yo lo encontré a él ―dijo otro tipo a las espaldas de la muchacha. Su voz ya la había escuchado antes pero no lograba reconocerla―. Yo estaba frente al cementerio debajo de un gran árbol, al pie de los corrales… yo le ofrecí algo a lo que no se pudo resistir. ¡Poder y una larga vida!

Katiana estaba muy asustada. Trató de ver a aquel tipo pero no pudo mover su cuello, sus músculos no respondían. Alzó sus ojos y entonces lo vio a través del espejo que reposaba sobre la pared: era Milar. Ahora todo estaba resuelto: José y Milar trabajaban juntos. Ellos estaban detrás de la muerte de Eva y del robo de su legado.

―Te diré una cosa Katiana ―dijo Milar acariciándole el cabello―. Yo soy el líder de un grupo de golins. Hice un buen trato con este joven. El me dio la copa y yo le di poder; le di un legado. ¿Cómo lo hice? sorprendimos a Eva y le robamos su legado con esto ―sacó uno de los cuatro medallones del capitán Sadrac―. Me costó mucho encontrar esta joya. Ahora el legado de Eva está en este joven.

―Así es ―afirmó José sentándose sobre la mesa y pasando sus dedos sobre los labios de Katiana―. Nosotros se lo quitamos cuando ella trató de matar al huésped de la posada.

―Ella quiso hacer que la muerte de ese hombre pareciese un accidente ―dijo Milar―. Y apuesto que no porque necesitara sangre sino para que ustedes estuvieran ocupados rompiéndose la cabeza. Ella lo despedazó y arrojó al barranco para que todos creyesen que había sido una bestia quien lo había matado. Pero cuando menos se lo esperaba, José, con el medallón ya puesto, la tocó por la espalda, y eso bastó para que le robara el legado. Luego, yo me encargué de ella ―hizo una pausa y dejó de acariciarle el cabello―. Katy, este muchacho se ha unido a nosotros, y me gustaría que tú también lo hicieras. Puedo conseguirte un legado, pero estoy seguro de que rechazarías la oferta. Lástima ―miró a José―. Continúa. Has lo quieras, pero no tardes en lárgate de aquí. Yo me adelantaré. Nos vemos donde acordamos ―sujetó la copa y salió por la puerta.

José observó a través del vidrio de la puerta como Milar se marchaba a toda velocidad por los potreros del ganado. Volvió su vista a Katiana y le sonrió.

―Todo estará bien ―susurró―. Nos divertiremos un poco. Brian está muerto. Henry tuvo que haberlo hecho pedazos.

Como Katiana ya lo había deducido, Milar y José estaban creídos de que Henry había matado a Brian. No sabían que Óscar había intervenido en la pelea y tampoco sabían que Henry se había marchado. La única esperanza de Katiana era que Brian viniera a rescatarla.

―No me odies, Katy. Tú lo quisiste así ―siguió acariciando el rostro de la joven―. Durante todos estos días he estado haciendo inteligencia en el pueblo. Lo hacía por Milar, así él no tendría que exponerse en el día, ni a las sospechas. Claro que tuvimos que mantenernos ocultos la mayor parte del tiempo. No podíamos permitir que Eva o Henry nos descubrieran y mucho menos ustedes. Ahora me siento genial con este poder que he adquirido. Tan solo voy a tener 24 horas de haberlo adquirido pero es lo mejor que he sentido en toda mi vida ―José pasó su mirada por el cuerpo de la muchacha, y saboreó sus labios―. Bien, no más parloteó. Divirtámonos un poco.

Katiana estaba desesperada y atrapada. Estaba perdida, pero no se rendiría. Hizo un esfuerzo por moverse y sintió que su cuerpo comenzaba a responder. Trató de moverse hacia un lado y consiguió tumbarse sobre el piso. Aunque se golpeó al caer no sintió mucho dolor.

―¡Ey! ¿Para dónde crees que vas? ―preguntó José, sonriendo malvadamente―. Ya que nunca me vas a pertenecer… me divertiré un rato contigo. Aún falta media hora para las siete. Por favor Katy, diles a los chicos que no podré asistir a la reunión ―soltó una carcajada.

―Eres… un bastardo ―pronunció Katiana, un poco más claro. La parálisis estaba desapareciendo de su cuerpo.

―Parece que tomaste muy poco jugo ―se volvió a la mesa―. Ya te daré un poco más ―tomó el vaso y se lo acercó a la boca. Katiana se resistió y no quiso beber. El forcejeó, pero solo logró que el vaso callera al piso y se quebrara.

―¡Eres una perra! ¿Quieres a las malas? ¡Okey, hagámoslo a las malas!

José tiró de la blusa de Katiana arrancándole un pedazo.

―No, no… no, para ―dijo Katiana, casi sin fuerzas.

―Cállate, ya verás que te gustará―rió.

José se puso de pie y comenzó a quitarse la camisa. Katiana siguió esforzándose y consiguió arrastrase sobre el piso.

―¿A dónde crees que vas? ¡Ven acá! ―la sujetó de una pierna y la jaló hacia él.

Se puso en pie sobre ella e intentó desabrocharse los pantalones. Katiana hizo un esfuerzo por moverse y su pierna respondió. La flexionó y luego lanzó una patada que golpeó en la entre pierna del muchacho.

―¡Maldita! ―rugió al momento que caía sobre el piso.

Katiana gateó por las escaleras y entró a su habitación. Buscó su celular pero lo había olvidado en la sala.

«¡Mi celular, rayos!» se lamentó.

Se escucharon unos pasos subiendo las escaleras, y se apresuró en abrir la ventana. Sacó una pierna a través de esta y prosiguió a cruzarla por completo.

Un estruendo se escuchó: la puerta había sido derribada. Katiana trató de descender por el techo para luego saltar al suelo, pero el brazo de José trabó de ella.

―No te iras así de fácil ―la envolvió en sus brazos.

―¡Suéltame! ¡Suéltame! ―gritó.

―¡Ah! Entiendo… quieres ir al bosque. Ibas a salir de la casa para ir hacia allá ¿verdad? ¡Bien! me parece un buen lugar para pasarla juntos. Vayamos, entonces.

El joven dio un salto junto con ella y ambos cayeron del otro lado de la cerca. Tomó impulso y echó a correr. Katiana miró hacia la casa y vio a alguien salir a toda prisa tras ellos. ¡Era Brian!

―¡Me lleva! ―exclamó José, apretando el paso por entre el bosque.

―¡Katy! ―gritó Brian, corriendo tras ellos.

―¡Brian! ¡Brian! ―gritó Katiana, impotente.

José no dejaba de correr. Llevaba una buena ventaja y era rápido, pero no lo suficiente. Sin importar cuanto se esforzaba, poco a poco era alcanzado por Brian.

La sonrisa de José se borró y una expresión de desespero y miedo surgió en su rostro. Él era un neófito, no estaba preparado para enfrentarse a un golin con diez años de experiencia. Escuchó el crujir de las pisadas de Brian que resonaban tras sus pasos. Ya casi lo alcanzaba. Desesperado por escapar de él, lanzó a la joven por un barranco.

―¡Katiana! ―gritó Brian lanzándose tras ella, dejando que José escapara.

Katiana rodó como un bulto por el despeñadero, girando sin detenerse. Brian la alcanzó y sujetó su frágil cuerpo contra él, pero el esfuerzo y la velocidad de Brian no habían sido suficientes. Se había detenido al borde de una pendiente de veinte metros, el terreno cedió y ambos cayeron al fondo del barranco.

Brian colocó a Katiana sobre su pecho, y su espalda fue la que recibió el impacto, haciéndolo quedar inmóvil.

―¡Brian! ¡Brian! ¿Estás bien? ―preguntó Katiana, mirándolo con desespero.

―No… ―respondió dolorido―, pero ya lo estaré.

―¡Oh, Brian! gracias al cielo estás vivo ―una exhalación salió de ella.

Algo cayó junto a ellos. Era José; había vuelto para terminar lo que había empezado. Extendió su pierna y pateó a Katiana, disparándola a varios metros de distancia. Sin perder tiempo, enterró un cuchillo en el pecho de Brian y lo sacó para proceder a clavarlo nuevamente.

Brian alargó sus manos y alcanzó a detener el cuchillo en el tercer ataque, sujetando las manos del neófito, pero la caída y el cuchillazo en el pecho lo habían dejado demasiado débil. No lograría vencerlo.

―¿Creíste que habías ganado? ―dijo José, sonriente―. Yo gané y tú has perdido ―echó su mano izquierda hacia atrás y alcanzó otro cuchillo que portaba sobre la espalda. Lo desenfundó y lo enteró muy cerca de la garganta del muchacho― ¿lo disfrutas, Brian? ―sus ojos eran malvados, estaban tan abiertos que perecían que se iban a saltar de su rostro.

Brian desvió la mirada y vio Katiana inconsciente sobre el suelo. Sujetó ambas manos de su enemigo y las retiró de su cuerpo, encogió su pierna y con su rodilla golpeó el pecho de José haciéndolo caer de espaldas, al tiempo que soltaba uno de sus cuchillos.

Brian tomó el cuchillo que su adversario había dejado caer y lo lanzó con contra el muchacho. El cuchillo voló a toda velocidad y se detuvo entre la cintura del neófito, provocando que expidiera un gran alarido de dolor. El joven extrajo el cuchillo de su cintura y emprendió la huida. Se había equivocado al pensar que podía ganar.

Brian estaba consciente de que no podía dejarlo escapar. Trató de seguirlo, pero su cuerpo estaba demasiado débil y golpeado. Tambaleó sobre sus piernas y volvió a caer al suelo.

José subió la pendiente de salto en salto. Escuchó un sonido y se detuvo. Giró su cabeza en todas las direcciones pero no vio nada.

―¿Milar? ―preguntó a la nada, pero no hubo respuesta.

«Debe ser el viento o algún animal» se dijo.

Se empeñó en dar el último salto para llegar a la orilla de la pendiente, pero sus fuerzas fueron frenadas por un brazo que lo sujetó del cuello.

―¿Ibas para algún lado? ―dijo una voz.

José agarró la mano de quien lo sujetaba, para arrancarla de su cuello pero fue imposible. Una tremenda fuerza lo arrastró hacia atrás y lo estrelló contra unas rocas, haciéndolo rodar precipicio abajo. El joven cayó aturdido. Miró a su entorno y vio a algunos metros a Brian junto a Katiana. Recogió de sobre el suelo uno de sus cuchillos y con un poco de dificultad se puso en guardia.

―¿Buscas a alguien? ―preguntó la voz, detrás de él.

―¿Quién eres? ―gritó, al momento que daba la vuelta― ¿Quién…?

Su lengua enmudeció al ver a Alex frente a él. Eso sí que no se lo esperaba. Alex había ido en compañía de Brian a la casa de Katiana, pero se había quedado en la camioneta. Luego procedió a entrar a la casa, y al encontrarla vacía y la puerta destruida, corrió al bosque para ver qué había pasado.

José frunció el entrecejo y sin pensarlo mandó un cuchillazo pero Alex lo esquivó. Volvió a hacer otro intento y también falló. Una vez más lanzó otro ataque: Alex lo esquivó agachándose y luego le propinó un puñetazo en el pecho. El neófito cayó al suelo y dio varios royos.

―¿Te crees muy rudo, ah? ―dijo José, levantándose del suelo. Se veía furioso. Corrió a toda prisa hacia Alex, pero fue recibido por dos puñetazos y una patada. Una vez más estaba en el suelo, retorciéndose del dolor. Juntó todas sus fuerzas y en un instante estaba frente al joven Jackson. Levantó su brazo y le clavó su cuchillo.

―¿Eso es todo lo que tienes? ―preguntó Alex como si nada―. La verdad, esperaba más de ti. El rostro de José se iluminó de sorpresa y miedo. Alex le sujetó el brazo, levantó su codo y lo estrelló en el antebrazo del muchacho, partiéndolo en dos.

―¡Ah! ¡Maldito! ―sollozó tirándose al piso. Levantó la mitad de su extremidad y la contempló colgando de él.

Alex se acercó a José, lo sujetó por el cuello y lo levantó hasta donde alcanzó su brazo, para después estrellarlo contra el suelo. Lo sujetó con ambas manos y después lo estranguló. La pelea había terminado. Katiana y Brian habían sido salvados.

Luces de linternas irrumpieron en las penumbras y muchas voces resonaron en el bosque. Algunas personas se acercaban al despeñadero.

―¡Brian! ¡Katiana! ¡José! ―gritaban.

Alex dejó el cuerpo del sujeto tirado sobre el suelo, le echó un vistazo al par de dolientes, y se marchó de inmediato.

Capítulo 21

Hacía un poco de viento y mucho frio. El inspector, Samuel, Javier, Biky y un par de policías, buscaban a los tres jóvenes.

―¡Brian! ¡Katiana! ¡José! ―gritaban repetidas veces.

―¡Los encontré! ―gritó Samuel, alumbrado al despeñadero―. ¡Vengan! ¡Por acá!

―¡Llamen a una ambulancia y al equipo de rescate de inmediato!―le ordenó Lucas a los dos policías, cuando visualizó a la joven pareja sobre el suelo de piedras―. ¡Rápido! ¡Dense prisa!

Biky corrió a toda prisa hacia el acantilado. Resbaló torpemente por entre la falda de la montaña, pero no se detuvo, continúo sin vacilar.

―¡Ey! ¡Ey! ¡Cuidado! ―advirtió el inspector, sujetando a la chica por el brazo― mira, pequeña ―señaló el precipicio que se habría paso en la cañada.

Las luces penetraron la profundidad de la seca cañada y el horror y la repulsión se apodero de todos: José yacía sobre el suelo estrangulado y con su brazo divido en dos.

―¡Cielos! ―exclamó Biky espantada, clavando su rostro en el pecho de Samuel.

Eran las once de la noche. Samuel, Elena, Biky, Lina, Javier y Lucas, se encontraban en la sala de espera de la clínica de Villa Bolívar. Una figura apareció en el pasillo y todos se levantaron: era el doctor Fredy Arango.

―Los jóvenes se encuentran bien ―dijo el hombre de blanco, al momento en que todos abrían su boca para articular algunas preguntas―. La verdad, están mejor de lo que pensé.

―¡Gracias al cielo! ―exclamó Lina―. ¡Esto es un milagro…! ―termino con voz quebrada.

―La verdad ―continuó el hombre―, creo que sí es un milagro. Cayeron de veinte metros de altura y están vivos. El chico tiene algunos golpes severos. Recibió la mayor parte del impacto, y además hay una herida de cuchillo en su pecho. Pensamos que era grave, pero está casi cerrada. Él estará bien.

―¡Ay mi Brian! ¡Mi Brian! ¡Soy la suegra más afortunada del mundo por tener ese muchacho como yerno!

―¡Lina! cálmate por favor ―sugirió Javier tratando de sentarla―. El doctor dijo que están bien. Mejor descansa.

―Estoy de acuerdo con el señor Javier ―dijo el hombre con voz pasiva―. No hay nada que temer. Ellos van a mejorar.

Todos los presentes salieron de la sala de espera y marcharon hacia sus hogares. La última en hacerlo fue Biky. Ella salió a la entrada de la clínica y vio a Alex llegar en su Ford F-150 Platinum, acompañado por tres hombres que parecían paramédicos. Se dirigieron al doctor y después de hablar con él, procedieron a llevarse a Brian.

―Las ventajas de ser rico… ―se dijo en voz alta.

*Varios días después.*

―¿Katiana? ¿Estas lista? ―preguntó su madre, tocando la puerta.

―Sí mamá. Dame un momento ―respondió, dándose los últimos toques en el cabello. Se miró al espejo y sonrió. Lucía hermosa. Bajó por las escaleras y se reunió con su familia. Todos la alagaron al verla.

Dos pitidos se escucharon a fuera de la casa. Un auto había llegado.

―¡Es Alex! ¡Es Alex! ―gritó Andrés emocionado.

―¡Wao! qué alegría ―dijo Katiana, sonriendo.

―Durante los días que Alex ha estado viniendo a visitarte, se han hecho muy buenos amigos ―dijo su madre. Después añadió―: que falta me ha hecho Brian. Todos estos días no pudo salir de su casa porque estuvo en recuperación.

―Bueno… después de tanta espera hoy lo veremos ―dijo la muchacha para seguirle la corriente.

Brian se había recuperado en tan solo unas horas. Pero ella y él no se habían podido ver personalmente, debido a que tuvieron que fingir que al joven Jackson lo habían llevado a los Estados Unidos para realizarle unas operaciones. Así que solo hablaban por video llamada; usando ese medio Katiana le contó todo lo que había pasado esa tarde con José y Milar; su plan para destruir a Alex y a Brian; lo que habían hecho con Eva y lo que pasó con el joven Mateo, el huésped asesinado a quien nadie antes había visto, y del que todos creían que había muerto despedazado por fieras o por la caída desde el barranco.

Katiana desvió su mirada hacia la ventana al escuchar las risas de Alex y Andrés quienes jugaban mientras esperaban en la camioneta. Sus labios se echaron hacia atrás y sus blancos dientes adornaron su boca, al volver a sonreír.

―Okey, okey. Vámonos ya ―dijo Javier, caminando hacia la puerta.

Todos subieron a la Ford y esta dio la vuelta para dirigirse a la mansión Gautier. Cuando hubieron llegado, todos quedaron fascinados al ver como lucía el lugar. La mansión se veía radiante, llena de atractivas luces que adornaban el lugar haciéndolo lucir como el centro de una reunión de famosos.

La familia salió de la camioneta y se unió con el resto del personal que ya estaba en la fiesta. El lugar estaba repleto de gente. Casi toda Villa Bolívar estaba allí para celebrar el fin de año.

Katiana caminó por los pasillos de la casa examinando el entorno y al verla, todos la envestían con saludos y loes.

«¡Me alegra de que estés bien, hace rato que no te veía, que hermosa estas, ¿nos tomamos una foto? ¿Ya te sientes mejor? vayamos a tomar algo, ¡pero sí que te recuperaste rápido!». Eran algunas de las cosas que le decían.

Un brazo se enganchó al suyo y ella sorprendida, volvió su rostro para ver quién era.

―¡Óscar! ―exclamó, sonriente al verlo. Él vestía un traje elegante y olía muy bien.

―Me alegra que te alegres de verme ―le dio un beso en la mejilla―. Casi siempre te asustas. Debo de ser horrible.

―¿Óscar tú...?

―A pesar de todo lo que ha pasado en este pueblo ―interrumpió el fortachón, encaminándola hacia el jardín trasero―, me gusta mucho. Y también me gustas tú ―le guiño un ojo.

―¡Ay, no empieces!―le propinó un débil puño en el brazo.

―¿Cómo está tu cuerpecito?

Ella se detuvo en la terraza y contempló el lugar.

―Está de maravilla… ¿y tú cómo estás? ¿Qué hay de Henry?

―Henry no está muy lejos. Pedí este día y el de mañana como receso, así que han enviado un equipo de cazadores tras él. Tampoco deben de estar lejos ―se recostó de lado al concreto y miró por unos segundos el rostro exquisito de la joven―. Termina de decirme lo que pasó.

―Me equivoque al pensar que Milar le había robado el legado a Eva. Él ya era un golin, no lo necesitaba y aun así creo que no podría apoderarse de otro por ya tener uno ―Óscar asintió, afirmando lo que la joven decía―. En realidad fue José. Nunca había podido sospechar de él. Milar le ayudó a hacerlo y… José trató de abusar de mí ―mostró una cara de incomodidad―. Todo porque lo rechacé.

―Yo no lo culpo ―dijo casi riendo.

―¡Óscar! ―exclamó y volvió a darle un puñetazo―. ¡Eres un sucio!

―La culpa es tuya por ser muy linda.

Ambos sonrieron mirando hacia el jardín. La sonrisa se borró cuando se dieron cuenta de que la gente había volteado a mirarlos, cuando Katiana había exclamado.

―Ten cuidado… no quiero ser el próximo en ser decapitado ―susurró en su oído.

La chica soltó una carcajada y se apresuró en tratar de detener su risa posando sus manos sobre su boca. Hubo un momento de silencio y luego Óscar preguntó:

―¿Cuál es la historia que todos creen?

―José trató de violarme y me arrastró hasta el bosque; Brian salió en mi auxilio; José me dejó caer al barranco para evitar ser atrapado; Brian corrió tras de mi para evitar que cayera a la cañada; Me sujetó y trató de volver a subir por el barranco, pero el terreno cedió y caímos a la cañada; Brian alcanzó a sujetarse de una raíz, pero no pudo seguir sosteniéndome, así que me hizo sujetara otra. Luego él cayó y después yo caí sobre él ―hizo una pausa y miró a su alrededor, para asegurarse de que nadie los oyera―. Después José bajó para desollarnos y un misterioso tipo, o sea Alex, apareció y mató a José… todos creen que fue el justiciero que le disparó a la gitana la noche en que me llevo la cabeza de luís Hernández ―le guiño un ojo―. Luego el justiciero se marchó y llegaron al bosque algunas personas buscándonos. Todo porque los chicos llegaron a la casa. Encontraron la camioneta de Brian en la calle y el desastre dentro de la casa. Llamaron al inspector y se unieron a la operación de rescate ―terminó con una sonrisa.

Óscar soltó una bocanada de aire.

―Que gran historia ―dijo el cazador enarcando las cejas.

―En realidad todo es igual, menos la parte donde nos sujetamos de las raíces ―aclaró.

―¡Ey! ¿Qué están haciendo ustedes por aquí? ―preguntó Biky a sus espaldas, al tiempo que clavaba sus dedos en la cintura de ambos.

―¡Biky! ―exclamó Katiana molesta.

―¡Ya…! ―dijo al ver que la joven abría su boca para expresarle su disgusto―. Deja de quejarte y mira hacia al frente ―puso una mirada de picardía, mientras señalaba hacia adelante.

Katiana giró siguiendo el dedo de Biky y su mirada chocó contrala de Brian, quien se encontraba observándola desde un pequeño kiosco adornado con flores y enredaderas. Katiana de inmediato se dirigió hacia el lugar. Zigzagueó entre la multitud y se presentó ante el muchacho con una radiante sonrisa.

―Estás hermosa ―dijo él.

―Gracias, me puse bonita para ti.

El dejó salir una pequeña risita.

―Bien, llegas Justo a tiempo ―la tomó por la cintura, mirando su reloj.

―¿A tiempo para qué? ―preguntó ella, sin dejar de sonreír.

―Para esto ―levantó la mirada del reloj y se enfocó en la casa.

Cientos de fuegos artificiales llenaron el cielo. El firmamento se esculpió de luces destellantes de diversos y atractivos colores, provocando que todos alzaran su mirada para observar con gran complacencia el espectáculo.

Katiana giró su cabeza hacia el rostro de Brian y este la esperó con su sin igual sonrisa.

―¡Brian, es precioso! ―dijo felizmente.

―Feliz año nuevo mi amor ―se inclinó sobre su boca y humedeció sus labios con un suave beso.

Nuevamente la joven sintió esa placentera corriente de energía surcando su cuerpo. Los labios se separaron y se miraron con intensidad.

Todos los que se encontraban en la quinta, se acercaron unos a otros y se dieron un feliz año nuevo. El 2018 había iniciado.

―Brian ―dijo ella―. No quiero dañar el momento, pero… necesito algunas repuestas. Hace unos días me dijiste por una video llamada que me revelarías todo.

―Así es. Lo haré. Te contaré todo, pero será en cuanto amanezca. Ahora disfrutemos de lo que queda de la fiesta ―sonrió y la tomó de la mano.

―Eso es trampa… ―se quejó desilusionada. Luego volvió a encender su sonrisa―. Okey… esperaré unas horas ―tomó una bocanada de aire―. ¿Sabes, Brian…? ―su mirada era penetrante―. Nunca te dejaré. Estaré contigo por siempre y para siempre, pase lo que pase, suceda lo que suceda te amaré ―Una exhalación salió de ella y él la apretó contra sí para luego mirarla fijamente.

―Katy… ―musitó el muchacho―. Mi corazón es de piedra… pero es tuyo.

La joven sonrió y se le acercó al rostro. Un beso se volvió a consumir entre sus labios y la pasión emanó hasta que se vio interrumpida por un homingel cazador.

―Brian, Katiana ―dijo Óscar―. Perdónenme una vez más, pero tienen que ver algo, ahora.

Katiana y Brian se miraron de inmediato y en sus miradas se reflejó un mal presentimiento. Algo no estaba bien.

―Bien, vamos ―dijo Brian, asintiendo.

―¡Katy! ¡Mi amor! ―exclamó Lina, sujetando a su hija por un brazo y tirando de ella hacia el interior de la mansión―. Ven bebé. Tengo que presentarte a unas personas.

―¡Mamá, mamá! ¡Yo…!

―Nada de excusas. Tienes que venir ahora. Ay perdóname, cariño ―dijo dirigiéndose a Brian―. Te la devuelvo en un rato.

―Tranquila Lina ―dijo el muchacho con amabilidad―. No hay ningún problema.

La mujer volvió su rostro al frente y remolcó a la muchacha mientras ella con disgusto le fruncía el ceño a su novio.

―Okey, vayámonos, antes de que tu suegra también nos remolque a nosotros ―dijo Óscar levantando una ceja.

Brian asintió con una sonrisa.

Ambos caminaron como cuatrocientos metros hacia la parte de atrás de la casa, hasta llegar a un muro. Junto a este había un perro pastor alemán amarrado con una correa a un arbusto.

―¿Y ese perro? ―preguntó el joven Jackson.

―Es del indígena ―contestó Óscar―. Se llama Fernando ―hizo una pausa―. El indígena ―aclaró―, no el perro ―Brian asintió expandiendo los ojos―. Ahora mejor mira esto ―alumbró a unos pocos metros de sus pies. Brian se volvió hacia Óscar y vio la mitad de un cadáver entre la tierra.

―¡Rayos! ―exclamó al verlo―. ¿Pero cómo? ―volvió sus ojos indagándole respuestas al homingel.

―Estoy al tanto del supuesto accidente del joven de la posada ―dijo Óscar, inclinándose para ver mejor al cadáver―. Este es el resto del cuerpo de Mateo.

―Vaya… ―rodeó los restos― Parece que todo era una farsa; Milar le dijo a Katiana que Eva lo había planeado todo para mantenernos ocupado. Pero la verdad creo que todavía nos falta descubrir algo. No estoy del todo seguro.

―Brian, parece que alguien intenta inculparlos, a ti y a Alex ―dijo tomando una rama para mover la mano del cadáver. Luego escarbó en los bolsillos de un pedazo de camisa―. Hay que averiguar quién lo trajo y lo sepultó en este lugar. No me quedan dudas de que fue Milar ―hizo una pausa y le indicó a Brian que se acercara.

―¡Le falta el dedo! ―musitó admirado el joven Jackson al mirarlo de cerca―, no hay dudas de que es él ―Brian llevó su mano al bolsillo y sacó su teléfono.

―¿Qué harás? ―preguntó Óscar, extrayendo una pequeña agenda de bolsillo de la prenda que acompañaba al cadáver. Sacó la identificación de Mateo de dentro de ella y se la entregó a Brian. Después se puso en pie mientras chequeaba las hojas de la agenda.

―Voy a enviarle un mensaje a Alex. Hay que recoger esto antes de que alguien más se dé cuenta.

El perro comenzó a ladrar. Algo le inquietaba.

―¿Fue él quien encontró el cuerpo? ―preguntó Brian mientras escribía en su celular.

―Sí, lo escuché desde la mansión en un momento en que agudice mis sentidos ―contestó Óscar revisando la agenda―. Oye. Dijiste que pensabas que todavía les faltaba algo por descubrir ¿Verdad?

―Sí. Así es ¿Por qué?

―Aquí está lo que te hace falta ―le entregó la pequeña agenda, ya abierta.

Brian la tomó y entonces su rostro se llenó de sorpresa al leer un mensaje que decía:

*Reunión a las 11:00 p.m. con Eva y Milar.*

*Lugar: Cascada Azul.*

*No faltar.*

―¡Cielos! ―exclamó el joven Jackson―. Él conocía a Milar y a Eva. Estaban juntos en esto… ―guardó silencio por unos segundos― lo extraño es que la noche en que peleé contra Henry, él dijo que no conocía a ningún Milar. Pero fue Milar quien mató a Eva para inculparnos y hacer que Henry tratara de eliminarnos.

―Brian, tal parece que Eva tenía secretos, secretos que su hermano desconoce. Lo que no entiendo es ¿Por qué Milar la asesinó si trabajaban juntos? ―el cazador cruzó sus brazos.

―No lo sé ―musito Brian―. Lo que sí sé es que es muy posible que este tal Mateo haya sido un golin.

―En eso tienes mucha razón… aunque también puede que haya sido un humano que trabajaba para ellos. Sea cual sea la verdad, la pregunta es ¿Por qué lo asesinaron? ¿Y por qué Eva sostenía una relación de negocios o de lo que sea con Milar a espaldas de su hermano?

―Cierto… ahora con más razón creo que todo lo que Milar dijo sobre Eva y mateo es un engaño: él dijo que Eva hizo que todo pareciera un accidente y un ataque de animales. Además ¿Cómo él iba a saber que ella lo hizo con esa intención?

Una vez más el perro volvió a la ladrar. Esta vez con más inquietud. Una espada fue lanzada desde lejos y se incrustó en el pecho de Óscar, haciéndolo caer de rodillas. Brian volteó sorprendido para ver de quien se trataba y en el mismo momento, cinco cuchillos se clavaron en su cuerpo: uno en cada pierna, otro en el pecho y el estómago y uno en su garganta.

Un sujeto salió de la oscuridad, y antes de que Óscar pudiera extraerse la espada, corrió hacia él, lo sujetó del cuello y lo estrelló contra el muro de la propiedad, derribándolo al instante. Luego, se detuvo por un segundo y se dejó ver: era una mujer vestida de negro, de cabello corto, ropa ajustada y de estatura media.

Sin perder más tiempo, la mujer se abalanzó sobre el cazador y procedió a darle tantos golpes como pudo. Sacó la espada del cuerpo del sujeto y nuevamente con mucha rapidez procedió a clavarla repetidas veces en él. Cortó su garganta, los músculos de sus brazos y piernas. Óscar quedo tendido como muerto.

Brian extrajo los cuchillos de su cuerpo y los lanzó contra la mujer. Ella se hizo a un lado y los esquivó con facilidad.

―Hola ―dijo acercándosele sin ninguna intención de atacar―. Escuché que sobreviste a una pelea contra Henry… nadie ha podido hacer eso. No existe ojo alguno que haya vuelto a ver la luz del sol después de un combate contra él. Debes de ser muy fuerte, y por la información que tengo, eso es muy extraño para el tiempo que llevas como golin. Tal parece que tu legado es muy poderoso ―hizo una pausa―. Perdón por atacarte, no tengo nada contra ti. Yo me llamo Belisa, y soy una homingel cazador.

Brian estaba anonadado. Eso no se lo esperaba.

―Yo… soy Brian ―contestó confundido. No sabía que hacer: atacar o seguir conversando.

El joven puso su mirada en el cuerpo de Óscar.

―No te preocupes… estará bien, no tardará en regenerarse. Él era de mi equipo… ―exhaló un suspiro. Parecía que estaba recordando algo―. Es hora de irnos. Perdón otra vez. Que tengas dulces sueños.

Brian no entendió la última oración. Sintió una presencia tras sus espaldas. Giró su cabeza para ver de quien se trataba pero solo vio un enorme mazo chocar contra su cabeza, dejándolo inconsciente al instante. Un enorme hombre tomó su cuerpo junto con el de Óscar y los puso sobre sus hombros.

―¿Qué haremos, ahora? ―preguntó el sujeto, caminando hacia Belisa.

―A celebrar el año nuevo ―sonrió―. Después iremos por Henry.

Capítulo 22

Katiana se encontraba en la cocina con su madre. Allí Lina le presento a los hermanos de Javier y algunos viejos amigos de la familia que hacía rato no veían. Después varios minutos de conversación, la joven se retiró del espacioso y elegante lugar y se dirigió al jardín. Miró en todas las direcciones con el objetivo de localizar a Brian o a Óscar, pero no los encontró.

―¿En dónde se habrán metido? ―se preguntó en voz baja.

Siguió escaneando entre la multitud que se encontraba presente pero no los halló. No tenía idea de lo que les acaba de pasar a los dos. Una vez más volvió reparar a todo el mundo y al no verlos, sacó su celular para llamar a Brian.

Una elegante y bella mujer se levantó de una de las mesas. Katiana canceló la llamada y la observó con detenimiento. Esta tenía como veinticinco años, llevaba puesto un hermoso vestido azul oscuro, un lindo collar de perlas, zapatos altos, sus cabellos eran castaño oscuro y sus ojos de igual color.

Nunca antes la había visto. ¿Con quién habría venido? Miró a las personas que yacían sentadas alrededor de la mesa que la dama había abandonado, y vio al inspector Lucas, junto a su esposa y a sus dos hijos: Merson y Estefany.

Katiana guardo su teléfono y desistió en llamar al joven Jackson. Siguió a la mujer con su mirada y luego de pensarlo un segundo, salió tras ella. Caminó de prisa por el corredor y al deducir que se dirigía al parqueadero, cortó camino por entre la casa, salió al patio del enfrente que da al aparcamiento, y marchó hacia la mujer quien caminaba en su dirección.

Al verla más de cerca, Katiana sintió que ya la había visto antes, que ya la conocía, ¿pero de dónde? No la podía recordar. Ambas mujeres se cruzaron y al pasar la una por el lado de la otra, sus brazos se rozaron. Una luz blanca inundó la visión de Katiana y un mareó anegó su cabeza. La joven procedió a apretar sus parpados por el ardor que le provocaba aquel resplandor, pero al abrirlos se encontró con una sorpresa: ya era de día, no habían personas y el lugar se veía diferente. Miró hacia el parque y vio a dos hombres que conversaban sentados sobre una banca, mientras una simpática niña los observaba al tiempo que jugaba en un columpio: era ella.

―¿Papá? ¿Brian? ―musitó Katiana llena de sorpresa, al ver a Sandy juntó a Robert.

De inmediato se acercó a ellos.

¿Pero cómo era posible de que estuviera viendo eso? Había viajado a sus memorias perdidas y ahora estaba diez años atrás. ¿Cómo lo había hecho? Katiana solo había tocado a aquella mujer. ¿Acaso ella tenía algún poder especial?

―Te agradezco por todo lo que has hecho por nosotros ―le dijo Sandy al joven Jackson―. Gracias por todo esto… no, no quiero que esto continué un día más ―el hombre hizo una pausa y luego preguntó―: ¿No te has arrepentido?

―No, claro que no. Sé que esto es por un bien ―contestó el muchacho―. Lo soportaré. Por años lo he visto en Alexander, pero nunca pensé que me colocaría en los mismos zapatos.

―Brian, ¿de qué hablan? ―le preguntó Katiana a la figura de Robert Jackson. No obtuvo respuesta. Alargó su mano para tocarlo, pero su mano lo atravesó, no podía palparlo.

―¿Estás listo? ―preguntó Sandy.

Brian tomó aire, apretó los labios y asintió.

―¿Ella no debería de estar durmiendo? ―preguntó el joven señalando a la niña―. Creo que es un problema que recuerde esto.

―No te preocupes. Yo me encargo ―giró en dirección a la niña―. Katy, ven por favor.

Katiana se bajó del columpio y corrió hasta su padre con una hermosa sonrisa que dibujaba sus dos huequitos en las mejillas. Alzó su cabeza y puso sus ojos en los ojos azules de su progenitor. Él se agachó y colocó sus manos sobre los hombros de la infanta.

―¿Sí, papá?―dijo con simpatía.

El hombre la miró fijamente, y luego sonrió.

―Olvida todo lo que has visto y escuchado hoy ―dijo. La niña se tambaleó y sus pupilas se dilataron. Sandy siguió diciendo―: Bien, ahora duerme.

De inmediato la pequeña cayó inconsciente sobre los brazos de su padre y nunca más recordó nada de lo que paso ese día… hasta ahora.

*Adquiere la edición completa para seguir disfrutando de esta fascinante historia.*

Daniel Berrio Nieto

Facebook Fan page: Daniel Berrio Nieto

Instagram: @danielberrionieto